



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



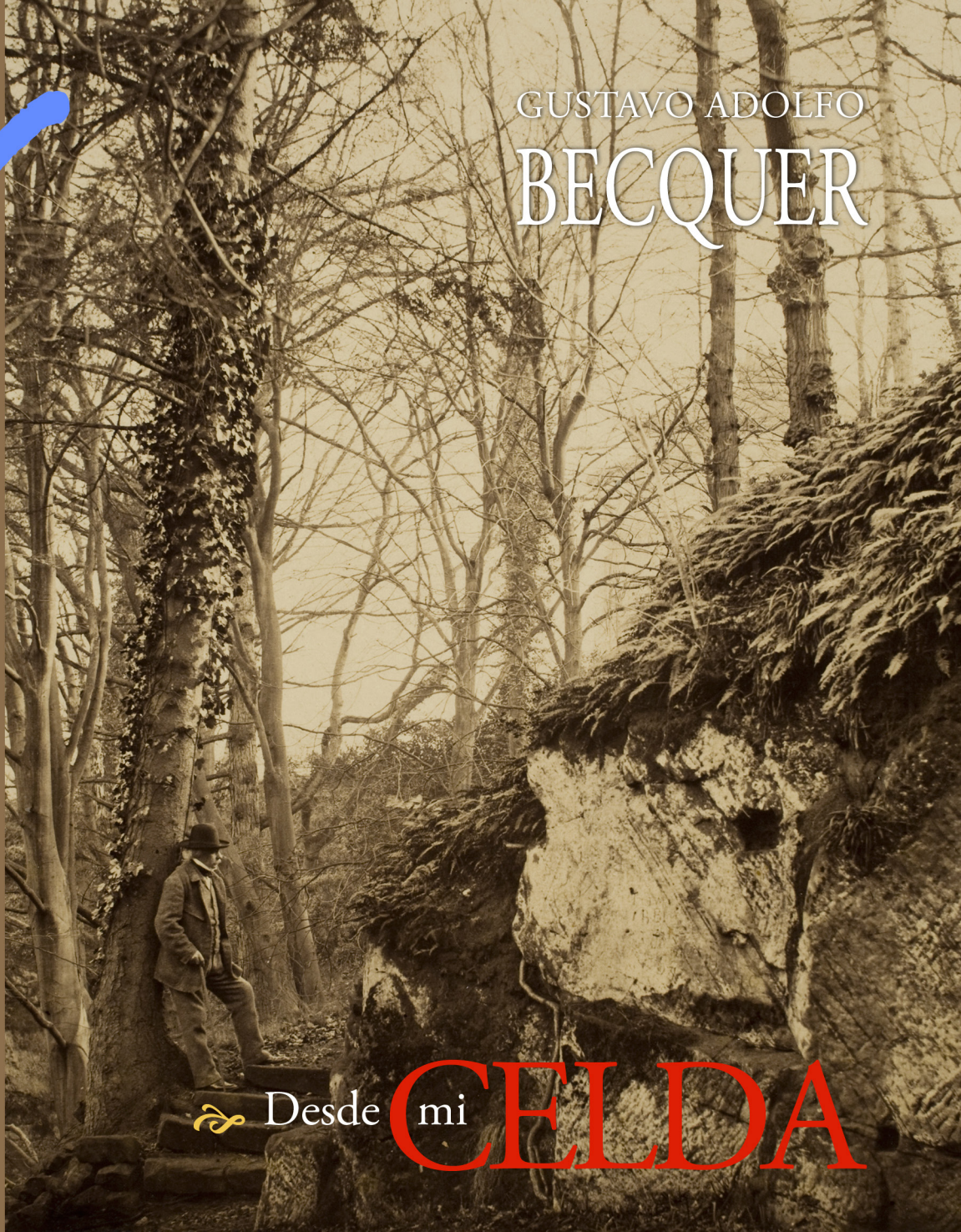
JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE

GUSTAVO ADOLFO
BECQUER



Desde mi

CELDA





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

GUSTAVO ADOLFO
BECQUER

∞ DESDE MI CELDA



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

[el autor]

Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida nació en la ciudad de Sevilla el 17 de febrero 1836, como quinto hijo del pintor José Domínguez Insausti, que firmaba sus cuadros con el apellido de sus antepasados como José Domínguez Bécquer, y de Joaquina Bastida Vargas.

Huérfano a los 11 años, será recogido por su tía María Bastida, aunque mayor influencia tendrá su madrina, Manuela Monnehay, en cuya casa existía una excelente biblioteca española y francesa. Ya a los doce años manifiesta su vocación poética y escribe una “Oda a la muerte de Alberto Lista”. En 1854 se traslada a Madrid. Sin embargo, el éxito no le sonrió, y para poder sobrevivir hubo de dedicarse al periodismo.

En 1858, durante la convalecencia en Sevilla de una larga enfermedad, publica su primera leyenda, *El caudillo de las manos rojas*, y conoce a Julia Espín, musa de algunas de sus *Rimas* hasta que lo abandona en 1860. Ese mismo año Bécquer conocerá a la que será su mujer, Casta Esteban Navarro, y entrara como redactor en el periódico *El Contemporáneo*. El 19 de mayo de 1862 contraen matrimonio y el 9 de mayo del año siguiente nace su primer hijo. De ella se separara tormentosamente, por fundadas sospechas de infidelidad, en 1868, poco antes de que estalle la revolución de septiembre, con la caída de Isabel II y del amigo y protector del poeta, el político Luis González Bravo (en cuyo saqueado palacio se extravía un manuscrito de las *Rimas* listo para la imprenta), y a quién acompaña en su destierro parisino.

La etapa más fructífera de su carrera fue de 1861 a 1865, años en los que compuso la mayor parte de sus *Leyendas*, escribió crónicas periodísticas y redactó las Cartas literarias a una mujer, donde expone sus teorías sobre la poesía y el amor. En 1869, ya de regreso en España, se traslada de nuevo a la capital en el mes de diciembre para dirigir *La Ilustración de Madrid*, poco después de una aparente reconciliación con Casta, quien ha tenido un hijo, Emilio Eusebio, que no es de Gustavo.

El fallecimiento de su hermano Valeriano, en septiembre de 1870, deprimió extraordinariamente al poeta, quien, presintiendo su propia muerte, entregó a su amigo Narciso Campillo sus originales para que se hiciese cargo de ellos tras su óbito, que ocurriría el 22 de diciembre a la edad de 34 años.

[la obra]

Desde finales de 1863, Bécquer pasa estancias intermitentes en el Real Monasterio de Santa María de Veruela (Somontano del Moncayo, Zaragoza), no para buscar tranquilidad e inspiración, sino más bien para recuperarse de su mala salud y en ellas está, en unas ocasiones, acompañado por su hermano y en otras, por su mujer y su primer hijo. *Desde mi celda* es una colección de nueve cartas o artículos epistolares escrita en la primavera de 1864 y que, a medida que lo hace, las envía para su publicación en el periódico madrileño *El Contemporáneo*. En esta larga estancia compone un notable corpus, que ha hecho de este monasterio uno de los espacios becquerianos por excelencia.

Estas cartas implican un doble viaje: físico y simbólico, con su ida y su vuelta. El primero lleva a Gustavo Adolfo desde Madrid a su «escondido valle de Veruela» donde vivirá la experiencia límite de la cercanía de la muerte, recuperando después la salud y volviendo a la Corte. El segundo le condujo desde los sueños de triunfo y de gloria hasta el deseo de aniquilación total, que evidencia la carta tercera, para después recuperar un tono de moderada conformidad con las limitaciones de la existencia.

La hipersensibilidad becqueriana es la fina masa que lo amalgama todo, dejando constancia permanente de sus sensaciones y estados de ánimo. La literatura española de «impresiones de viaje» alcanza en *Desde mi celda* una de sus cumbres -quizás la más elevada- y se constituye en modelo para la mejor literatura paisajista de las siguientes generaciones.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Educación, Cultura y Deporte

© 2014 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Educación, Cultura y Deporte

© de la edición anotada y posfacio: Jesús Rubio Jiménez

Diseño: Carmen Piñar

ISBN: 978-84-9959-157-5

Ilustración de cubierta: *Near Winterdyne on the Severn*. Major Francis Gresley. ca. 1861-1880. © George Eastman House

índice

I	9
II	25
III	35
IV	47
V	57
VI	67
VII	83
VIII	99
IX	113

NOTAS	125
-------	-----

POSFACIO

<i>DESDE MI CELDA</i>	
EL PERFUME DE UN PARAÍSO DISTANTE	159
JESÚS RUBIO JIMÉNEZ	

DESDE MI CELDA

Gustavo Adolfo Bécquer

I¹

Queridos amigos: Heme aquí transportado de la noche a la mañana a mi escondido valle de Veruela²; heme aquí instalado de nuevo en el oscuro rincón del cual salí por un momento para tener el gusto de estrecharos la mano una vez más, fumar un cigarro juntos, charlar un poco y recordar las agradables, aunque inquietas, horas de mi antigua vida. Cuando se deja una ciudad por otra, particularmente hoy, que todos los grandes centros de población se parecen, apenas se percibe el aislamiento en que nos encontramos, antojándonosos, al ver la identidad de los edificios, los trajes y las costumbres, que al volver la primera esquina vamos a hallar la casa a que concurríamos, las personas que estimábamos, las gentes a quienes teníamos costumbre de ver y hablar de continuo. En el fondo de este valle, cuya melancólica belleza impresiona profundamente, cuyo eterno silencio agrada y sobrecoge a la vez, diríase, por el contrario, que los montes que lo cierran como un valladar inaccesible, nos separan por completo del mundo. ¡Tan notable es el contraste de cuanto se ofrece a nuestros ojos; tan vagos y perdidos quedan

al confundirse entre la multitud de nuevas ideas y sensaciones los recuerdos de las cosas más recientes!

Ayer, con vosotros, en la tribuna del Congreso, en la redacción, en el teatro Real, en *La Iberia*³; hoy, sonándose aún en el oído la última frase de una discusión ardiente, la última palabra de un artículo de fondo, el postrer acorde de un andante⁴, el confuso rumor de cien conversaciones distintas, sentado a la lumbre de un campestre hogar, donde arde un tronco de carrasca⁵ que salta y cruje antes de consumirse, saboreo en silencio mi taza de café, único exceso que en estas soledades me permito, sin que turbe la honda calma que me rodea otro ruido que el del viento que gime a lo largo de las desiertas ruinas y el agua que lame los altos muros del monasterio o corre subterránea atravesando sus claustros sombríos y medrosos. Una muchacha, con su zagalejo⁶ corto y naranjado, su corpiño oscuro, su camisa blanca y cerrada, sobre la que brillan dos gruesos hilos de cuentas rojas, sus medias azules y sus abarcas⁷ atadas con un listón negro que sube cruzándose caprichosamente hasta la mitad de la pierna, va y viene cantando a media voz por la cocina, atiza la lumbre del hogar, tapa y destapa los pucheros donde se condimenta la futura cena, y dispone el agua hirviente, negra y amarga, que me mira beber con asombro. A estas alturas, y mientras dura el frío, la cocina es el estrado, el gabinete y el estudio.

Cuando sopla el cierzo⁸, cae la nieve, o azota la lluvia los vidrios del balcón de mi celda, corro a buscar la claridad rojiza y alegre de la llama, y allí, teniendo a mis pies al perro, que se enrosca junto a la lumbre, viendo brillar en el oscuro fondo de la cocina las mil chispas de oro con que se abrillantan las cacerolas y los trastos de la espetera al reflejo del fuego, ¡cuántas veces he interrumpido la lectura de una escena de *La tempestad*, de Shakespeare⁹, o del *Caín*, de Byron¹⁰, para oír el ruido del agua que hierve

a borbotones, coronándose de espuma y levantando con sus penachos de vapor azul y ligero la tapadera de metal que golpea los bordes de la vasija! Un mes hace que falto de aquí, y todo se encuentra lo mismo que antes de marcharme. El temeroso respeto de estos criados hacia todo lo que me pertenece no puede menos de traerme a la imaginación las irreverentes limpiezas, los temibles y frecuentes arreglos de cuarto de mis patronas de Madrid. Sobre aquella tabla, cubiertos de polvo, pero con las mismas señales y colocados en el orden en que yo los tenía, están aún mis libros y mis papeles. Más allá cuelga de un clavo la cartera de dibujo; en un rincón veo la escopeta, compañera inseparable de mis filosóficas excursiones, con la cual he andado mucho, he pensado bastante y no he matado casi nada¹¹. Después de apurar mi taza de café, y mientras miro danzar las llamas violadas, rojas y amarillas a través del humo del cigarro que se extiende ante mis ojos como una gasa azul, he pensado un poco sobre qué escribiría a ustedes para El Contemporáneo¹², ya que me he comprometido a contribuir con una gota de agua a llenar ese océano sin fondo, ese abismo de cuartillas que se llama un periódico, especie de tonel que, como el de las Danaidas¹³, siempre se le está echando original y siempre está vacío. Las únicas ideas que me han quedado como flotando en la memoria y sueltas de la masa general que ha oscurecido y embotado el cansancio del viaje se refieren a los detalles de éste, detalles que carecen en sí de interés, que en otras mil ocasiones he podido estudiar, pero que nunca como ahora se han ofrecido a mi imaginación en conjunto y contrastando entre sí de un modo tan extraordinario y patente.

Los diversos medios de locomoción de que he tenido que servirme para llegar hasta aquí me han recordado épocas y escenas tan distintas, que algunos ligeros rasgos de lo que de ellas recuerdo, trazados por pluma más avezada que la mía a esta clase de estudios, bastarían a bosquejar un curioso cuadro de costumbres.

Como por todo equipaje no llevaba más que un pequeño saco de noche, después de haberme despedido de ustedes llegué a la estación del ferrocarril a punto de montar en el tren¹⁴. Previo un ligero saludo de cabeza dirigido a las pocas personas que de antemano se encontraban en el coche y que habían de ser mis compañeras de viaje, me acomodé en un rincón, esperando el momento de arrancar, que no debía tardar mucho, a juzgar por la precipitación de los rezagados, el ir y venir de los guardas de la vía y el incesante golpear de las portezuelas. La locomotora arrojaba ardientes y ruidosos resoplidos, como un caballo de raza, impaciente hasta ver que cae al suelo la cuerda que lo detiene en el hipódromo. De cuando en cuando, una pequeña oscilación hacía crujir las coyunturas de acero del monstruo; por último, sonó la campana, el coche hizo un brusco movimiento de adelante a atrás y de atrás a adelante, y aquella especie de culebra negra y monstruosa partió arrastrándose por el suelo a lo largo de los rails y arrojando silbidos estridentes que resonaban de una manera particular en el silencio de la noche. La primera sensación que se experimenta al arrancar un tren es siempre insoportable. Aquel confuso rechinar de ejes, aquel crujir de vidrios estremecidos, aquel fragor de ferretería ambulante, igual, aunque en grado máximo, al que produce un simón¹⁵ desvencijado al rodar por una calle mal empedrada, crispera los nervios, marea y aturde. Verdad que en ese mismo aturdimiento hay algo de la embriaguez de la carrera, algo de lo vertiginoso que tiene todo lo grande; pero, como quiera que, aunque mezclado con algo que place, hay mucho que incomoda, también es cierto que hasta que pasan algunos minutos y la continuación de las impresiones embota la sensibilidad, no se puede decir que se pertenece uno a sí mismo por completo.

Apenas hubimos andado algunos kilómetros, y cuando pude hacerme cargo de lo que había a mi alrededor, empecé a pasar revista a mis compañeros de coche; ellos, por su parte, creo que hacían algo por el estilo, pues con más o menos disimulo todos comenzamos a mirarnos unos a otros de los pies a la cabeza.

Como dije antes, en el coche nos encontrábamos muy pocas personas. En el asiento que hacía frente al en que yo me había colocado¹⁶, y sentada de modo que los pliegues de su amplia y elegante falda de seda me cubrían casi los pies, iba una joven como de dieciséis a diecisiete años, la cual, a juzgar por la distinción de su fisonomía y ese no sé qué aristocrático que se siente y no puede explicarse, debía pertenecer a una clase elevada. Acompañábala un aya, pues tal me pareció una señora muy atildada y fruncida¹⁷ que ocupaba el asiento inmediato y que de cuando en cuando le dirigía la palabra en francés para preguntarle cómo se sentía, qué necesitaba o advertirla de qué manera estaría más cómoda. La edad de aquella señora y el interés que se tomaba por la joven pudieran hacer creer que era su madre; pero, a pesar de todo, yo notaba en su solicitud algo de afectado y mercenario, que fue el dato que, desde luego, tuve en cuenta para clasificarla.

Haciendo vis-à-vis¹⁸ con el aya francesa, y medio enterrado entre los almohadones de un rincón, como viajero avezado a las noches de ferrocarril, estaba un inglés alto y rubio, como casi todos los ingleses, pero más que ninguno grave, afeitado y limpio. Nada más acabado y completo que su traje de touriste¹⁹; nada más curioso que sus mil cachivaches de viaje, todos blancos y relucientes; aquí la manta escocesa, sujeta con sus hebillas de acero; allá el paraguas y el bastón con su funda de vaqueta²⁰, terciada al hombro la cómoda y elegante bolsa de piel de Rusia²¹. Cuando volví los ojos para mirarle, el inglés, desde todo lo alto de su deslumbradora corbata blanca, paseaba una mirada olímpica sobre nosotros, y luego que su pupila verde, dilatada y redonda, se hubo empapado bien en los objetos, entornó nuevamente los párpados, de modo que, heridas por la luz que caía de lo alto, sus pestañas largas y rubias se me antojaban a veces dos hilos de oro que sujetaban por el cabo una remolacha, pues no a otra cosa podría compararse su nariz.

Formando contraste con este seco y estirado gentleman²², que, una vez entornados los ojos y bien acomodado en su rincón, permanecía inmóvil como una esfinge de granito en el extremo opuesto del coche, y ya poniéndose de pie, ya agachándose para colocar una enorme sombrerera debajo del asiento, o recostándose alternativamente de un lado y de otro como al que aqueja un dolor agudo y de ningún modo se encuentra bien, bullía sin cesar un señor como de cuarenta años, saludable, mofletudo y rechoncho, el cual señor, a lo que pude colegir por sus palabras, vivía en un pueblo de los inmediatos a Zaragoza, de donde nunca había salido sino a la capital de su provincia, hasta que, con ocasión de ciertos negocios propios del Ayuntamiento de que formaba parte en su país, había estado últimamente en la corte como cosa de un mes²³.

Todo esto, y mucho más, se lo dijo él solo, sin que nadie se lo preguntara, porque el bueno del hombre era de lo más expansivo con que he topado en mi vida, mostrando tal afán por enredar conversación sobre cualquier cosa, que no perdonaba coyuntura. Primero suplicó al inglés le hiciese el favor de colocar un cestito con dos botellas en la bolsa del coche que tenía más próxima; el inglés entreabrió los ojos, alargó una mano y lo hizo sin contestar una sola palabra a las expresivas frases con que le agradeciera el obsequio. De seguida se dirigió a la joven para preguntarle si la señora que la acompañaba era su mamá. La joven le contestó que no con una desdeñosa sobriedad de palabras. Después se encaró conmigo, deseando saber si seguiría hasta Pamplona; satisfice esta pregunta, y él, tomando pie de mi contestación, dijo que se quedaba en Tudela²⁴; y a propósito de esto habló de mil cosas diferentes y todas a cuál de menos importancia, sobre todo para los que le escuchábamos. Cansado de su desesperante monólogo o agotados los recursos de su imaginación, nuestro buen hombre, que, por lo visto, se fastidiaba a más no poder dentro de aquella atmósfera glacial y afectada, tan de buen

tono entre personas que no se conocen, comenzó a poco, sin duda para distraer su aburrimiento, una serie de maniobras a cual más inconvenientes y originales. Primero cantó un rato a media voz alguna de las habaneras²⁵ que había oído en Madrid a la criada de la casa de pupilos²⁶, después comenzó a atravesar el coche de un extremo a otro, dando aquí al inglés con el codo o pisando allí el extremo del traje de las señoras para asomarse a las ventanillas de ambos lados; por último, y esta fue la broma más pesada, dio en la flor de bajar los cristales en cada una de las estaciones para leer en alta voz el nombre del pueblo, pedir agua o preguntar los minutos que se detendría el tren. En unas y en otras, ya nos encontrábamos cerca de Medinaceli²⁷ y la noche se había entrado fría, anubarrada y desagradable; de modo que cada vez que se abría una de las portezuelas se estaba en peligro inminente de coger un catarro. El inglés, que hubo de comprenderlo así, se envolvió silenciosamente en su magnífica manta escocesa; la joven, por consejo del aya, que se lo dijo en alta voz, se puso un abrigo; yo, a falta de otra cosa, me levanté el cuello del gabán y hundí cuanto pude la cabeza entre los hombros. Nuestro hombre, sin embargo, prosiguió impertérrito practicando la misma peligrosa operación tantas veces cuantas paraba el tren, hasta que, al cabo, no sé si cansado de este ejercicio o advertido de la escena muda de arropamiento general que se repetía tantas veces cuantas él abría la ventanilla, cerró con aire de visible mal humor los cristales, tornando a echarse en su rincón, donde a los pocos minutos roncaba como un bendito, topando al aire y amenazando aplastarme la nariz con la coronilla en uno de aquellos bruscos vaivenes que de cuando en cuando le hacían salir sobresaltado de su modorra, para restregarse los ojos, mirar el reloj y volverse a dormir de nuevo. El peso de las altas horas de la noche comenzaba a dejarse sentir. En el wagon²⁸ reinaba un silencio profundo, interrumpido sólo por el eterno y férreo crujir del tren y algún que otro resoplido de nuestro amodorrado compañero, que alternaba en esta tarea con la máquina.

El inglés se durmió también, pero se durmió grave y dignamente, sin mover pie ni mano, como si, a pesar del letargo que le embargaba, tuviese la conciencia de su posición. El aya comenzó a cabecear un poco, acabando por bajar el velo de su capota oscura y dormirse en estilo semiserio. Quedamos, pues, desvelados, como las vírgenes prudentes de la parábola²⁹, tan sólo la joven y yo. A decir verdad, yo también me hubiera rendido al peso del aturdimiento y a las fatigas de la vigilia si hubiese tenido la seguridad de mantenerme en mi sueño en una actitud, si no tan grave como la del inmóvil gentleman, al menos no tan grotesca como la del buen regidor³⁰ aragonés, que ora dejándose caer la gorra en una cabezada, ora roncando como un órgano o balbuceando palabras ininteligibles, ofrecía el espectáculo más chistoso que imaginarse puede. Para despabilarme un poco, resolví dirigirle la palabra a la joven; pero, por una parte, temía cometer una indiscreción, mientras por otra, y no era esto lo menos para permanecer callado, no sabía cómo empezar. Entonces volví los ojos, que hasta entonces había tenido clavados en ella con alguna insistencia, y me entretuve en ver pasar a través de los cristales, y sobre una faja de terreno oscuro y monótono, ya las blancas nubes de humo y de chispas que se quedaban al paso de la locomotora rozando la tierra y como suspendidas e inmóviles, ya los palos del telégrafo, que parecían perseguirse y querer alcanzarse unos a otros lanzados a una carrera fantástica. No obstante, la aproximación de aquella mujer hermosa que yo sentía aun sin mirarla, el roce de su falda de seda que tocaba a mis pies y crujía a cada uno de sus movimientos, el sopor vertiginoso del incesante ruido, la languidez del cansancio, la misteriosa embriaguez de las altas horas de la noche, que pesan de una manera tan particular sobre el espíritu, comenzaron a influir en mi imaginación, ya sobreexcitada extrañamente.

Estaba despierto; pero mis ideas iban poco a poco tomando esa forma extravagante de los ensueños de la mañana, historias sin principio ni fin, cuyos eslabones de oro se quiebran con un rayo de enojosa claridad y vuelven a soldarse apenas se corren las cor-

tinias del lecho. La vista se me fatigaba de ver pasar, eterna, monótona y oscura como un mar de asfalto, la línea del horizonte, que ya se alzaba, ya se deprimía, imitando el movimiento de las olas. De cuando en cuando dejaba caer la cabeza sobre el pecho, rompía el hilo de las historias extraordinarias que iba fingiendo en la mente y entornaba los ojos; pero apenas los volvía a abrir, encontraba siempre delante de ellos a aquella mujer, y tornaba a mirar por los cristales, y tornaba a soñar imposibles. Yo he oído decir a muchos, y aun la experiencia me ha enseñado un poco, que hay horas peligrosas, horas lentas y cargadas de extraños pensamientos y de una voluptuosa pesadez, contra las que es imposible defenderse; en esas horas, como cuando nos turban la cabeza los vapores del vino, los sonidos se debilitan y parece que se oyen muy distantes, los objetos se ven como velados por una gasa azul, y el deseo presta audacia al espíritu, que recobra para sí todas las fuerzas que pierde la materia. Las horas de la madrugada, esas horas que deben tener más minutos que las demás, esas horas en que entre el caos de la noche comienza a forjarse el día siguiente, en que el sueño se despide con su última visión y la luz se anuncia con ráfagas de claridad incierta, son, sin duda alguna, las que en más alto grado retienen semejantes condiciones. Yo no sé el tiempo que transcurrió mientras a la vez dormía y velaba, ni tampoco me sería fácil apuntar algunas de las fantásticas ideas que cruzaron por mi imaginación, porque ahora sólo recuerdo cosas desasidas y sin sentido, como esas notas sueltas de una música lejana que trae el viento a intervalos en ráfagas sonoras; lo que sí puedo asegurar es que gradualmente se fueron embotando mis sentidos, hasta el punto que cuando un gran estremecimiento, una bocanada de aire frío y la voz del guarda de la vía me anunciaron que estaba en Tudela, no supe explicarme cómo me encontraba tan pronto en el término de la primera parte de mi peregrinación³¹.

Era completamente de día, y por la ventanilla del coche, que había abierto de par en par el señor gordo, entraban a la vez el sol rojizo y el aire fresco de la mañana. Nuestro

regidor aragonés, que, por lo que podía colegirse, no veía la hora de dejar tan poco agradable reunión, apenas se convenció de que estábamos en Tudela, tercióse la capa al hombro, cogió en una mano su sombrero monstruo, en la otra el cesto, y saltó al andén con una agilidad que nadie hubiera sospechado en sus años y en su gordura. Yo tomé asimismo el pequeño saco, que era todo mi equipaje; dirigí una última mirada a aquella mujer, que acaso no volvería a ver más, y que había sido la heroína de mi novela de una noche, y, después de saludar a mis compañeros salí del wagon³² buscando a un chico que llevase aquel bulto y me condujese a una fonda cualquiera.

Tudela es un pueblo grande, con ínfulas³³ de ciudad, y el parador³⁴ adonde me condujo mi guía, una posada con ribetes de fonda. Sentéme y almorcé; por fortuna, si el almuerzo no fue gran cosa, la mesa y el servicio estaban limpios. Hagamos esta justicia a la navarra que se encuentra al frente del establecimiento. Aún no había tomado los postres, cuando el campanillazo de las colleras³⁵, los chasquidos del látigo y las voces del zagal que enganchaba las muías me anunciaron que el coche de Tarazona³⁶ iba a salir muy pronto. Cuando acabé de prisa y corriendo de tomar una taza de café bastante malo, y clarito por más señas, ya se oían los gritos de «¡Al coche, al coche!», unidos a las despedidas en alta voz, al ir y venir de los que colocaban los equipajes en la baca y las advertencias mezcladas de interjecciones del mayoral³⁷, que dirigía las maniobras desde el pescante³⁸ como un piloto desde la popa de su buque.

La decoración había cambiado por completo, y nuevos y característicos personajes se encontraban en escena. En primer término, y unos recostados contra la pared, otros sentados en los marmolillos³⁹ de las esquinas o agrupados en derredor del coche, veíanse hasta quince o veinte desocupados del lugar, para quienes el espectáculo de una diligencia que entra o sale es todavía un gran acontecimiento. Al pie del estribo, algunos mu-

chachos, desharrapados y sucios, abrían con gran oficiosidad las portezuelas, pidiendo indirectamente una limosna, y en el interior del ómnibus⁴⁰, pues este era propiamente el nombre que debiera darse al vehículo que iba a conducirnos a Tarazona, comenzaban a ocupar sus asientos los viajeros. Yo fui uno de los primeros en colocarme en mi sitio, al lado de dos mujeres, madre e hija, naturales de un pueblo cercano y que venían de Zaragoza, donde, según me dijeron, habían ido a cumplir no sé qué voto a la Virgen del Pilar: la muchacha tenía los ojos retozones, y de la madre se conservaba todo lo que a los cuarenta y pico de años puede conservarse de una buena moza. Tras mí entró un estudiante del Seminario, a quien no hubo de parecer saco de paja la muchacha, pues viendo que no podía sentarse junto a ella, porque ya lo había hecho yo, se compuso de modo que en aquellas estrecheces se tocasen rodilla con rodilla. Siguieron al estudiante otros dos individuos del sexo feo, de los cuales el primero parecía militar en situación de reemplazo, y el segundo, uno de esos pobres empleados de poco sueldo, a quienes a cada instante trasiega el Ministerio de una provincia a otra. Ya estábamos todos y cada uno en su lugar correspondiente, y dándonos el parabién porque íbamos a estar un poco holgados, cuando apareció en la portezuela, y como un retrato dentro de su moldura, la cabeza de un clérigo entrado en edad, pero guapote y de buen color, al que acompañaba un ama o dueña, como por aquí es costumbre llamarles, que en punto a cecina de mujer⁴¹, era de lo mejor conservado y apetitoso a la vista que yo he encontrado de algún tiempo a esta parte.

Sintieron unos y se alegraron otros de la llegada de los nuevos compañeros, siendo de los segundos el escolar, el cual encontró ocasión de encajarse más estrechamente con su vecina de asiento, mientras hacía un sitio al ama del cura, sitio pequeño para el volumen que había de ocuparlo, aunque grande por la buena voluntad con que se le ofrecía. Sentóse el ama, acomodóse el clérigo, y ya nos disponíamos a partir, cuando,

como llovido del cielo o salido de los profundos, hete aquí que se nos aparece mi famoso hombre gordo del ferrocarril, con su imprescindible cesto y su monstruosa sombrerera. Referir las cuchufletas, las interjecciones, las risas y los murmullos que se oyeron a su llegada sería asunto imposible, como tampoco es fácil recordar las maniobras de cada uno de los viajeros para impedir que se acomodase a su lado. Pero aquel era el elemento de nuestro hombre gordo: allí donde se reía, se empujaba, y unos manoteando, otros impasibles, todos hablaban a un tiempo, se encontraba el buen regidor como el pez en el agua o el pájaro en el aire. A las cuchufletas respondía con chanzas⁴²; a las interjecciones, encogiéndose de hombros, y a los envites de codos, con codazos, y de manera que a los pocos minutos ya estaba sentado y en conversación con todos, como si los conociese de antigua fecha. En esto partió el coche, comenzando ese continuo vaivén al compás del trote de las muías, las campanillas del caballo delantero, el saltar de los cristales, el revolotear de los visillos y los chasquidos del látigo del mayoral, que constituyen el fondo de la armonía de una diligencia en marcha. Las torres de Tudela desaparecieron detrás de una loma bordada de viñedos y olivares. Nuestro hombre gordo, apenas se vio engolfado⁴³ camino adelante y en compañía tan franca, alegre y de su gusto, desenvainó del cesto una botella y la merienda correspondiente para echar un taco⁴⁴. Dada la señal del combate, el fuego se hizo general a toda la línea, y unos de la fiambrera de hojalata, otros de un canastillo o del número de un periódico, cada cual sacó su indispensable tortilla de huevos con variedad de tropezones. Primero la botella, y cuando esta se hubo agotado, una bota de media azumbre⁴⁵ del seminarista, comenzaron a andar a la ronda por el coche. Las mujeres, aunque se excusaban tenazmente, tuvieron que humedecerse la boca con el vino; el mayoral, dejando el cuidado de las mulas al delantero, sentóse de medio ganchete en el pescante y formó parte del corro, no siendo de los más parcos en el beber; yo, aunque con nada había contribuido al festín, también tuve que empinar el codo más de lo que acostumbro.

A todo esto no cesaba el zarandeo del carruaje, de modo que con el aturdimiento del vinillo, el continuo vaivén, el tropezón de codos y rodillas, las risotadas de estos, el gritar de aquellos, las palabritas a media voz de los de más allá, un poco de sol enfilado a los ojos por las ventanillas y un bastante de polvo del que levantaban las muías, las tres horas de camino que hay desde Tarazona a Tudela pasaron entre gloria y purgatorio, ni tan largas que me dieran lugar a desesperarme, ni tan breves que no viera con gusto el término de mi segunda jornada.

En Tarazona nos apeamos del coche entre una doble fila de curiosos, pobres y chiquillos. Despedímonos cordialmente los unos de los otros, volví a encargar a un chicuelo de la conducción de mi equipaje, y me encaminé al azar por aquellas calles estrechas, torcidas y oscuras, perdiendo de vista, tal vez para siempre, a mi famoso regidor, que había empezado por cargarme, concluyendo, al fin, por hacerme feliz con su eterno buen humor, su incansable charla y su inquietud, increíble en una persona de su edad y su volumen. Tarazona es una ciudad pequeña y antigua; más lejos del movimiento que Tudela, no se nota en ella el mismo adelanto, pero tiene un carácter más original y artístico. Cruzando sus calles con arquillos y retablos, con caserones de piedra llenos de escudos y timbres heráldicos⁴⁶, con altas rejas de hierro de labor exquisita y extraña, hay momentos en que se cree uno transportado a Toledo, la ciudad histórica por excelencia.

Al fin, después de haber discurrido un rato por aquel laberinto de calles, llegamos a la posada, que posada era, con todos los accidentes y el carácter de tal, el punto a que me condujo mi guía. Figúrense ustedes un medio punto⁴⁷ de piedra carcomida y tostada, en cuya clave⁴⁸ luce un escudo surmontado⁴⁹ de un casco que en vez de plumas tiene en la cimera una pomposa mata de jaramagos amarillos, nacida entre las hendiduras de los sillares; junto al blasón de los que fueron un día señores de aquella

casa solariega hay un palo, con una tabla en la punta a guisa de banderola, en que se lee con grandes letras de almagre⁵⁰ el título del establecimiento; el nudoso y retorcido tronco de una parra que comienza a retoñar cubre de hojas verdes, transparentes e inquietas, un ventanuquillo abierto en el fondo de una antigua ojiva⁵¹ rellena de argamasa y guijarros de colores; a los lados del portal sirven de asiento algunos trozos de columnas, sustentados por rimeros de ladrillos o capiteles rotos y casi ocultos entre las hierbas que crecen al pie del muro, en el cual, y entre remiendos y parches de diferentes épocas, unos blancos y brillantes aún, otros con oscuras manchas de ese barniz particular de los años, se ven algunas estaquillas de madera clavadas en las hendiduras. Tal se ofreció a mis ojos el exterior de la posada; el interior no parecía menos pintoresco.

A la derecha, y perdiéndose en la media luz que penetraba de la calle, veíase una multitud de arcos chatos⁵², y macizos que se cruzaban entre sí, dejando espacio en sus huecos a una larga fila de pesebres, formados de tablas mal unidas al pie de los postes, y diseminados por el suelo, tropezábase aquí con las enjalmas⁵³ de una caballería, allá con unos cuantos pellejos de vino⁵⁴ o gruesas sacas de lana, sobre las que merendaban, sentados en corro y con el jarro en primer lugar, algunos arrieros y trajinantes⁵⁵.

En el fondo, y caracoleando, pegada a los muros o sujeta con puntales, subía a las habitaciones interiores una escalerilla empinada y estrecha, en cuyo hueco, y revolviendo un haz de paja, picoteaban los granos perdidos hasta una media docena de gallinas; la parte de la izquierda, a la que daba paso un arco apuntado y ruinoso, dejaba ver un rincón de la cocina iluminada por el resplandor rojizo y alegre del hogar, en donde formaban un gracioso grupo la posadera, mujer frescota y de buen temple, aunque entrada en años; una muchacha vivaracha y despierta, como de quince a dieciséis, y cuatro o cinco

chicuelos rubios y tiznados, amén de un enorme gato rucio⁵⁶ y dos o tres perros que se habían dormido al amor de la lumbré.

Después de dar un vistazo a la posada, hice presente al posadero el objeto que en su busca me traía, el cual estaba reducido a que me pusiese en contacto con alguien que me quisiera ceder una caballería para trasladarme a Veruela, punto al que no se puede llegar de otro modo.

Hízolo así el posadero, ajusté el viaje con unos hombres que habían venido a vender carbón de Purujosa⁵⁷ y se tornaban de vacío, y héteme aquí otra vez en marcha y camino del Moncayo⁵⁸, atalajado⁵⁹ en una mula como en los buenos tiempos de la Inquisición y el rey absoluto⁶⁰. Cuando me vi en mitad del camino, con aquellas subidas y bajadas tan escabrosas, rodeado de los carboneros que marchaban a pie a mi lado cantando una canción monótona y eterna; delante de mis ojos la senda, que parecía una culebra blancuzca e interminable que se alejaba enroscándose por entre las rocas, desapareciendo aquí y tornándose a aparecer más allá, y a un lado y otro los horizontes inmóviles y siempre los mismos, figurábaseme que hacía un año que me había despedido de ustedes, que Madrid se había quedado en el otro cabo del mundo; que el ferrocarril que vuela, dejando atrás las estaciones y los pueblos, salvando los ríos y horadando las montañas, era un sueño de la imaginación o un presentimiento de lo futuro. Como la verdad es que yo fácilmente me acomodo a todas las cosas, pronto me encontré bien con mi última manera de caminar, y dejando ir la mula a su paso lento y uniforme, eché a volar la fantasía por los espacios imaginarios, para que se ocupase en la calma y en la frescura sombría de los sotos de álamos que bordean el camino, en la luminosa serenidad del cielo, o saltase, como salta el ligero montañés, de peñasco en peñasco, por entre las quiebras del terreno, ora envolviéndose como en una gasa de plata en la nube que viene rastrera, ora mirando

con vertiginosa emoción el fondo de los precipicios por donde va el agua, unas veces ligera, espumosa y sin ruido, y otras sombría y profunda.

Como quiera que cuando se viaja así la imaginación, desasida de la materia, tiene espacio y lugar para correr, volar y jugar como una loca⁶¹ por donde mejor le parece, el cuerpo, abandonado del espíritu, que es el que se apercibe de todo, sigue impávido su camino, hecho un bruto y atalajado, como un pellejo de aceite, sin darse cuenta de sí mismo ni saber si se cansa o no.

En esta disposición de ánimo anduvimos no sé cuántas horas, porque ya no tenía ni conciencia del tiempo, cuando un airecillo agradable, aunque un poco fuerte, me anunció que habíamos llegado a la más alta de las cumbres que por la parte de Tarazona rodean el valle, término de mis peregrinaciones. Allí, después de haberme apeado de la caballería para seguir a pie el poco camino que me faltaba, pude exclamar, como los cruzados a la vista de la ciudad santa:

Ecco apparir Gierusalem si vede⁶².

En efecto, en el fondo del melancólico y silencioso valle, al pie de las últimas ondulaciones del Moncayo, que levantaba sus aéreas cumbres coronadas de nieve y de nubes, medio ocultas entre el follaje oscuro de sus verdes alamedas y heridas por la última luz del sol poniente, vi las vetustas⁶³ murallas y las puntiagudas torres del monasterio en donde, ya instalado en una celda, y haciendo una vida mitad por mitad literaria y campestre, espera vuestro compañero y amigo recobrar la salud, si Dios es servido de ello, y ayudaros a soportar la pesada carga del periódico en cuanto la enfermedad y su natural propensión a la vagancia se lo permitan.

II⁶⁴

Queridos amigos: Si me vieran ustedes en algunas ocasiones con la pluma en la mano y el papel delante, buscando un asunto cualquiera⁶⁵ para emborronar catorce o quince cuartillas, tendrían lástima de mí. Gracias a Dios que no tengo la perniciosa cuanto fea costumbre de mordirme las uñas en casos de esterilidad, pues hasta tal punto me encuentro apurado e irresoluto en estos trances, que ya sería cosa de haberme comido la primera falange de los dedos. Y no es precisamente porque se hayan agotado de tal modo mis ideas que, registrando en el fondo de la imaginación, en donde andan enmarañadas e indecisas, no pudiese topar con alguna y traerla, a ser preciso, por la oreja, como dómine de lugar⁶⁶ a muchacho travieso. Pero no basta tener una idea; es necesario despojarla de su extraña manera de ser, vestirla un poco al uso para que esté presentable, aderezarla y condimentarla, en fin, a propósito para el paladar de los lectores de un periódico, político por añadidura. Y aquí está lo espinoso del caso, aquí la gran dificultad.

Entre los pensamientos que antes ocupaban mi imaginación y los que aquí han engendrado la soledad y el retiro, se ha trabado una lucha titánica, hasta que, por último, vencidos los primeros por el número y la intensidad de sus contrarios, han ido a refugiarse no sé dónde, porque yo los llamo y no me contestan, los busco y no parecen. Ahora bien: lo que se siente y se piensa aquí en armonía con la profunda calma y el melancólico recogimiento de estos lugares, ¿podrá encontrar un eco en los que viven en ese torbellino de encontrados intereses, de pasiones sobreexcitadas, de luchas continuas, que se llama la corte?

Yo juzgo de la impresión que pueden hacer ideas que nacen y se desarrollan en la austera soledad de estos claustros por la que a su vez me producen las que ahí hierven, y de las cuales diariamente me trae El Contemporáneo como un abrasado soplo. Al periódico que todas las mañanas encontramos en Madrid, sobre la mesa del comedor o en el gabinete de estudio, se le recibe como a un amigo de confianza que viene a charlar un rato, mientras se hace hora de almorzar, con la ventaja de que, si saboreamos un veguero⁶⁷ mientras él nos refiere, comentándola, la historia del día de ayer, ni siquiera hay necesidad de ofrecerle otro. Y esa historia de ayer que nos refiere es, hasta cierto punto, la historia de nuestros cálculos, de nuestras simpatías o de nuestros intereses, de modo que su lenguaje apasionado, sus frases palpitantes, suelen hablar a un tiempo a nuestra cabeza, a nuestro corazón y a nuestro bolsillo; en unas ocasiones repite lo que ya hemos pensado, y nos complace hallarlo acorde con nuestro modo de ver; otras, nos dice la última palabra de algo que comenzábamos a adivinar, o nos da el tema en armonía con las vibraciones de nuestra inteligencia, para proseguir pensando: tan íntimamente está enlazada su vida intelectual con la nuestra, tan una es la atmósfera en que se agitan nuestras pasiones y las suyas.

Aquí, por el contrario, todo parece conspirar a un fin diverso. El periódico llega a los muros de este retiro como uno de esos círculos que se abren en el agua cuando se arroja

una piedra, y que poco a poco se van debilitando a medida que se alejan del punto de donde partieron, hasta que vienen a morir en la orilla con un rumor apenas perceptible. El estado de nuestra imaginación, la soledad que nos rodea, hasta los accidentes locales parece que contribuyen a que sus palabras suenen de otro modo en el oído. Juzgad, si no, por lo que a mí me sucede.

Todas las tardes, y cuando el sol comienza a caer, salgo al camino que pasa por delante de las puertas del monasterio para aguardar al conductor de la correspondencia que me trae los periódicos de Madrid. Frente al arco que da entrada al primer recinto de la abadía se extiende una larga alameda de chopos tan altos, que cuando agita sus ramas el viento de la tarde, sus copas se unen y forman una inmensa bóveda de verdura. Por ambos lados del camino, y saltando y cayendo con un murmullo apacible por entre las retorcidas raíces de los árboles, corren dos arroyos de agua cristalina y transparente, fría como la hoja de una espada y delgada como su filo. El terreno sobre el cual flotan las sombras de los chopos, salpicadas a trecho de manchas inquietas y luminosas, se halla salpicado de una hierba alta, espesa y finísima, entre la que nacen tantas margaritas blancas, que semejan a primera vista esa lluvia de flores con que alfombran el suelo los árboles frutales en los templados días de abril. En los ribazos⁶⁸ y entre los zarzales y los juncos del arroyo crecen las violetas silvestres, que, aunque casi ocultas entre sus rastreras hojas, se anuncian a gran distancia con su intenso perfume; y por último, también cerca del agua, y formando como un segundo término, déjase ver, por entre los huecos que quedan de tronco a tronco, una doble fila de nogales corpulentos con sus copas redondas, compactas y oscuras.

Como a la mitad de esta alameda deliciosa, y en un punto en que varios olmos dibujan un círculo pequeño enlazando entre sí sus espesas ramas, que recuerdan, al tocarse en la altura, la cúpula de un santuario, sobre una escalinata formada de grandes sillares de

granito, por entre cuyas hendiduras nacen y se enroscan los tallos de las flores trepadoras, se levanta gentil, artística y alta, casi como los árboles, una cruz de mármol que, merced a su color, es conocida en estas cercanías por la Cruz negra de Veruela⁶⁹. Nada más hermosamente sombrío que este lugar. Por un extremo del camino limita la vista el monasterio, con sus arcos ojivales, sus torres puntiagudas y sus muros almenados e imponentes; por el otro, las ruinas de una pequeña ermita⁷⁰ situada al pie de una eminencia sembrada de tomillos y romeros en flor. Allí, sentado al pie de la cruz, y teniendo en las manos un libro que casi nunca leo, y que muchas veces dejo olvidado en las gradas de piedra, estoy una y dos y a veces hasta cuatro horas aguardando el periódico. De cuando en cuando veo atravesar a lo lejos una de esas figuras aisladas que se colocan en un paisaje para hacer sentir mejor la soledad del sitio. Otras veces, exaltada la imaginación creo distinguir confusamente, sobre el follaje, los monjes blancos que van y vienen silenciosos alrededor de su abadía, o una muchacha de la aldea que pasó por ventura al pie de la cruz con un manojo de flores en el halda⁷¹, se arrodilló un momento y dejó un lirio azul sobre los peldaños. Luego, un suspiro que se confunde con el rumor de las hojas; después..., ¡qué sé yo!, escenas sueltas de no sé qué historias que yo he oído o que inventaré algún día; personajes fantásticos que, unos tras otros, van pasando ante mi vista, y de los cuales cada uno me dice una palabra o me sugiere una idea; ideas y palabras que más tarde germinarán en mi cerebro y acaso den fruto en el porvenir⁷².

La aproximación del correo viene siempre a interrumpir una de estas maravillosas historias. En el profundo silencio que me rodea, el lejano rumor de los pasos de su caballo, que cada vez se percibe más distinto, lo anuncia a larga distancia; por fin, llega donde estoy, saca el periódico de la bolsa de cuero que trae terciada al hombro, me lo entrega y, después de cambiar algunas palabras o un saludo, desaparece por el extremo opuesto del camino que trajo.

Como le he visto nacer, como desde que vino al mundo he vivido con su vida febril y apasionada, El Contemporáneo no es para mí un papel como otro cualquiera, sino que sus columnas son ustedes todos, mis amigos, mis compañeros de esperanzas o desencantos, de reveses o de triunfos, de satisfacciones o de amarguras. La primera impresión que siento, pues, al recibirle es siempre una impresión de alegría, como la que se experimenta al romper la cubierta de una carta en cuyo sobre hemos visto una letra querida, o como cuando en un país extranjero se estrecha la mano de un compatriota y se oye hablar el idioma nativo. Hasta el olor particular del papel húmedo y la tinta de imprenta, olor especialísimo que por un momento viene a sustituir al perfume de las flores que aquí se respira por todas partes, parece que hiere la memoria del olfato, memoria extraña y viva que indudablemente existe, y me trae un pedazo de mi antigua existencia, de aquella inquietud, de aquella actividad, de aquella fiebre fecunda del periodismo. Recuerdo el incesante golpear y crujir de la máquina que multiplicaba por miles las palabras que acabábamos de escribir y que salían aún palpitando de la pluma; recuerdo el afán de las últimas horas de Redacción, cuando la noche va de vencida y el original escasea; recuerdo, en fin, las veces que nos ha sorprendido el día corrigiendo un artículo o escribiendo una noticia última, sin hacer más caso de las poéticas bellezas de la alborada que de la carabina de Ambrosio⁷³. En Madrid, y para nosotros en particular, ni amanece ni se pone el sol; se apaga o se enciende la luz, y es por la única cosa que lo advertimos.

Al fin, rompo la faja del periódico y comienzo a pasar la vista por sus renglones, hasta que gradualmente me voy engolfando en su lectura, y ya ni veo ni oigo nada de lo que se agita a mi alrededor. El viento sigue suspirando entre las copas de los árboles, el agua sonriendo a mis pies, y las golondrinas, lanzando chillidos agudos, pasan sobre mi cabeza; pero yo, cada vez más absorto y embebido con las nuevas ideas que comienzan a despertarse a medida que me hieren las frases del periódico, me juzgo transportado a otros

sitios y a otros días. Paréceme asistir de nuevo a la Cámara, oír los discursos ardientes, atravesar los pasillos del Congreso, donde entre el animado cuchicheo de los grupos se forman las futuras crisis, y luego veo las secretarías de los ministerios, en donde se hace la política oficial, las redacciones, donde hierven las ideas que han de caer al día siguiente como la piedra en el lago, y los círculos de la opinión pública, que comienzan en el casino, siguen en las mesas de los cafés y acaban en los guardacantones de las calles. Vuelvo a seguir con interés las polémicas acaloradas, vuelvo a reanudar el roto hilo de las intrigas, y ciertas fibras embotadas aquí, las fibras de las pasiones violentas, la inquieta ambición, el ansia de algo más perfecto, el afán de hallar la verdad escondida a los ojos humanos, tornan a vibrar nuevamente y a encontrar en mi alma un eco profundo. «El Diario Español, El Pensamiento o La Iberia hablan de esto, afirman aquello o niegan lo de más allá»⁷⁴, dice El Contemporáneo; y yo, sin saber apenas dónde estoy, tiendo las manos para cogerlos, creyendo que están allí a mi alcance, como si me encontrara sentado a la mesa de la Redacción.

Pero esa tromba de pensamientos tumultuosos, que pasan por mi cabeza como una nube de tronada⁷⁵, se desvanecen apenas nacidos. Aún no he acabado de leer las primeras columnas del periódico, cuando el último reflejo del sol, que dobla lentamente la cumbre del Moncayo, desaparece de la más alta de las torres del monasterio, en cuya cruz de metal llamea un momento antes de extinguirse. Las sombras de los montes bajan a la carrera y se extienden por la llanura; la luna comienza a dibujarse en el Oriente como un círculo de cristal que transparenta el cielo, y la alameda se envuelve en la indecisa luz del crepúsculo. Ya es imposible continuar leyendo. Aún se ven por una parte, y entre los huecos de las ramas, chispazos rojizos del sol poniente, y por la otra, una claridad violada y fría. Poco a poco comienzo a percibir otra vez, semejante a una armonía confusa, el ruido de las hojas y el murmullo del agua, fresco, sonoro y continuado, a cuyo compás,

vago y suave, vuelven a ordenarse las ideas y se van moviendo con más lentitud en una danza cadenciosa, que languidece al par de la música, hasta que, por último, se aguzan unas tras otras, como esos puntos de luz apenas perceptibles que de pequeños nos entreteníamos en ver morir en las pavesas de un papel quemado. La imaginación entonces, ligera y diáfana, se mece y flota al rumor del agua, que la arrulla como una madre arrulla a un niño. La campana del monasterio, la única que ha quedado colgada en su ruinosa torre bizantina⁷⁶, comienza a tocar la oración, y una cerca, otra lejos, estas con una vibración metálica y aguda, aquellas con un tañido sordo y triste, les responden las otras campanas de los lugares del Somontano⁷⁷. De estos pequeños lugares, unos están en la punta de las rocas, colgados como el nido de un águila, y otros, medio escondidos en las ondulaciones del monte o en lo más profundo de los valles. Parece una armonía que a la vez baja del cielo y sube de la tierra, y se confunde y flota en el espacio, mezclándose al último rumor del día que muere, al primer suspiro de la noche que nace.

Ya todo pasó. Madrid, la política, las luchas ardientes, las miserias humanas, las pasiones, las contrariedades, los deseos; todo se ha ahogado en aquella música divina. Mi alma está ya tan serena como el agua inmóvil y profunda. La fe en algo más grande, en un destino futuro y desconocido, más allá de esto, la fe de la eternidad, en fin, aspiración absorbente, única e inmensa, mata esa fe al pormenor que pudiéramos llamar personal, la fe en el mañana, especie de aguijón que espolea los espíritus irresolutos y que tanto se necesita para luchar y vivir y alcanzar cualquier cosa en la tierra.

Absorto en estos pensamientos, doblo el periódico y me dirijo a mi habitación. Cruzo la sombría calle de árboles y llego a la primera cerca del monasterio, cuya dentellada⁷⁸ silueta destaca por oscuro sobre el cielo, en un todo semejante a la de un castillo feudal; atravieso el patio de armas, con sus arcos redondos y timbrados⁷⁹, sus bastiones⁸⁰ llenos

de saeteras⁸¹ y coronados de almenas puntiagudas, de las cuales algunas yacen en el foso, medio ocultas entre los jaramagos y los espinos. Entre dos cubos de muralla⁸², altos, negros e imponentes, se alza la torre que da paso al interior. Una cruz clavada en la punta indica el carácter religioso de aquel edificio, cuyas enormes puertas de hierro y muros fortísimos más parece que deberían guardar soldados que monjes.

Pero apenas las puertas se abren rechinando sobre sus goznes enmohecidos, la abadía aparece con todo su carácter. Una larga fila de olmos, entre los que se elevan algunos cipreses, deja ver en el fondo la iglesia bizantina, con su portada semicircular llena de extrañas esculturas⁸³. Por la derecha se extiende la remendada tapia de un huerto, por encima de la cual asoman las copas de los árboles, y a la izquierda se descubre el palacio abacial, severo y majestuoso en medio de su sencillez⁸⁴. Desde este primer recinto se pasa al inmediato por un arco de medio punto, después del cual se encuentra el sitio donde en otro tiempo estuvo el enterramiento de los monjes. Un hilo de agua, que luego desaparece y se oye gemir por debajo de tierra, corre al pie de tres o cuatro árboles viejos y nudosos. A un lado se descubre el molino, medio agachapado⁸⁵ entre unas ruinas, y más allá, oscura como la boca de una cueva, la portada monumental del claustro, con sus pilastras platerescas⁸⁶ llenas de hojarasca, bichas⁸⁷, ángeles, cariátides⁸⁸ y dragones de granito, que sostienen emblemas de la Orden⁸⁹, mitras y escudos.

Siempre que atravieso este recinto, cuando la noche se aproxima y comienza a influir en la imaginación con su alto silencio y sus alucinaciones extrañas, voy pisando quedo y poco a poco las sendas abiertas entre los zarzales y las hierbas parásitas, como temeroso de que al ruido de mis pasos despierte en sus fosas y levante la cabeza alguno de los monjes que duermen allí el sueño de la eternidad. Por último, entro en el claustro, donde ya reina una oscuridad profunda. La llama del fósforo que enciendo para atravesarlo

vacila, agitada por el aire, y los círculos de luz que despide luchan trabajosamente con las tinieblas. Sin embargo, a su incierto resplandor pueden distinguirse las largas series de ojivas festoneadas de hojas de trébol, por entre las que asoman con una mueca muda y horrible esas mil fantásticas y caprichosas creaciones de la imaginación que el arte misterioso de la Edad Media dejó grabadas en el granito de sus basílicas: aquí, un endriago⁹⁰ que se retuerce por una columna y saca su deforme cabeza por entre la hojarasca del capitel; allí, un ángel que lucha con un demonio y entre los dos soportan la recaída de un arco que se apunta al muro; más lejos, y sombreadas por el batiente oscuro del lucillo⁹¹ que las contiene, las urnas de piedra, donde, bien con la mano en el montante⁹² o revestidas de la cogulla⁹³, se ven las estatuas de los guerreros y abades más ilustres que han patrocinado este monasterio o lo han enriquecido con sus dones.

Los diferentes y extraordinarios objetos que, unos tras otros, van hiriendo la imaginación, la impresionan de una manera tan particular que, cuando después de haber discurrido por aquellos patios sombríos, aquellas alamedas misteriosas y aquellos claustros imponentes, penetro al fin en mi celda y desdoblo otra vez El Contemporáneo para proseguir su lectura, paréceme que está escrito en un idioma que no entiendo. Bailes, modas, el estreno de una comedia, un libro nuevo, un cantante extraordinario, una comida en la Embajada de Rusia, la compañía de Price⁹⁴, la muerte de un personaje, los clowns⁹⁵, los banquetes políticos, la música, todo revuelto: una obra de caridad con un crimen, un suicidio con una boda, un entierro con una función de toros extraordinaria.

A esta distancia y en este lugar me parece mentira que existe aún ese mundo que yo conocía, el mundo del Congreso y las redacciones, del casino y de los teatros, del Suizo⁹⁶ y de la Fuente Castellana⁹⁷, y que existe tal como yo lo dejé, rabiando y divirtiéndose, hoy en una broma, mañana en un funeral, todos de prisa, todos cosechando esperanzas

y decepciones, todos corriendo detrás de una cosa que no alcanzan nunca, hasta que, corriendo, den en uno de esos lazos silenciosos que nos va tendiendo la muerte y desaparezcan como por escotillón⁹⁸ con una gacetilla⁹⁹ por epitafio.

Cuando me asaltan estas ideas, en vano hago esfuerzos por templarme como ustedes y entrar a compás en la danza. No oigo la música, que os lleva a todos envueltos como en un torbellino, no veo en esa agitación continua, en ese ir y venir, más que lo que ve el que mira un baile desde lejos: una pantomima muda e inexplicable, grotesca unas veces, terrible otras¹⁰⁰.

Ustedes, sin embargo, quieren que escriba alguna cosa, que lleve mi parte en la sinfonía general, aun a riesgo de salir desafinando. Sea, y sirva esto de introducción y preludio: quiere decir que si alguno de mis lectores ha sentido otra vez algo de lo que yo siento ahora, mis palabras le llevarán al recuerdo de más tranquilos días, como el perfume de un paraíso distante, y los que no, tendrán en cuenta mi especial posición para tolerar que de cuando en cuando rompa con una nota desacorde la armonía de un periódico político.

III¹⁰¹

Queridos amigos: Hace dos o tres días, andando a la casualidad por entre estos montes, y habiéndome alejado más de lo que acostumbro en mis paseos matinales, acerté a descubrir, casi oculto entre las quiebras del terreno y fuera de todo camino, un pueblecillo cuya situación, por extremo pintoresca, me agradó tanto, que no pude por menos de aproximarme a él para examinarle a mis anchas. Ni aun pregunté su nombre, y si mañana o el otro quisiera buscarle por su situación en el mapa, creo que no lo encontraría: tan pequeño es y tan olvidado parece entre las ásperas sinuosidades del Moncayo. Figúrense ustedes en el declive de una montaña inmensa, y sobre una roca que parece servirle de pedestal, un castillo del que sólo quedan en pie la torre del homenaje¹⁰² y algunos lienzos de muro¹⁰³ carcomidos y musgosos. Agrupadas alrededor de este esqueleto de fortaleza, cual si quisiesen todavía dormir seguras a su sombra como en la edad de hierro en que debió alzarse, se ven algunas casas, pequeñas heredades con sus bardales de heno¹⁰⁴, sus tejados rojizos y sus chimeneas desiguales y puntiagudas, por cima de las

que se eleva el campanario de la parroquia con su reloj de sol, su esquiloncillo¹⁰⁵ que llama a la primera misa y su gallo de hojalata, que gira en lo alto de la veleta a merced de los vientos.

Una senda que sigue al curso del arroyo que cruza el valle, serpenteando por entre los cuadros de los trigos, verdes y tirantes como el paño de una mesa de billar, sube, dando vueltas a los amontonados pedruscos sobre que se asienta el pueblo, hasta el punto en que un pilarote¹⁰⁶ de ladrillos con una cruz en el remate señala la entrada. Sucede con estos pueblecitos tan pintorescos, cuando se ven en lontananza tantas líneas caprichosas, tantas chimeneas arrojando pilares de humo azul, tantos árboles y peñas y accidentes artísticos, lo que con otras muchas cosas del mundo, en que todo es cuestión de la distancia a que se miran, y la mayor parte de las veces, cuando se llega a ellos, la poesía se convierte en prosa. Ya en la cruz de la entrada, lo que pude descubrir del interior del lugar no me pareció, en efecto, que respondía ni con mucho a su perspectiva, de modo que no queriendo arriesgarme por sus estrechas, sucias y empinadas callejas, comencé a costearlo y me dirigí a una reducida llanura que se descubre a su espalda, dominada sólo por la iglesia y el castillo. Allí, en unos campos de trigo, y junto a dos o tres nogales aislados que comenzaban a cubrirse de hojas, está lo que, por su especial situación y la pobre cruz de palo enclavada sobre la puerta, colegí que sería el cementerio.

Desde muy niño concebí, y todavía conservo, una instintiva aversión a los campos santos de las grandes poblaciones: aquellas tapias encaladas y llenas de huecos, como la estantería de una tienda de géneros ultramarinos; aquellas calles de árboles raquíticos, simétricas y enarenadas, como las avenidas de un parque inglés; aquella triste parodia de jardín con flores sin perfume y verdura sin alegría, me oprimen el corazón y me crispan los nervios. El afán de embellecer grotesca y artificialmente la muerte me trae a

la memoria esos niños de los barrios bajos a quienes después de expirar embadurnan la cara con arrebol¹⁰⁷, y entre el cerco violado de los ojos, la intensa palidez de las sienes y el rabioso carmín de las mejillas, resulta una mueca horrible.

Por el contrario, en más de una aldea he visto un cementerio chico, abandonado, pobre, cubierto de ortigas y cardos silvestres, y me ha causado una impresión siempre melancólica, es verdad, pero mucho más suave, mucho más respetuosa y tierna. En aquellos vastos almacenes de la muerte siempre hay algo de esa repugnante actividad del tráfico. La tierra, constantemente removida, deja ver fosas profundas que parecen aguardar su presa con hambre. Aquí, nichos vacíos a los que no falta más que un letrero: «Esta casa se alquila»; allí, huesos que se retrasan en el pago de su habitación y son arrojados qué sé yo adónde, para dejar lugar a otros, y lápidas con filetes de relumbrones¹⁰⁸ y décimas¹⁰⁹, y coronas de flores de trapo, y siempre vivas¹¹⁰ de comerciantes de objetos fúnebres. En estos escondidos rincones, último albergue de los ignorados campesinos, hay una profunda calma. Nadie turba su santo recogimiento, y después de envolverse en su ligera capa de tierra, sin siquiera tener encima el peso de una losa, deben dormir mejor y más sosegados¹¹¹.

Cuando, no sin tener que forcejear antes un poco, logré abrir la carcomida y casi deshecha puerta del pequeño cementerio que por casualidad había encontrado en mi camino, y este se ofreció a mi vista, no pude menos de confirmarme nuevamente en mis ideas. Es imposible ni aun concebir un sitio más agreste, más solitario y más triste, con una agradable tristeza, que aquel. Nada habla allí de la muerte con ese lenguaje enfático y pomposo de los epitafios, nada la recuerda de modo que horrorice con el repugnante espectáculo de sus atavíos y despojos. Cuatro lienzos de tapia humilde y compuestos de arena amasada con piedrecillas de colores, ladrillos rojos y algunos sillares cubiertos de

musgo en los ángulos, cercan un pedazo de tierra, en el cual la poderosa vegetación de este país, abandonada a sí misma, despliega¹¹² sus silvestres galas con un lujo y una hermosura imponderables. Al pie de las tapias, y por entre sus rendijas, crecen la hiedra y esas campanillas color de rosa pálido que suben sosteniéndose en las asperezas del muro hasta trepar a los bardales de heno, por donde se cruzan y se mecen como una flotante guirnalda de verdura. La espesa y fina hierba que cubre el terreno y marca con suave claroscuro todas sus ondulaciones hace el efecto de un tapiz bordado de esas mil florecillas cuyos poéticos nombres ignora la ciencia, y sólo podrían decirlo las muchachas del lugar que en las tardes de mayo las cogen en el halda para engalanar el retablo de la Virgen.

Allí, en medio de algunas espigas cuya simiente acaso trajo el aire de las eras cercanas, se columpian las amapolas con sus cuatro hojas purpúreas y descompuestas; las margaritas blancas y menudas, cuyos pétalos arrancan uno a uno los amantes, semejan copos de nieve que el calor no ha podido derretir, contrastando con los dragoncillos¹¹³ corales y esas estrellas de cinco rayos, amarillas e inodoras, que llaman de los muertos, las cuales crecen salpicadas en los campos santos entre las ortigas, las rosas de los espinos, los cardos silvestres y las alcachofas¹¹⁴ puntiagudas y frondosas. Una brisa pura y agradable mueve las flores, que se balancean con lentitud, y las altas hierbas, que se inclinan y levantan a su empuje como las pequeñas olas de un mar verde y agitado. El sol resbala suavemente sobre los objetos, los ilumina o los transparenta, aumentando la intensidad y la brillantez de sus tintas, y parece que los dibuja con un perfil de oro para que destaquen entre sí con más limpieza. Algunas mariposas revolotean de acá para allá, haciendo en el aire esos giros extraños que fatigan la vista, que inútilmente se empeña en seguir su vuelo tortuoso, y mientras las abejas estrechan sus círculos zumbando alrededor de los cálices llenos de perfumada miel y los pardillos picotean los insectos que pululan por el bardal de la tapia una lagartija asoma su cabeza trian-

gular y aplastada y sus ojos pequeños y vivos por entre sus hendiduras, y huye temerosa a guarecerse en su escondite al menor movimiento.

Después que hube abarcado con una mirada el conjunto de aquel cuadro imposible de reproducir con frases siempre descoloridas y pobres, me senté en un pedrusco, lleno de esa emoción sin ideas que experimentamos siempre que una cosa cualquiera nos impresiona profundamente y parece que nos sobrecoge por su novedad o su hermosura. En esos instantes rapidísimos, en que la sensación fecunda a la inteligencia y allá en el fondo del cerebro tiene lugar la misteriosa concepción de los pensamientos que han de surgir algún día evocados por la memoria, nada se piensa, nada se razona, los sentidos todos parecen ocupados en recibir y guardar la impresión que analizarán más tarde¹¹⁵.

Sintiendo aún las vibraciones de esta primera sacudida del alma, que la sumerge en un agradable sopor, estuve, pues, un largo espacio de tiempo, hasta que gradualmente comenzaron a extinguirse, y poco a poco fueron levantándose las ideas relativas. Estas ideas que ya han cruzado otras veces por la imaginación y duermen olvidadas en alguno de sus rincones son siempre las primeras en acudir cuando se toca su resorte misterioso. No sé si a todos les habrá pasado igualmente; pero a mí me ha sucedido con bastante frecuencia preocuparme en ciertos momentos con la idea de la muerte y pensar largo rato y concebir deseos y formular votos acerca de la destinación futura, no sólo de mi espíritu, sino de mis despojos mortales. En cuanto al alma, dicho se está que siempre he deseado que se encaminase al cielo. Con el destino que darían a mi cuerpo es con lo que más he batallado y acerca de lo cual he echado más a menudo a volar la fantasía. En aquel punto en que todas aquellas viejas locuras de mi imaginación salieron en tropel de los desvanes de la cabeza donde tengo arrinconados, como trastos inútiles, los pensamientos extraños, las ambiciones absurdas y las historias imposibles de la adolescencia,

ilusiones rosadas que, como los trajes antiguos, se han ajado ya y se han puesto de color de ala de mosca con los años, fue cuando pude apreciar, sonriendo, al compararlas entre sí, la candidez de mis aspiraciones juveniles.

En Sevilla, y en la margen del Guadalquivir que conduce al convento de San Jerónimo, hay, cerca del agua, una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura, formado por el corte natural de la ribera, que en aquel lugar es bien alta, y forma un rápido declive¹¹⁶. Dos o tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol, que rara vez logra deslizarse entre las ramas, cuyas hojas producen un ruido manso y agradable cuando el viento las agita y las hace parecer, ya plateadas, ya verdes, según del lado que las empuja. Un sauce baña sus raíces en la corriente del río, hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible, y a su alrededor crecen multitud de juncos y de esos lirios amarillos y grandes que nacen espontáneos al borde de los arroyos y las fuentes.

Cuando yo tenía catorce o quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límite que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta, cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico, y Rioja¹¹⁷, en sus silvas a las flores; Herrera¹¹⁸, en sus tiernas elegías, y todos mis cantores sevillanos, dioses penates¹¹⁹ de mi especial literatura, me hablaban de continuo del Betis¹²⁰ majestuoso, el río de las ninfas, de las náyades¹²¹ y los poetas, que corre al Océano escapándose de un ánfora de cristal, coronado de espadañas y laureles, ¡cuántos días, absorto en la contemplación de mis sueños de niño, fui a sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta a mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles, en las que hasta el esqueleto de la muerte se vestía a mis ojos con galas fascinadoras y espléndidas!

Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante a la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación: soñaba que la ciudad que me vio nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos, y cuando la muerte pusiese un término a mi existencia, me colocasen, para dormir el sueño de oro de la inmortalidad, a la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas, y en aquel mismo punto adonde iba tantas veces a oír el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca con una cruz y mi nombre serían todo el monumento.

Los álamos blancos, balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerían rezar por mi alma con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrían a refugiarse los pájaros para cantar al amanecer un himno alegre a la resurrección del espíritu a regiones más serenas; el sauce, cubriendo aquel lugar de una flotante sombra, le prestaría su vaga tristeza, inclinándose y derramando en derredor sus ramas desmayadas y flexibles, como para proteger y acariciar mis despojos, y hasta el río, que en las horas de creciente casi vendría a besar el borde de la losa, cercada de juncos, parecería arrullar mi sueño con una música agradable. Pasado algún tiempo, y después que la losa comenzara a cubrirse de manchas de musgo, una mata de campanillas, de esas campanillas azules¹²² con un disco de carmín en el fondo, que tanto me gustaban, crecería a su lado, enredándose por entre sus grietas y vistiéndola con sus hojas anchas y transparentes, que no sé por qué misterio tienen la forma de un corazón; los insectos de oro con alas de luz, cuyo zumbido convida a dormir en la calurosa siesta, vendrían a revolotear en torno de sus cálices; para leer mi nombre, ya borroso por la acción de la humedad y los años, sería preciso descorrer un cortinaje de verdura. ¿Pero, para qué leer mi nombre? ¿Quién no sabría que yo descansaba allí? Algún desconocido admirador de mis versos plantaría un laurel que, descollando altivo entre los otros árboles, hablase a todos de mi

gloria, y ya una mujer enamorada que halló en mis cantares un rasgo de esos extraños fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, ya un joven que se sintió inflamado con el sacro fuego que hervía en mi mente, y a quien mis palabras revelaron nuevos mundos de la inteligencia, hasta entonces para él ignotos, o un extranjero que vino a Sevilla llamado por la fama de su belleza y los recuerdos que en ella dejaron sus hijos, echaría una flor sobre mi tumba, contemplándola un instante con tierna emoción, con noble envidia o respetuosa curiosidad; a la mañana, las gotas del rocío resbalarían como lágrimas sobre su superficie.

Después de remontado el sol, sus rayos la dorarían, penetrando tal vez en la tierra y abrigando su dulce calor mis huesos. En la tarde, y a la hora en que las aguas del Guadalquivir copian temblando el horizonte de fuego, la árabe torre¹²³ y los muros romanos de mi hermosa ciudad, los que siguen la corriente del río en un ligero bote que deja en pos una inquieta línea de oro, dirían, al ver aquel rincón de verdura, donde la piedra blanqueaba al pie de los árboles: «Allí duerme el poeta.» Y cuando el Gran Betis dilatase sus riberas hasta los montes, cuando sus alteradas ondas, cubriendo el pequeño valle, subiesen hasta la mitad del tronco de los álamos, las ninfas que viven ocultas en el fondo de sus palacios, diáfanos y transparentes, vendrían a agruparse alrededor de mi tumba, yo sentiría la frescura y el rumor del agua agitada por sus juegos, sorprendería el secreto de sus misteriosos amores, sentiría tal vez la ligera huella de sus pies de nieve al resbalar sobre el mármol en una danza cadenciosa, oyendo, en fin, como cuando se duerme ligeramente se oyen las palabras y los sonidos de una manera confusa, el armonioso coro de sus voces juveniles y las notas de sus liras de cristal¹²⁴.

Así soñaba yo en aquella época. ¡A tanto y a tan poco se limitaban entonces mis deseos! Pasados algunos años, luego que hube salido de mi ciudad querida, después que

mis ideas tomaron poco a poco otro rumbo, y la imaginación, cansada ya de idilios, de ninfas, de poesía y de flores, comenzó a remontarse a épocas distantes, complaciéndose en vestir con sus galas las dramáticas escenas de la Historia, fingiendo un marco de oro para cada uno de sus cuadros y haciendo un pedestal para cada uno de sus personajes, volví a soñar, y como en las comedias de magia¹²⁵, nuevas decoraciones de fantasía sustituyeron a las antiguas y la vara mágica del deseo hizo posible en la mente nuevos absurdos.

¡Cuántas veces, después de haber discurrido por las anchurosas naves de alguna de nuestras inmensas catedrales góticas o de haberme sorprendido la noche en uno de esos imponentes y severos claustros de nuestras históricas abadías, he vuelto a sentir inflamada mi alma con la idea de la gloria, pero una gloria más ruidosa y ardiente que la del poeta!¹²⁶. Yo hubiera querido ser un rayo de la guerra¹²⁷, haber influido poderosamente en los destinos de mi país, haber dejado en sus leyes y sus costumbres la profunda huella de mi paso; que mi nombre resonase unido, y como personificándola, a alguna de sus grandes revoluciones, y luego, satisfecha mi sed de triunfos y de estrépito, caer en un combate, oyendo como el último rumor del mundo el agudo clamor de la trompetería de mis valerosas huestes, para ser conducido sobre el pavés¹²⁸, envuelto en los pliegues de mi destrozada bandera, emblema de cien victorias, a encontrar la paz del sepulcro en el fondo de uno de esos claustros santos donde vive el eterno silencio y al que los siglos prestan su majestad y su color misterioso e indefinible. Una airosa ojiva, erizada de hojas revueltas y puntiagudas, por entre las cuales se enroscaran, asomando su deforme cabeza, por aquí un grifo¹²⁹, por allá uno de esos monstruos alados, engendro de la imaginación del artífice, bañaría en oscura sombra mi sepulcro. A su alrededor, y debajo de calados doseletes¹³⁰, los santos patriarcas, los bienaventurados y los mártires, con sus miembros de hierro y sus emblemáticos atributos, parecerían santificarle con su presen-

cia. Dos guerreros inmóviles y vestidos de su fantástica y blanca armadura velarían día y noche de hinojos a sus costados, y mientras que mi estatua de alabastro riquísimo y transparente, con sus arreos de batallar, su espada sobre el pecho y un león a los pies, dormiría majestuosa sobre el túmulo, los ángeles, que, envueltos en largas túnicas y con un dedo en los labios, sostuviesen el cojín sobre que descansaba mi cabeza, parecería que llamaban con sus plegarias a las santas visiones de oro que llenan el desconocido sueño de la muerte de los justos, defendiéndome con sus alas de los terrores y las angustias de una pesadilla eterna.

En los huecos de la urna, y entre un sinnúmero de arcos con caireles¹³¹ y grumos de hojas de trébol, rosetas caladas, haces de columnillas y esas largas procesiones de plañideras que, envueltas en sus mantos de piedra, parece que andan en torno del monumento llorando con llanto sin gemidos, se verían mis escudos triangulares soportados por reyes de armas¹³² con sus birretes¹³³ y sus blasonadas casullas, y en los cuarteles¹³⁴, realzados con vivos colores merced a un hábil iluminador, las bandas de oro, las estrellas, los versos y los motes heráldicos¹³⁵ con una larga inscripción en esa letra gótica, estrecha y puntiguda, donde el curioso, lleno de hondo respeto, leería con pena y casi descifrándolos, mi nombre, mis títulos y mi gloria. Allí, rodeado de esa atmósfera de majestad que envuelve a todo lo grande, sin que turbara mi reposo más que el agudo chillido de una de esas aves nocturnas de ojos redondos y fosfóricos que acaso viniera a anidar entre los huecos del arco, viviría todo lo que vive un recuerdo histórico y glorioso unido a una magnífica obra de arte, y en la noche, cuando un furtivo rayo de luna dibujase en el pavimento del claustro los severos perfiles de las ojivas, cuando sólo se oyese los gemidos del aire extendiéndose de eco en eco por sus inmensas bóvedas, después de haberse perdido la última vibración de la campana que toca la queda, mi estatua, en la que habría algo de lo que yo fui, un poco de ese soplo que anima el barro encadenado por un fenómeno

incomprensible al granito, ¡quién sabe si se levantaría de su lecho de piedra para discurrir por entre aquellas gigantes arcadas con los otros guerreros, que tendrían su sepultura por allí cerca; con los prelados, revestidos de sus capas pluviales y sus mitras, y esas damas de largo brial¹³⁶ y plegados monjiles que, hermosas aun en la muerte, duermen sobre las urnas de mármol, en los más oscuros ángulos de los templos!...

Desde que, impresionada la imaginación por la vaga melancolía o la imponente hermosura de un lugar cualquiera, se lanzaba a construir con fantásticos materiales uno de esos poéticos recintos¹³⁷, último albergue de mis mortales despojos, hasta el punto aquel en que, sentado al pie de la humilde tapia del cementerio de una aldea oscura, parecía como que se reposaba mi espíritu en su honda calma y se abrían mis ojos a la luz de la realidad de las cosas, ¡qué revolución tan radical y profunda no se ha hecho en todas mis ideas! ¡Cuántas tempestades silenciosas no han pasado por mi frente, cuántas ilusiones no se han secado en mi alma, a cuántas historias de poesía no las he hallado una repugnante vulgaridad en el último capítulo! Mi corazón, a semejanza de nuestro globo, era como una masa incandescente y líquida que poco a poco se va enfriando y endureciendo. Todavía queda algo que arde allá en lo más profundo, pero rara vez sale a la superficie. Las palabras amor, gloria, poesía, no me suenan ya al oído como me sonaban antes. ¡Vivir!... Seguramente que deseo vivir, porque la vida, tomándola tal como es, sin exageraciones ni engaños, no es tan mala como dicen algunos; pero vivir oscuro y dichoso en cuanto es posible, sin deseos, sin inquietudes, sin ambiciones, con esa felicidad de la planta que tiene a la mañana su gota de rocío y su rayo de sol; después, un poco de tierra echada con respeto y que no apisonen y pateen los que sepultan por oficio; un poco de tierra blanda y floja que no ahogue ni oprima; cuatro ortigas, un cardo silvestre y alguna hierba que me cubra con su manto de raíces, y, por último, un tapial que sirva para que no aren en aquel sitio ni revuelvan los huesos.

He aquí, hoy por hoy, todo lo que ambiciono: ser un comparsa en la inmensa comedia de la Humanidad y, concluido mi papel de hacer bulto, meterme entre bastidores sin que me silben ni me aplaudan, sin que nadie se aperciba siquiera de mi salida.

No obstante esta profunda indiferencia, se me resiste el pensar que podrían meterme preso en un ataúd formado con las cuatro tablas de un cajón de azúcar, en uno de los huecos de la estantería de una Sacramental¹³⁸ para esperar allí la trompeta del juicio, como empapelado, detrás de una lápida con una redondilla elogiando mis virtudes domésticas e indicando precisamente el día y la hora de mi nacimiento y de mi muerte.

Esta profunda e instintiva preocupación ha sobrevivido, no sin asombro por mi parte, a casi todas las que he ido abandonando en el curso de mi vida, pero, al paso que voy, probablemente mañana no existirá tampoco, y entonces me será tan igual que me coloquen debajo de una pirámide egipcia como que me aten una cuerda a los pies y me echen a un barranco como un perro.

Ello es que cada día me voy convenciendo más que de lo que vale, de lo que es algo, no ha de quedar ni un átomo aquí.

IV¹³⁹

Queridos amigos: El tiempo, que hasta aquí se mantenía revuelto y mudable, ha sufrido últimamente una nueva e inesperada variación, cosa, a la verdad, poco extraña a estas alturas, donde la proximidad del Moncayo nos tiene de continuo, como a los espectadores de una comedia de magia, embobados y suspensos con el rápido mudar de las decoraciones y las escenas. A las alternativas de frío y calor, de aires y de bochorno de una primavera que, en cuanto a desigual y caprichosa, nada tiene que envidiar a la que disfrutaban ustedes en la coronada villa, ha sucedido un tiempo constante, sereno y templado. Merced a estas circunstancias y a encontrarme bastante mejor de las dolencias que, cuando no me imposibilitan del todo, me quitan por lo menos el gusto para las largas expediciones¹⁴⁰, he podido dar una gran vuelta por estos contornos y visitar los pintorescos lugares del Somontano. Fuera de camino, ya trepando de roca en roca, ya siguiendo el curso de una huella o las profundidades de una cañada, he vagado tres o cuatro días de un punto a otro

por donde me llamaban el atractivo de la novedad, un sitio inexplorado, una senda accidentada, una punta al parecer inaccesible.

No pueden ustedes figurarse el botín de ideas e impresiones que para enriquecer la imaginación he recogido en esta vuelta por un país virgen aún y refractario a las innovaciones civilizadoras. Al volver al monasterio, después de haberme detenido aquí para recoger una tradición oscura de boca de una aldeana, allá para apuntar los fabulosos datos sobre el origen de un lugar o la fundación de un castillo, trazar ligeramente con el lápiz el contorno de una casuca medio árabe, medio bizantina, un recuerdo de las costumbres o un tipo perfecto de los habitantes, no he podido menos de recordar el antiguo y manoseado símil de las abejas que andan revoloteando de flor en flor y vuelven a su colmena cargadas de miel. Los escritores y los artistas debían hacer con frecuencia algo de esto mismo. Sólo así podríamos recoger la última palabra de una época que se va, de la que sólo quedan hoy algunos rastros en los más apartados rincones de nuestras provincias y de la que apenas restará mañana un recuerdo confuso.

Yo tengo fe en el porvenir. Me complazco en asistir mentalmente a esa inmensa e irresistible invasión de las nuevas ideas que van transformando poco a poco la faz de la Humanidad, que merced a sus extraordinarias invenciones fomentan el comercio de la inteligencia, estrechan el vínculo de los países, fortificando el espíritu de las grandes nacionalidades, y borrando, por decirlo así, las preocupaciones y las distancias, hacen caer unas tras otras las barreras que separan a los pueblos. No obstante, sea cuestión de poesía, sea que es inherente a la naturaleza frágil del hombre simpatizar con lo que perece y volver los ojos con cierta triste complacencia hasta lo que ya no existe, ello es que en el fondo de mi alma consagro, con una especie de culto, una veneración profunda por todo lo que pertenece al pasado, y las poéticas tradiciones,

las derruidas fortalezas, los antiguos usos de nuestra vieja España, tienen para mí todo ese indefinible encanto, esa vaguedad misteriosa de la puesta del sol en un día espléndido, cuyas horas, llenas de emociones, vuelven a pasar por la memoria vestidas de colores y de luz, antes de sepultarse en las tinieblas en que se han de perder para siempre¹⁴¹.

Cuando no se conocen ciertos períodos de la Historia más que por la incompleta y descarnada relación de los enciclopedistas o algunos restos diseminados como los huesos de un cadáver¹⁴², no pudiendo apreciar ciertas figuras desasidas del verdadero fondo del cuadro en que estaban colocadas, suele juzgarse de todo lo que fue con un sentimiento de desdeñosa lástima o un espíritu de aversión intransigente; pero si se penetra, merced a un estudio concienzudo, en algunos de sus misterios; si se ven los resortes de aquella gran máquina que hoy juzgamos absurda al encontrarla rota; si merced a un supremo esfuerzo de la fantasía, ayudada por la erudición y el conocimiento de la época, se consigue condensar en la mente algo de aquella atmósfera de arte, de entusiasmo, de virilidad y de fe, el ánimo se siente sobrecogido ante el espectáculo de su múltiple organización, en que las partes relacionadas entre sí correspondían perfectamente al todo, y en que los usos, las leyes, las ideas y las aspiraciones se encontraban en una armonía maravillosa. No es esto decir que yo desee para mí ni para nadie la vuelta de aquellos tiempos. Lo que ha sido no tiene razón de ser nuevamente, y no será.

Lo único que yo desearía es un poco de respetuosa atención para aquellas edades, un poco de justicia para los que lentamente vinieron preparando el camino por donde hemos llegado hasta aquí, y cuya obra colosal quedará acaso olvidada por nuestra ingratitude e incuria. La misma certeza que tengo de que nada de lo que desapareció ha de volver, y que en la lucha de las ideas las nuevas han herido de muerte a las antiguas,

me hace mirar a cuanto con ellas se relaciona con algo de esa piedad que siente hacia el vencido un vencedor generoso. En este sentimiento hay también un poco de egoísmo. La vida de una nación, a semejanza de la del hombre, parece que se dilata con la memoria de las cosas que fueron, y a medida que es más viva y más completa su imagen, es más real esa segunda existencia del espíritu en el pasado, existencia preferible y más positiva tal vez que la del punto presente. Ni de lo que está siendo ni de lo que será, puede aprovecharse la inteligencia para sus altas especulaciones. ¿Qué nos resta, pues, de nuestro dominio absoluto, sino la sombra de lo que ha sido? Por eso, al contemplar los destrozos causados por la ignorancia, el vandalismo o la envidia durante nuestras últimas guerras; al ver todo lo que en objetos dignos de estimación, en costumbres peculiares y primitivos recuerdos de otras épocas se ha extraviado y puesto en desuso de sesenta años a esta parte; lo que las exigencias de la nueva manera de ser social trastorna y desencaja; lo que las necesidades y las aspiraciones crecientes desechan u olvidan, un sentimiento de profundo dolor se apodera de mi alma, y no puedo menos de culpar el descuido o el desdén de los que a fines del siglo pasado pudieron aún recoger para transmitírnoslas íntegras las últimas palabras de la tradición nacional, estudiando detenidamente nuestra vieja España, cuando aún estaban de pie los monumentos testigos de sus glorias, cuando aún en las costumbres y en la vida interna quedaban huellas perceptibles de su carácter¹⁴³.

Pero de esto nada nos queda ya hoy. Y, sin embargo, ¿quién sabe si nuestros hijos a su vez nos envidiarán a nosotros, doliéndose de nuestra ignorancia o nuestra culpable apatía para transmitirles siquiera un trasunto de lo que fue un tiempo su patria? ¿Quién sabe si cuando, con los años, todo haya desaparecido, tendrán las futuras generaciones que contentarse y satisfacer su ansia de conocer el pasado con las ideas más o menos aproximadas de algún nuevo Cuvier¹⁴⁴ de la arqueología, que, partiendo de algún mutilado

resto o una vaga tradición, lo reconstruya hipotéticamente? Porque, no hay duda, el prosaico rasero de la civilización va igualándolo todo. Un irresistible y misterioso impulso tiende a unificar los pueblos con los pueblos, las provincias con las provincias, las naciones con las naciones, y quién sabe si las razas con las razas. A medida que la palabra vuela por los hilos telegráficos, que el ferrocarril se extiende, la industria se acrecienta y el espíritu cosmopolita de la civilización invade nuestro país, van desapareciendo de él sus rasgos característicos, sus costumbres inmemoriales, sus trajes pintorescos y sus rancias ideas. A la inflexible línea recta, sueño dorado de todas las poblaciones de alguna importancia, se sacrifican las caprichosas revueltas de nuestros barrios moriscos, tan llenos de carácter, de misterio y de fresca sombra. De un retablo¹⁴⁵ al que vivía unida una tradición no queda aquí más que el nombre escrito en el azulejo de una bocacalle; a un palacio histórico, con sus arcos redondos y sus muros blasonados, sustituye más allá una manzana de casas a la moderna; las ciudades, no cabiendo ya dentro de su antiguo perímetro, rompen el cinturón de fortalezas que las ciñe y, unas tras otras, vienen al suelo las murallas fenicias, romanas, godas o árabes.

¿Dónde están los cancelos¹⁴⁶ y las celosías morunas? ¿Dónde los pasillos embovedados, los aleros salientes de maderas labradas, los balcones con su guardapolvo¹⁴⁷ triangular, las ojivas con estrellas de vidrio, los muros de los jardines por donde rebosa la verdura, las encrucijadas medrosas, los carasoles¹⁴⁸ de las tafurerías¹⁴⁹ y los espaciosos atrios de los templos? El albañil, armado de su implacable piqueta, arrasa los ángulos caprichosos, tira los puntiagudos tejados o demuele los moriscos miradores, y mientras el brochista¹⁵⁰ roba a los muros el artístico color que le han dado los siglos, embadurnándolos de calamocho¹⁵¹ y almagra¹⁵², el arquitecto los embellece a su modo con carteles de yeso y cariátides de escayola dejándolos más vistosos que una caja de dulces franceses. No busquéis ya los cosos¹⁵³ donde justaban¹⁵⁴ los galanes, las piadosas ermitas albergue de los

peregrinos o el castillo hospitalario para el que llamaba de paz a sus puertas. Las almenas caen unas tras otras de lo alto de los muros, y van cegando los fosos; de la picota¹⁵⁵ feudal solo queda un trozo de granito informe, y el arado abre un profundo surco en el patio de armas, el traje característico del labriego comienza a parecer un disfraz fuera del rincón de su provincia, las fiestas peculiares de cada población comienzan a encontrarse ridículas o de mal gusto por los más ilustrados, y los antiguos usos caen en olvido, la tradición se rompe y todo lo que no es nuevo se menosprecia.

Estas innovaciones tienen su razón de ser, y por tanto, no seré yo quien las anatematice. Aunque me entristece el espectáculo de esa progresiva destrucción de cuanto trae a la memoria tiempos que, si en efecto no lo fueron, sólo por no existir ya nos parecen mejores, yo dejaría al tiempo seguir su curso y completar sus inevitables revoluciones, como dejamos a nuestras mujeres o a nuestras hijas que arrinconen en un desván los trastos viejos de nuestros padres para sustituirlos con muebles modernos y de más buen tono; pero ya que ha llegado la hora de la gran transformación, ya que la sociedad, animada de un nuevo espíritu, se apresura a revestirse de una nueva forma, debíamos guardar, merced al esfuerzo de nuestros escritores y nuestros artistas, la imagen de todo eso que va a desaparecer, como se guarda después que muere el retrato de una persona querida. Mañana, al verlo todo constituido de una manera diversa, al saber que nada de lo que existe existía hace algunos siglos, se preguntarán los que vengan detrás de nosotros de qué modo vivían sus padres, y nadie sabrá responderles; y no conociendo ciertos pormenores de localidad, ciertas costumbres, el influjo de determinadas ideas en el espíritu de una generación, sus vistas que tan perfectamente reflejan sus adelantos y sus aspiraciones, leerán la Historia sin sabérsela explicar, y verán moverse a nuestros héroes nacionales con la estupefacción con que los muchachos ven moverse una marioneta sin saber los resortes a que obedece.

A mí me hace gracia observar cómo se afanan los sabios, qué grandes cuestiones enredan y con qué exquisita diligencia se procuran los datos acerca de las más insignificantes particularidades de la vida doméstica de los egipcios o los griegos, en tanto que se ignoran los más curiosos pormenores de nuestras costumbres propias; cómo se remontan y se pierden de inducción en inducción, por entre el laberinto de las lenguas caldaicas, sajonas o sánscritas, en busca del origen de las palabras, en tanto que se olvidan de investigar algo más interesante: el origen de las ideas¹⁵⁶.

En otros países más adelantados que el nuestro, y donde, por consiguiente, el ansia de las innovaciones lo ha trastornado todo más profundamente, se deja ya sentir la reacción en sentido favorable a este género de estudios; y aunque tarde para que sus trabajos den el fruto que se debió esperar, la Edad Media y los períodos históricos que más de cerca se encadenan con el momento actual comienzan a ser estudiados y comprendidos¹⁵⁷. Nosotros esperaremos regularmente a que se haya borrado la última huella para empezar a buscarla. Los esfuerzos aislados de algún que otro admirador de esas cosas, poco o casi nada pueden hacer. Nuestros viajeros son en muy corto número, y, por lo regular, no es el país el campo de sus observaciones. Aunque así no fuese, una excursión por las capitales, hoy que en su gran mayoría están ligadas con la gran red de vías férreas, escasamente lograría llenar el objeto de los que desean hacer un estudio de esta índole. Es preciso salir de los caminos trillados, vagar al acaso de un lugar en otro, dormir medianamente y no comer mejor; es preciso fe y verdadero entusiasmo por la idea que se persigue para ir a buscar los tipos originales, las costumbres primitivas y los puntos verdaderamente artísticos a los rincones donde su oscuridad les sirve de salvaguardia, y de donde poco a poco los va desalojando la invasora corriente de la novedad y los adelantos de la civilización. Todos los días vemos a los gobiernos emplear grandes sumas en enviar gentes que, no sin peligros y dificultades, recogen en lejanos países bichitos, florecitas y conchas¹⁵⁸.

Porque yo no sea un sabio, ni mucho menos, no dejo de conocer la verdadera importancia que tienen las ciencias naturales; pero la ciencia moral, ¿por qué ha de dejarse en un inexplicable abandono? ¿Por qué, al mismo tiempo que se recogen los huesos de un animal antediluviano, no se han de recoger las ideas de otros siglos traducidas en objetos de arte y usos extraños y diseminados acá y allá como los fragmentos de un coloso hecho mil pedazos? Este inmenso botín de impresiones, de pequeños detalles, de joyas extraviadas, de trajes pintorescos, de costumbres características animadas y revestidas de esa vida que presta a cuanto toca una pluma inteligente o un lápiz diestro, ¿no creen ustedes, como yo, que serían de grande utilidad para los estudios particulares y verdaderamente filosóficos de un período cualquiera de la Historia? Verdad que nuestro fuerte no es la Historia. Si algo hemos de saber en este punto, casi siempre se ha de tomar algún extranjero el trabajo de decírnoslo del modo que a él mejor le parece. Pero ¿por qué no se ha de abrir este ancho campo a nuestros escritores, facilitándoles el estudio y despertando y fomentando su afición? Hartos estamos de ver en obras dramáticas, en novelas que se llaman históricas y cuadros que llenan nuestras exposiciones, asuntos localizados en este o el otro período de un siglo cualquiera, y que, cuando más, tienen de ellos un carácter muy dudoso y susceptible de severa crítica, si los críticos, a su vez, no supieran en este punto lo mismo o menos que los autores y artistas a quienes han de juzgar.

Las colecciones de trajes y muebles de otros países, los detalles que acerca de costumbres de remotos tiempos se hallan en las novelas de otras naciones, o lo poco o mucho que nuestros pensionados aprenden relativo a otros tipos históricos y otros pasados, nunca son idénticos ni tienen un sello especial; son las únicas fuentes donde bebe su erudición y forma su conciencia artística la mayoría. Para remediar este mal, muchos medios podrían proponerse más o menos eficaces, pero que, al fin, darían algún resultado ventajoso.

so. No es mi ánimo, ni he pensado lo suficiente sobre la materia para hacerlo, el trazar un plan detallado y minucioso que, como la mayor parte de los que se trazan, no llegue a realizarse nunca.

No obstante, en esta o en la otra forma, bien pensionándolos, bien adquiriendo sus estudios o coadyuvando a que se diesen a luz, el Gobierno debía fomentar la organización periódica de algunas expediciones artísticas a nuestras provincias. Estas expediciones, compuestas de grupos de un pintor, un arquitecto y un literato, seguramente recogerían preciosos materiales para obras de grande entidad. Unos y otros se ayudarían en sus observaciones mutuamente, ganarían en esa fraternidad artística, en ese comercio de ideas tan continuamente relacionadas entre sí, y sus trabajos reunidos serían un verdadero arsenal de datos ideas y descripciones útiles para todo género de estudios¹⁵⁹.

Además de la ventaja inmediata que reportaría esta especie de inventario artístico e histórico de todos los restos de nuestra pasada grandeza, ¿qué inmensos frutos no daría más tarde esa semilla de impresiones, de enseñanza y de poesía, arrojada en el alma de la generación joven, donde iría germinando para desarrollarse tal vez en el porvenir? Ya que el impulso de nuestra civilización, de nuestras costumbres, de nuestras artes y de nuestra literatura viene del extranjero, ¿por qué no se ha de procurar modificarlo poco a poco, haciéndolo más propio y más característico con esa levadura nacional?

Como introducción al rápido bosquejo de uno de esos tipos originales de nuestro país que he podido estudiar en mis últimas correrías, comencé a apuntar de pasada, y a manera de introducción, algunas reflexiones acerca de la utilidad de este género de estudios¹⁶⁰. Sin saber cómo ni por dónde, la pluma ha ido corriendo, y me hallo ahora con que es esto muy largo, si bien ni por sus dimensiones y su interés parece bastante para

formar artículo de por sí. De todos modos, allá van esas cuartillas, valgan por lo que valieren; que si alguien de más conocimientos e importancia, una vez apuntada la idea, la desarrolla y prepara la opinión para que fructifique, no serán pérdidas del todo. Yo, entre tanto, voy a trazar un tipo bastante original y que desconfío de poder reproducir. Ya que no de otro modo, y aunque poco valga, contribuiré al éxito de la predicación con el ejemplo.

V¹⁶¹

Queridos amigos: Entre los muchos sitios pintorescos y llenos de carácter que se encuentran en la antigua ciudad de Tarazona, la plaza del Mercado es, sin duda alguna, el más original y digno de estudio¹⁶². Parece que no ha pasado para ella el tiempo, que todo lo destruye o altera. Al encontrarse en mitad de aquel espacio de forma irregular y cerrado por lienzos de edificios a cuál más caprichosos y vetustos, nadie diría que nos hallamos en pleno siglo XIX, siglo amante de la novedad por excelencia, siglo aficionado hasta la exageración a lo flamante, lo limpio y lo uniforme. Hay cosas que son más para vistas que para trasladadas al lienzo, siquiera el que lo intente sea un artista consumado, y esta plaza es una de ellas. Adonde no alcanza, pues, ni la paleta del pintor con sus infinitos recursos, ¿cómo podrá llegar mi pluma sin más medios que la palabra, tan pobre, tan insuficiente¹⁶³ para dar idea de lo que es todo un efecto de líneas, de claroscuro, de combinación de colores, de detalles que se ofrecen juntos a la vista, de rumores y sonidos que se perciben a la vez, de grupos que se forman y se deshacen, de movimiento

que no cesa, de luz que hiere, de ruido que aturde, de vida, en fin, con sus múltiples manifestaciones, imposibles de sorprender con sus infinitos accidentes ni merced a la cámara fotográfica?¹⁶⁴.

Cuando se acomete la difícil empresa de descomponer esa extraña armonía de la forma, el color y el sonido; cuando se intenta dar a conocer sus pormenores, enumerando unas tras otras las partes del todo, la atención se fatiga, el discurso se embrolla, y se pierde por completo la idea de la íntima relación que estas cosas tienen entre sí, el valor que mutuamente se prestan al ofrecerse reunidas a la mirada del espectador, para hacer el efecto del conjunto, que es, a no dudarlo, su mayor atractivo.

Renuncio, pues, a describir el panorama del mercado con sus extensos soportales, formados de arcos macizos y redondos, sobre los que gravitan esas construcciones voladas¹⁶⁵ tan propias del siglo xvi, llenas de tragaluces circulares, de rejas de hierro labradas a martillo, de balcones imposibles de todas formas y tamaños, de aleros puntiagudos y de canes de madera¹⁶⁶, ya medio podrida y cubierta de polvo, que deja ver a trechos el costoso entalle¹⁶⁷, muestra de su primitivo esplendor.

Los mil y mil accidentes pintorescos que a la vez cautivan al ánimo y llaman la vista como reclamando la prioridad de la descripción; las dobles hileras de casquillas de extraño contorno y extravagantes proporciones, estas altas y estrechas como un castillo, aquellas chatas y agachapadas entre el ángulo de un templo y los muros de un palacio, como una verruga de argamasa y escombros; los recortados lienzos de edificios con un remiendo moderno, un trozo de piedra que acusa su antigüedad, un escudo de pizarra que oculta casi el rótulo de una mercería, un retablillo con una imagen de la Purísima y su farol ahumado y diminuto, o el retorcido tronco de una vid que sale del interior por un agu-

jero practicado en la pared y sube hasta sombrear con un toldo de verdura el alféizar de un ajimez árabe¹⁶⁸, confundidos y entremezclados en mi memoria con el recuerdo de la monumental fachada de la Casa-Ayuntamiento, con sus figuras colosales de granito, sus molduras de hojarasca, sus frisos por donde se extiende una larga y muda procesión de guerreros de piedra, precedidos de timbales y clarines, sus torres cónicas, sus arcos chatos y fuertes y sus blasones soportados por ángeles y grifos rampantes, forman en mi cabeza un caos tan difícil de desembrollar en este momento, que si ustedes con su imaginación no hacen en él la luz y lo ordenan y colocan a su gusto todas estas cosas que yo arrojo a granel sobre las cuartillas, las figuras de mi cuadro se quedarán sin fondo, los actores de mi comedia se agitarán en un escenario sin decoración ni acompañamiento¹⁶⁹.

Figúrense ustedes, pues, partiendo de estos datos y como mejor les plazca, el mercado de Tarazona: figúrense ustedes que ven por aquí cajones formados de tablas y esteras, tenduchos levantados de improviso, con estacas y lienzos, mesillas cojas y contrahechas, bancos largos y oscuros, y por allá cestos de fruta que ruedan hasta el arroyo, montones de hortalizas frescas y verdes, rimeros de panes blancos y rubios, trozos de carne que cuelgan de garfios de hierro, tenderetes de ollas, pucheros y platos, guirnaldas de telas de colorines, pañuelos de cáñamo que engalanan los soportales sujetos con cordeles de columna a columna, y figúrense ustedes circulando por medio de ese pintoresco cúmulo de objetos, producto de la atrasada agricultura y la pobre industria de este rincón de España, una multitud abigarrada de gentes que van y vienen en todas direcciones, paisanos con sus mantas de rayas, sus pañuelos rojos unidos a las sienes, su faja morada y su calzón estrecho, mujeres de los lugares circunvecinos con sayas azules, verdes, encamadas y amarillas; por este lado, un señor antiguo, de los que ya sólo aquí se encuentran, con su calzón corto, su media de lana oscura y su sombrero de copa; por aquel, un estudiante con sus manteos y su tricornio, que recuerdan los buenos tiempos de Salamanca¹⁷⁰, y

chiquillos que corren y vocean, caballerías que cruzan, vendedores que pregonan, una interjección característica por acá, los desaforados gritos de los que disputan y riñen, todo envuelto y confundido con ese rumor sin nombre que se escapa de las reuniones populares, donde todos hablan, se mueven y hacen ruido a la vez, mientras se codean, avanzan, retroceden, empujan o resisten, llevados por el oleaje de la multitud.

La primera vez que tuve ocasión de presenciar este espectáculo, lleno de animación y de vida, perdido entre los numerosos grupos que llenaban la plaza de un extremo a otro, apenas pude darme cuenta exacta de lo que sucedía a mi alrededor. La novedad de los tipos, los trajes y las costumbres; el extraño aspecto de los edificios y las tiendecillas, encajonadas unas entre dos pilares de mármol, otras bajo un arco severo e imponente o levantadas al aire libre sobre tres o cuatro palitroques, hasta el pronunciado y especial acento de los que voceaban pregonando sus mercancías, nuevo completamente para mí, eran causa más que bastante a producirme ese aturdimiento que hace imposible la percepción detallada de un objeto cualquiera¹⁷¹. Mis miradas, vagando de un punto a otro, sin cesar un momento, no tenían ni voluntad propia para fijarse en un sitio. Así estuve cerca de una hora, cruzando en todos sentidos la plaza, a la que, por ser día de fiesta y uno de los más clásicos de mercado, había acudido más gente que de costumbre, cuando en uno de sus extremos, y cerca de una fuente donde unos lavaban las verduras, otros recogían agua en un cacharro o daban de beber a sus caballerías, distinguí un grupo de muchachas que, en su original y airoso atavío, en sus maneras y hasta en su particular modo de expresarse, conocí que serían de alguno de los pueblos de las inmediaciones de Tarazona, donde más puras y primitivas se conservan las antiguas costumbres y ciertos tipos del Alto Aragón¹⁷². En efecto, aquellas muchachas, cuya fisonomía especial, cuya desenvoltura varonil, cuyo lenguaje, mezclado de las más enérgicas interjecciones, contrasta de un modo notable con la expresión de ingenua sencillez de sus rostros, con su

extremada juventud y la inocencia que descubren a través del somero barniz de malicia de su alegre dicharacheo, se distinguían tanto de las otras mujeres de las aldeas y lugares de los contornos que, como ellas, vienen al mercado de la ciudad, que, desde luego, se despertó en mí la idea de hacer un estudio más detenido de sus costumbres, enterándome del punto de que procedían y el género de tráfico en que se ocupaban.

So pretexto de ajustar una carga de leña de las varias que tenían sobre algunos borriquillos pequeños, huesosos y lanudos, trabé conversación con una de las que me parecieron más juiciosas y formales, mientras las otras nos aturdían con sus voces, sus risotadas o sus chistes, pues es tal la fama de alegres y decidoras que tienen entre las gentes de la ciudad, que no hay seminarista desocupado o zumbón que al pasar no las diga alguna cosa, seguro de que no ha de faltarles una ocurrencia oportuna y picante para responderles.

Mi conversación, en la que por incidencia toqué dos o tres puntos de los que deseaba aclarar, fue, por lo tanto, todo lo insuficiente que, dadas las condiciones del sitio y de mis interlocutoras, se podía presumir. Supe, no obstante, que eran de Añón¹⁷³, pueblecito que dista unas tres horas de camino de Tarazona, y que, en mis paseos alrededor de esta abadía, he tenido ocasión de ver varias veces muy en lontananza y casi oculto por las gigantescas ondulaciones del Moncayo, en cuya áspera falda tiene su asiento, y que su ocupación diaria consistía en ir y venir desde su aldea a la ciudad, donde traían un pequeño comercio con la leña que en gran abundancia les suministran los montes entre los cuales viven. Estas noticias, aunque vulgares, escasas y unidas a las que después pude adquirir por el dueño del parador en que estuve los dos o tres días que permanecí en Tarazona, en aquella ocasión sólo sirvieron para avivar mi deseo de conocer más a fondo las costumbres de este tipo particular de mujeres, en las que, desde luego, llaman la atención sus rasgos de belleza nada comunes y su aire resuelto y gracioso.

Esto tuvo lugar hará cosa de tres o cuatro meses, en el intervalo de los cuales todas las mañanas, antes de salir el sol, y confundiéndose con la algarabía de los pájaros, llegaban hasta mi celda, sacándome a veces de mi sueño, las voces alegres y sonoras, aunque un tanto desgarradas, de esas mismas muchachas, que, mordiendo un tarugo¹⁷⁴ de pan negro, cantando a grito herido e interrumpiendo su canción para arrear el borriquillo en que conducen la carga de leña, atraviesan impávidas con fríos y calores, con nieves o tormentas, las tres leguas mortales de precipicios y alturas que hay desde su lugar a Tarazona. Últimamente, como ya dije a ustedes en mi anterior, el tiempo y mis dolencias, poniéndose de acuerdo para dar un punto de reposo, el uno en sus continuas variaciones, y las otras en sus diarias incomodidades, me han permitido satisfacer en parte la curiosidad, visitando los lugares del Somontano, entre los que se encuentra Añón, sin duda alguna el más original por sus costumbres y el más pintoresco por sus alrededores y posición topográfica. En mi corta visita a este lugar me expliqué perfectamente por qué en el aire y en la fisonomía de las añoneras hay algo de extraordinario, algo que las particulariza y distingue de entre todas las mujeres del país. Sus costumbres, su educación particular y su género de vida son, en efecto, diversas en un todo. Añón, que en otra época perteneció a los caballeros de San Juan¹⁷⁵, cuya Orden mantiene aún en él un priorato¹⁷⁶, está situado sobre una altura en el punto en que comienza el áspero bosque de carrascas que cubre como una sábana de verdura la base del monte.

Cuando lo tenían por sí los caballeros de la Orden hospitalaria, debió ser lugar fuerte y cerrado; hoy sólo quedan como testigos de su pasado esplendor las colosales ruinas de un castillo de inmensas proporciones y algunos lienzos de muro que ya se esconden, ya aparecen por entre los rojizos tejados de las casas que se agrupan en derredor de estos despojos¹⁷⁷. Cada uno de los pueblos de estas cercanías tiene una reducida llanura propia para el cultivo; sólo Añón, encaramado sobre sus rocas, sin tener siquiera el recurso

del monte, que ya no le pertenece; sin otras tierras para sembrar que los pequeños remansos que forma una de sus laderas que se degrada en ásperos escalones, necesita apelar a su ingenio y a un trabajo rudo y peligroso para sostenerse.

Yo no sabré decir a ustedes si a causa de que los hombres se ocupan de muy antiguo en el servicio de los caballeros, por lo cual tenían abandonadas sus casas al dominio de las mujeres, o por otra razón cualquiera que yo no me he podido explicar; ello es que en este pueblo hay algo de lo que nos refieren las fábulas de las amazonas¹⁷⁸ o de lo que habrán ustedes tenido ocasión de ver en la Isla de San Balandrán¹⁷⁹. No es esto decir que el sexo feo y fuerte deje de serlo tanto cuanto es necesario para justificar ampliamente estos apelativos; pero la población femenina se agita tan en primer término, desempeña un papel tan activo en la vida pública, trabaja y va y viene de un punto a otro con tal resolución y desenfado, que puede asegurarse que ella es la que da el carácter al lugar y la que lo hace conocido y famoso en veinte leguas a la redonda. En la plaza de Tarazona, teatro de sus habilidades, en los caminos que atraviesa cantando, en el monte, adonde va a buscar furtivamente su mercancía, en las fiestas del lugar, en cualquier parte que se encuentre, si una vez se ha visto a una añonera, es imposible confundirla con las demás aldeanas¹⁸⁰.

La escasa comunicación que tienen estos pueblecillos entre sí es el origen de las radicales diferencias que se notan a primera vista entre los habitantes, aun de los más próximos. Dentro del tipo aragonés, que es el general a todos ellos, hay infinitos matices que caracterizan a cada región de la provincia, a cada aldea de por sí. El tipo de las añoneras es uno, con muy leves alteraciones; su traje, idéntico; sus costumbres y su índole, las mismas siempre.

Más esbeltas que altas, en lo erguido del talle, en el brío con que caminan, en la elasticidad de sus músculos, en la prontitud de todos sus movimientos, revelan la fuerza de

que están dotadas y la resolución de su ánimo. Sus facciones, curtidas por el viento y el sol, ofrecen rasgos perfectamente regulares, mezclándose en ellas con extraña armonía la volubilidad y ese no sé qué imposible de definir que constituye la gracia, con esa leve expresión de la osadía que dilata imperceptiblemente la nariz y pliega el labio en ademán desdeñoso. Nada más pintoresco y sencillo a la vez que su traje. Un apretador¹⁸¹ de colores vivos las ciñe la cintura y deja ver la camisa, blanca como la nieve, que se pliega en derredor del cuello, sobre el que se levanta erguida, morena y varonil la cabeza coronada de cabellos oscuros y abundantes. Una saya corta, airosa y encamada o amarilla les llega justamente hasta el punto de la pierna en que se atan las abarcas con un listón negro, que sube serpenteando sobre la media azul hasta bastante más arriba del tobillo¹⁸².

Acostumbradas casi desde que nacen a saltar de roca en roca por entre las quebraduras del monte, su pie adquiere esa firmeza peculiar de todos los habitantes de las montañas, hasta el punto de que algunas veces da miedo cuando se las mira atravesar un sendero estrecho que bordea un barranco, emparejadas con el borriquillo que conduce la leña y saltando de una piedra en otra de las que costean¹⁸³ el camino. Así andan las leguas, tal vez en ayunas, pero siempre riendo, siempre cantando, siempre de humor para cambiar una cuchufleta con sus compañeros de viaje. Y no haya miedo de que su cabeza vacile al atravesar un sitio peligroso, o su ligero paso se acorte al llegar a lo último de la penosa jornada; su vista tiene algo de la fijeza y la intensidad de la del águila, acaso porque, como ella, se ha acostumbrado a mesurar¹⁸⁴ indiferente los abismos; sus miembros, endurecidos con la costumbre del trabajo, soportan las fatigas más rudas sin que el cansancio los entorpezca un instante.

Sólo de este modo les es posible vivir en medio de la miseria que las agobia. Cuando la noche es más oscura; cuando la nieve borra hasta las lindes de los senderos; cuando su-

ponen que los guardas de los montes del Estado no se atreverán a aventurarse por aquellas brechas profundas y aquellos bosques de árboles intrincados y sombríos, entonces la añonera, desafiando todos los peligros, adivinando las sendas, sufriendo el temporal, escuchando uno a uno los aullidos de los lobos, sale furtivamente de su lugar. Más bien que baja, puede decirse que se descuelga de roca en roca hasta el último valle que lo separa del Moncayo; armada del hacha, penetra en el laberinto de carrascas oscuras, a cuyo pie nacen espinos y zarzas en montón, y descargando rudos golpes con una fuerza y una agilidad inconcebibles, hace su acopio de leña, que después oculta para conducirla poco a poco, primero a su casa y más tarde a Tarazona, donde recibe por su trabajo material, por los peligros que afronta y las fatigas que sufre, seis o siete reales a lo sumo. Francamente hablando, hay en este mundo desigualdades que asustan.

¿Quién puede sospechar que a la misma hora en que nuestras grandes damas de la Corte se agrupan en el peristilo¹⁸⁵ del teatro Real, envueltas en sus calientes y vistosos albornoces, y esperan el carruaje que ha de conducir las sobre blandos almohadones de seda a su palacio, otras mujeres, hermosas quizás como ellas, como ellas débiles al nacer, sacuden de cuando en cuando la cabeza de un lado a otro para desparcir¹⁸⁶ la nieve que se les amontona encima, en tanto que, rodeadas de oscuridad profunda, de peligros y de sobresaltos, hacen resonar el bosque con el crujido de los troncos que caen derribados a los golpes del hacha?

Grandes, inmensas desigualdades existen, no cabe duda; pero también es cierto que todas tienen su compensación. Yo he visto levantarse agitado y dejar escapar un comprimido sollozo a más de un pecho cubierto de leve gasa y seda; yo he visto más de una altiva frente inclinarse triste y sin color como agobiada bajo el peso de su espléndida diadema de pedrería¹⁸⁷; en cambio, hoy como ayer sigue despertándose el alegre canto

de las añoneras que pasan por delante de las puertas del monasterio para dirigirse a Tarazona; mañana como hoy, si salgo al camino o voy a buscarlas al mercado, las encontraré riendo y en continua broma, felices con sus seis reales, satisfechas porque llevarán un pan negro a su familia, ufanas con la satisfacción de que a ellas se deben la burda saya que visten y el bocado de pan que comen.

Dios, aunque invisible, tiene siempre una mano tendida para levantar por un extremo la carga que abrumba al pobre. Si no, ¿quién subiría la áspera cumbre de la vida con el pesado fardo de la miseria al hombro?¹⁸⁸.

VI¹⁸⁹

Queridos amigos: Hará cosa de dos o tres años, tal vez leerían ustedes en los periódicos de Zaragoza la relación de un crimen que tuvo lugar en uno de los pueblecillos de estos contornos. Tratábase del asesinato de una pobre vieja a quien sus convecinos acusaban de bruja. Últimamente, y por una coincidencia extraña, he tenido ocasión de conocer los detalles y la historia circunstanciada de un hecho que se comprende apenas en mitad de un siglo tan despreocupado como el nuestro¹⁹⁰.

Ya estaba para acabar el día. El cielo, que desde el amanecer se mantuvo cubierto y nebuloso, comenzaba a ensombrecerse a medida que el sol, que antes transparentaba su luz a través de las nieblas, iba debilitándose, cuando, con la esperanza de ver su famoso castillo como término y remate de mi artística expedición, dejé a Litago¹⁹¹ para encaminarme a Trasmoz, pueblo del que me separaba una distancia de tres cuartos de hora por el camino más corto. Como de costumbre, y exponiéndome, a trueque de examinar a

mi gusto los parajes más ásperos y accidentados, a las fatigas y la incomodidad de perder el camino por entre aquellas zarzas y peñascales, tomé el más difícil, el más dudoso y más largo, y lo perdí, en efecto, a pesar de las minuciosas instrucciones de que me pertriché a la salida del lugar.

Ya enzarzado en lo más espeso y fragoso del monte, llevando del diestro¹⁹² la caballería por entre sendas casi impracticables, ora por las cumbres para descubrir la salida del laberinto, ora por las honduras con la idea de cortar terreno, anduve vagando al azar un buen espacio de tarde, hasta que, por último, en el fondo de una cortadura tropecé a un pastor, el cual abrevaba su ganado en el riachuelo, que, después de deslizarse sobre un cauce de piedras de mil colores, salta y se retuerce allí con un ruido particular que se oye a gran distancia, en medio del profundo silencio de la Naturaleza, que en aquel punto y a aquella hora parece muda o dormida.

Pregunté al pastor el camino del pueblo, el cual, según mis cuentas, no debía distar mucho del sitio en que nos encontrábamos, pues, aunque sin senda fija, yo había procurado adelantar siempre en la dirección en que me dijeron hallarse. Satisfizo el buen hombre mi pregunta lo mejor que pudo, y ya me disponía a proseguir mi azarosa jornada, subiendo con pies y manos y tirando de la caballería como Dios me daba a entender, por entre unos pedruscos erizados de matorrales y puntas, cuando el pastor, que me veía subir desde lejos, me dio una gran voz advirtiéndome que no tomara la senda de la tía Casca¹⁹³ si quería llegar sano y salvo a la cumbre. La verdad era que el camino, que equivocadamente había tomado, se hacía cada vez más áspero y difícil, y que por una parte la sombra que ya arrojaban las altísimas rocas, que parecían suspendidas sobre mi cabeza, y por otra parte el ruido vertiginoso del agua que corría profunda a mis pies, y de la que comenzaba a elevarse una niebla inquieta y azul, que se extendía por la cortadura,

borrando los objetos y los colores, todo parecía contribuir a turbar la vista y conmover el ánimo con una sensación de penoso malestar, a que vulgarmente podría llamarse prelude de miedo. Volví pies atrás, bajé de nuevo hasta donde se encontraba el pastor, y mientras seguíamos juntos por una trocha que se dirigía al pueblo adonde también iba a pasar la noche mi improvisado guía, no pude menos de preguntarle con alguna insistencia por qué, aparte de las dificultades que ofrecía el ascenso, era tan peligroso subir a la cumbre por la senda que llamó de la tía Casca.

—Porque antes de terminar la senda —me dijo con el tono más natural del mundo— tendríais que costear el precipicio a que cayó la maldita bruja que le da su nombre, y en el cual se cuenta que anda penando el alma, que, después de dejar el cuerpo, ni Dios ni el diablo han querido para suya.

—¡Hola! —exclamé entonces como sorprendido, aunque, a decir verdad, ya me esperaba una contestación de esta o parecida clase—. Y ¿en qué diantres se entretiene el alma de esa pobre vieja por estos andurriales?

—En acosar y perseguir a los infelices pastores que se arriesgan por esa parte de monte, ya haciendo ruido entre las matas, como si fuese un lobo, ya dando quejidos lastimeros como de criatura o acurrucándose en las quiebras de las rocas que están en el fondo del precipicio, desde donde llama con su mano amarilla y seca a los que van por el borde, les clava la mirada de sus ojos de búho y cuando el vértigo comienza a desvanecer su cabeza da un gran salto, se les agarra a los pies y pugna hasta despearlos en la sima... ¡Ah maldita bruja! —exclamó después de un momento, y tendiendo el puño crispado hacia las rocas, como amenazándola—. ¡Ah, maldita bruja, muchas hicistes¹⁹⁴ en vida, y ni aun muerta hemos logrado que nos dejes en

paz; pero no haya cuidado, que a ti y a tu endiablada raza de hechiceras os hemos de aplastar, una a una como a víboras!

—Por lo que veo —insistí, después que hubo concluido su extravagante imprecación—, está usted muy al comente de las fechorías de esa mujer. Por ventura, ¿alcanzó usted a conocerla? Porque no me parece de tanta edad como para haber vivido en el tiempo en que las brujas andaban todavía por el mundo.

Al oír estas palabras el pastor, que caminaba delante de mí para mostrarme la senda, se detuvo un poco, y fijando en los míos sus asombrados ojos, como para conocer si me burlaba, exclamó con un acento de buena fe pasmoso:

—Qué, ¿no le parezco a usted de edad bastante para haberla conocido? Pues, ¿y si yo le dijera que no hace aún tres años cabales que con estos mismos ojos, que se ha de comer la tierra, la vi caer por lo alto de ese derrumbadero, dejando en cada uno de los peñascos y de las zarzas un jirón de vestido o de carne, hasta que llegó al fondo, donde se quedó aplastada como un sapo que se coge debajo del pie?

—Entonces —respondí asombrado a mi vez de la credulidad de aquel pobre hombre— daré crédito a lo que usted dice, sin objetar palabra, aunque a mí se me había figurado —añadí, recalcando estas últimas frases para ver el efecto que le hacían— que todo eso de las brujas y los hechizos no eran sino antiguas y absurdas patrañas de las aldeas.

—Eso dicen los señores de la ciudad, porque a ellos no les molestan, y, fundados en que todo es puro cuento, echaron a presidio a algunos de los infelices que nos hicieron un bien de caridad a la gente del Somontano despeñando a esa mala mujer.

—¿Conque no cayó casualmente ella, sino que la hicieron rodar, que quieras que no? ¡A ver, a ver! Cuénteme usted cómo pasó eso, porque debe ser curioso —añadí, mostrando toda la credulidad y el asombro suficiente para que el buen hombre no maliciase que sólo quería distraerme un rato oyendo sus sandeces; pues es de advertir que hasta que no me refirió los pormenores del suceso no hice memoria de que, en efecto, yo había leído en los periódicos de provincia una cosa semejante.

El pastor, convencido por las muestras de interés con que me disponía a escuchar su relato de que yo no era uno de esos señores de la ciudad dispuesto a tratar de majaderías su historia, levantó la mano en dirección a uno de los picachos de la cumbre, y comenzó así, señalándome una de las rocas que se destacaba oscura e imponente sobre el fondo gris del cielo, que el sol, al ponerse tras las nubes, teñía de algunos cambiantes rojizos:

—¿Ve usted aquel cabezo alto, que parece cortado a pico y por entre cuyas peñas crecen las aliagas y los zarzales? Me parece que sucedió ayer. Yo estaba algunos doscientos pasos camino atrás de donde nos encontramos en este momento: próximamente sería la misma hora, cuando creí escuchar unos alaridos distantes y llantos e imprecaciones que se entremezclaban con voces varoniles y coléricas, que ya se oían por un lado, ya por otro, como de pastores que persiguen un lobo por entre los zarzales. El sol, según digo, estaba al ponerse, y por detrás de la altura se descubría un jirón del cielo, rojo y encendido como la grana, sobre el que vi aparecer alta, seca y haraposa, semejante a un esqueleto que se escapa de su fosa, envuelto aún en los jirones del sudario, una vieja horrible, en la que conocí a la tía Casca. La tía Casca era famosa en todos estos contornos, y me bastó distinguir sus greñas blancuzcas que se enredaban alrededor de su frente como culebras, sus formas extravagantes, su cuerpo encorvado y sus brazos disformes, que se destacaban angulosos y oscuros sobre el fondo del fuego del horizonte, para reconocer

en ella a la bruja de Trasmoz. Al llegar esta al borde del precipicio se detuvo un instante, sin saber qué partido tomar. Las voces de los que parecían perseguirla sonaban cada vez más cerca, y de cuando en cuando la veía hacer una contorsión, encogerse o dar un brinco para evitar los cantazos que le arrojaban. Sin duda, no traía el bote de sus endiablados untos¹⁹⁵, porque, a traerlo, seguro que habría atravesado al vuelo la cortadura, dejando a sus perseguidores burlados y jadeantes como lebreles que pierden la pista. ¡Dios no lo quiso así, permitiendo que de una vez pagara todas sus maldades!

Llegaron los mozos que venían en su seguimiento, y la cumbre se coronó de gentes, estos con piedras en las manos, aquellos con garrotes, los de más allá con cuchillos. Entonces comenzó una cosa horrible. La vieja, ¡maldita hipocritona!, viéndose sin huida, se arrojó al suelo, se arrastró por la tierra besando los pies de los unos, abrazándose a las rodillas de los otros, implorando en su ayuda a la Virgen y a los santos, cuyos nombres sonaban en su condenada boca como una blasfemia; pero los mozos así hacían caso de sus lamentos como yo de la lluvia cuando estoy bajo techado. «Yo soy una pobre vieja que no ha hecho daño a nadie; no tengo hijos ni parientes que me vengan a amparar. ¡Perdonadme, tened compasión de mí!», aullaba la bruja, y uno de los mozos, que con la una mano la había asido de las greñas mientras tenía en la otra la navaja, que procuraba abrir con los dientes, le contestaba rugiendo de cólera: «¡Ah bruja de Lucifer, ya es tarde para lamentaciones, ya te conocemos todos!» «¡Tú hiciste un mal a mi mulo, que desde entonces no quiso probar bocado y murió de hambre, dejándome en la miseria!», decía uno.

«¡Tú has hecho mal de ojo a mi hijo y lo sacas de la cuna y lo azotas por las noches!», añadía el otro, y cada cual exclamaba por su lado: «¡Tú has echado una suerte a mi hermana!» «¡Tú has ligado¹⁹⁶ a mi novia!» «¡Tú has emponzoñado la hierba!» «¡Tú has embrujado al pueblo entero!» Yo permanecí inmóvil en el mismo punto en que me ha-

bía sorprendido aquel clamoreo infernal, y no acertaba a mover pie ni mano, pendiente del resultado de aquella lucha. La voz de la tía Casca, aguda y estridente, dominaba el tumulto de todas las otras voces que se reunían para acusarla, dándole en rostro con sus delitos, y siempre gimiendo, siempre sollozando, seguía poniendo a Dios y a los santos patronos del lugar por testigos de su inocencia. Por último, viendo perdida toda esperanza, pidió como última merced que la dejaran un instante implorar del Cielo, antes de morir, el perdón de sus culpas, y, de rodillas al borde de la cortadura como estaba, la vieja inclinó la cabeza, juntó las manos y comenzó a murmurar entre dientes qué sé yo qué imprecaciones ininteligibles; palabras que yo no podía oír por la distancia que me separaba de ella, pero que ni los mismos que estaban a su lado lograron entender. Unos aseguran que hablaba en latín; otros, que en una lengua salvaje y desconocida, no faltando quien pudo comprender que, en efecto, rezaba, aunque diciendo las oraciones al revés, como es costumbre de estas malas mujeres¹⁹⁷.

En este punto se detuvo el pastor un momento, tendió a su alrededor una mirada y prosiguió así:

—¿Siente usted este profundo silencio que reina en todo el monte, que no suena un guijarro, que no se mueve una hoja, que el aire está inmóvil, y pesa sobre los hombros y parece que aplasta? ¿Ve usted esos jirones de niebla oscura que se deslizan poco a poco a lo largo de la inmensa pendiente del Moncayo, como si sus cavidades no bastaran a contenerlos? ¿Los ve usted cómo se adelantan, mudos y con lentitud, como una legión aérea que se mueve por un impulso invisible? El mismo silencio de muerte había entonces, el mismo aspecto extraño y temeroso ofrecía la niebla de la tarde, arremolinada en las lejanas cumbres, todo el tiempo que duró aquella suspensión angustiosa. Yo, lo confieso con toda franqueza: llegué a tener miedo. ¿Quién sabía si la bruja aprovechaba

aquellos instantes para hacer uno de esos terribles conjuros¹⁹⁸ que sacan a los muertos de sus sepulturas, estremecen el fondo de los abismos y traen a la superficie de la tierra, obedientes a sus imprecaciones, hasta a los más rebeldes espíritus infernales? La vieja rezaba, rezaba sin parar; los mozos permanecían en tanto inmóviles, cual si estuviesen encadenados por un sortilegio, y las nieblas oscuras seguían avanzando y envolviendo las peñas en derredor de las cuales fingían mil figuras extrañas, como de monstruos deformes, cocodrilos¹⁹⁹ rojos y negros, bultos colosales de mujeres envueltas en paños blancos y listas largas de vapor, que, heridas por la última luz del crepúsculo, semejabán inmensas serpientes de colores. Fija la mirada en aquel fantástico ejército de nubes que parecían correr al asalto de la peña sobre cuyo pico iba a morir la bruja, yo estaba esperando por instantes cuándo se abrían sus senos para abortar a la diabólica multitud de espíritus malignos, comenzando una lucha horrible al borde del derrumbadero entre los que estaban allí para hacer justicia en la bruja y los demonios que, en pago de sus muchos servicios, vinieran a ayudarla en aquel amargo trance.

—Y, por fin —exclamé interrumpiendo el animado cuento de mi interlocutor e impaciente ya por conocer el desenlace—, ¿en qué acabó todo ello? ¿Mataron a la vieja? Porque yo creo que por muchos conjuros que recitara la bruja y muchas señales que usted viese en las nubes y en cuanto le rodeaba, los espíritus malignos se mantendrían quietecitos, cada cual en su agujero, sin mezclarse para nada en las cosas de la Tierra. ¿No fue así?

—Así fue, en efecto. Bien porque en su turbación la bruja no acertara con la fórmula, o, lo que yo más creo, por ser viernes, día en que murió Nuestro Señor Jesucristo, y no haber acabado aún las vísperas, durante las que los malos no tienen poder alguno, ello es que, viendo que no concluía nunca con su endiablada monserga, un mozo le dijo que acabase, y, levantando en alto el cuchillo, se dispuso a hierirla²⁰⁰. La vieja, entonces,

tan humilde, tan hipocritona hasta aquel punto, se puso de pie con un movimiento tan rápido como el de una culebra enroscada a la que se pisa y despliega sus anillos, irguiéndose llena de cólera: «¡Oh, no; no quiero morir, no quiero morir! —decía—. ¡Dejadme, dejadme, u os morderé las manos con que me sujetáis!» Pero aún no había pronunciado estas palabras, abalanzándose a sus perseguidores, fuera de sí, con las greñas sueltas, los ojos inyectados en sangre y la hedionda boca entreabierta y llena de espuma, cuando la oí arrojar un alarido espantoso, llevarse por dos o tres veces las manos al costado con grande precipitación, mirárselas y volvérselas a mirar maquinalmente, y, por último, dando tres o cuatro pasos vacilantes, como si estuviese borracha, la vimos caer al derrumbadero. Uno de los mozos, a quien la bruja hechizó una hermana, la más hermosa, la más buena del lugar, la había herido de muerte en el momento en que sintió que le clavaba en el brazo sus dientes negros y puntiagudos. Pero ¿cree usted que acabó ahí la cosa? Nada menos que eso. La vieja de Lucifer tenía siete vidas como los gatos. Cayó por el derrumbadero donde a cualquiera otro que se le resbalase un pie no pararía hasta lo más hondo, y ella, sin embargo, tal vez porque el diablo le paró el golpe o porque los harapos de las sayas la enredaron en los zarzales, quedó suspendida de uno de los picos que erizan la cortadura, barajando²⁰¹ y retorciéndose allí como un reptil colgado por la cola. ¡Dios! ¡Cómo blasfemaba! ¡Qué imprecaciones tan horribles salían de su boca! Se estremecían las carnes y se ponían de punta los cabellos sólo de oírla. Los mozos seguían desde lo alto todas sus grotescas evoluciones esperando el instante en que se desgarraría el último jirón de la saya a que estaba sujeta y rodaría, dando tumbos de pico en pico, hasta el fondo del barranco; pero ella, con el ansia de la muerte y sin cesar de proferir, ora horribles blasfemias, ora palabras santas mezcladas de maldiciones, se enroscaba en derredor de los matorrales. Sus dedos largos, huesosos y sangrientos se agarraban como tenazas a las hendiduras de las rocas, de modo que, ayudándose de las rodillas, de los dientes, de los pies y de las manos, quizás hubiese conseguido subir hasta el borde si algunos de los que la contemplaban, y

que llegaron a temerlo así, no hubiesen levantado en alto una piedra gruesa, con la que le dieron tal cantazo en el pecho, que piedra y bruja bajaron a la vez saltando de escalón en escalón por entre aquellas puntas calcáreas, afiladas como cuchillos, hasta dar, por último, en ese arroyo que se ve en lo más profundo del valle.

Una vez allí, la bruja permaneció un largo rato inmóvil, con la cara hundida entre el légamo y el fango del arroyo, que corría enrojecido con la sangre; después, poco a poco, comenzó como a volver en sí y a agitarse convulsivamente. El agua cenagosa y sangrienta saltaba en derredor batida por sus manos, que de vez en cuando se levantaban en el aire crispadas y horribles, no sé si implorando piedad o amenazando aún en las últimas ansias.

Así estuvo algún tiempo, removiéndose y queriendo inútilmente sacar la cabeza fuera de la corriente, buscando un poco de aire, hasta que, al fin, se desplomó muerta, muerta del todo, pues los que la habíamos visto caer y conocíamos de lo que es capaz una hechicera tan astuta como la tía Casca no apartamos de ella los ojos hasta que, completamente entrada la noche, la oscuridad nos impidió distinguirla, y en todo este tiempo no movió pie ni mano, de modo que si la herida y los golpes no fueron bastantes a acabarla, es seguro que se ahogó en el riachuelo, cuyas aguas tantas veces había embrujado en vida para hacer morir nuestras reses. «¡Quien en mal anda, en mal acaba!», exclamamos después de mirar una última vez al fondo oscuro del despeñadero, y, santiguándonos santamente y pidiendo a Dios nos ayudase en todas las ocasiones como en aquella, contra el diablo y los suyos, emprendimos con bastante despacio la vuelta al pueblo, en cuya desvencijada torre las campanas llamaban a la oración a los vecinos devotos.

Cuando el pastor terminó su relato llegábamos precisamente a la cumbre más cercana al pueblo, desde donde se ofreció a mi vista el castillo oscuro e imponente, con su alta

torre del homenaje, de la que sólo queda en pie un lienzo de muro con dos saeteras que transparentaban la luz y parecían los ojos de un fantasma²⁰². En aquel castillo, que tiene por cimientto la pizarra negra de que está formado el monte, y cuyas vetustas murallas, hechas de pedruscos enormes, parecen obra de titanes²⁰³, es fama que las brujas de los contornos tienen sus nocturnos conciliábulos.

La noche había cerrado ya, sombría y nebulosa. La luna se dejaba ver a intervalos por entre los jirones de las nubes que volaban en derredor nuestro, rozando casi con la tierra, y las campanas de Trasmoz dejaban oír lentamente el toque de oraciones, como al final de la horrible historia que me acababan de referir.

Ahora que estoy en mi celda, tranquilo, escribiendo para ustedes la relación de estas impresiones extrañas, no puedo menos de maravillarme y dolerme de que las viejas supersticiones tengan todavía tan hondas raíces entre las gentes de las aldeas, que den lugar a sucesos semejantes; pero ¿por qué no he de confesarlo?, sonándome aún las últimas palabras de aquella temerosa relación; teniendo junto a mí a aquel hombre que tan de buena fe imploraba la protección divina para llevar a cabo crímenes espantosos; viendo a mis pies el abismo negro y profundo en donde se revolvía el agua entre las tinieblas, imitando gemidos y lamentos, y en lontananza el castillo tradicional, coronado de almenas oscuras, que parecían fantasmas asomadas²⁰⁴ a los muros, sentí una impresión angustiosa, mis cabellos se erizaron involuntariamente y la razón, dominada por la fantasía, a la que todo ayudaba, el sitio, la hora y el silencio de la noche, vaciló un punto y casi creí que las absurdas consejas²⁰⁵ de las brujerías y los maleficios pudieran ser posibles.

Posdata.—Al terminar esta carta y cuando ya me disponía a escribir el sobre, la muchacha que me sirve, y que ha concluido en este instante de arreglar los trebejos²⁰⁶ de

la cocina y de apagar la lumbre, armada de un enorme candil de hierro, se ha colocado junto a mi mesa a esperar, como tiene de costumbre siempre que me ve escribir de noche, que le entregue la carta, que ella a su vez dará mañana al correo, el cual baja de Añón a Tarazona al romper el día²⁰⁷. Sabiendo que es de un lugar inmediato a Trasmoz y que en este último pueblo tiene gran parte de su familia, me ha ocurrido preguntarle si conoció a la tía Casca y si sabe alguna particularidad de sus hechizos, famosos en todo el Somontano. No pueden ustedes figurarse la cara que ha puesto al oír el nombre de la bruja, ni la expresión de medrosa inquietud con que ha vuelto la vista a su alrededor, procurando iluminar con el candil los rincones oscuros de la celda antes de responderme. Después de practicada esta operación y con voz baja y alterada, sin contestar a mi interpelación, me ha preguntado ella a su vez:

—¿Sabe usted en qué día de la semana estamos?

—No, chica —la respondí—; pero ¿a qué conduce saber el día de la semana?

—Porque si es viernes, no puedo desplegar los labios sobre ese asunto. Los viernes, en memoria de que Nuestro Señor Jesucristo murió en semejante día, no pueden las brujas hacer mal a nadie; pero, en cambio, oyen desde su casa cuanto se dice de ellas, aunque sea al oído y en el último rincón del mundo²⁰⁸.

—Tranquilízate por ese lado, pues, a lo que yo puedo colegir de la proximidad del último domingo, todo lo más, lo más, andaremos por el martes o el miércoles.

—No es esto decir que yo le tenga miedo a la bruja, pues de los míos sólo a mi hermana la mayor, al pequeñico²⁰⁹ y a mi padre puede hacerles mal.

—¡Calle! ¿Y en qué consiste ese privilegio?

—En que al echarnos el agua no se equivocó el cura ni dejó olvidada ninguna palabra del Credo.

—¿Y eso se lo has ido tú a preguntar al cura tal vez?

—¡Quia! No, señor; el cura no se acordaría. Se lo hemos preguntado a un cedazo²¹⁰.

—Que es el que debe saberlo... No me parece mal. Y ¿cómo se entra en conversación con un cedazo? Porque eso debe ser curioso.

—Verá usted... Después de las doce de la noche, pues las brujas que lo quisieran impedir no tienen poder sino desde las ocho hasta esa hora, se toma el cedazo, se hacen sobre él tres cruces con la mano izquierda y, suspendiéndole en el aire, cogido por el aro con las puntas de unas tijeras, se le pregunta. Si se ha olvidado alguna palabra del

Credo, da vueltas por sí solo, y si no, se está quietico, quietico, como la hoja en el árbol cuando no se mueve una paja de aire²¹¹.

—Según eso, ¿tú estás completamente tranquila de que no han de embrujarte?

—Lo que es por mí, completamente; pero, sin embargo, mirando por los de la casa, cuido siempre de hacer antes de dormirme una cruz en el hogar con las tenazas para que no entren por la chimenea, y tampoco se me olvida poner la escoba en la puerta con el palo en suelo.

—¡Ah, vamos! ¿Conque la escoba que suelo encontrar algunas mañanas a la puerta de mi habitación con las palmas hacia arriba, y que me ha hecho pensar que era uno de tus frecuentes olvidos, no estaba allí sin su misterio? Pero se me ocurre preguntar una cosa: si ya mataron a la bruja y, una vez muerta, su alma no puede salir del precipicio donde por permisión divina anda penando, ¿contra quién tomas esas precauciones?

—¡Toma, toma! Mataron a una; pero como que son una familia entera y verdadera, que desde hace un siglo o dos vienen heredando el unto de unas en otras, se acabó con una tía Casca, pero queda su hermana, y cuando acaben con esta, que acabarán también, le sucederá su hija, que aún es moza y ya dicen que tiene sus puntos de hechicera²¹².

—Según lo que veo, ¿esa es una dinastía secular de brujas que se vienen sucediendo regularmente por la línea femenina, desde los tiempos más remotos?

—Yo no sé lo que son; pero lo que puedo decirle es que acerca de estas mujeres se cuenta en el pueblo una historia muy particular, que yo he oído referir algunas veces en las noches de invierno.

—Pues, vaya, deja ese candil en el suelo, acerca una silla y refiéreme esa historia, que yo me parezco a los niños en mi afición.

—Es que esto no es cuento.

—O historia, como tú quieras —añadí, por último, para tranquilizarla respecto a la entera fe con que sería acogida la relación por mi parte.

La muchacha, después de colgar el candil en un clavo, y de pie a una respetuosa distancia de la mesa, por no querer sentarse, a pesar de mis instancias, me ha referido la historia de las brujas de Trasmoz, historia original que yo a mi vez contaré a ustedes otro día, pues ahora voy a acostarme con la cabeza llena de brujas, hechicerías y conjuros, pero tranquilo, porque al dirigirme a mi alcoba he visto el escobón junto a la puerta haciéndome la guardia, más tieso y formal que un alabardero en día de ceremonia.

VII²¹³

Queridos amigos: Prometí a ustedes en mi última carta referirles, tal y como me la contaron, la maravillosa historia de las brujas de Trasmoz. Tomo, pues, la pluma para cumplir lo prometido, y va de cuento²¹⁴.

Desde tiempo inmemorial es artículo de fe entre las gentes del Somontano que Trasmoz es la corte y punto de cita de las brujas más importantes de la comarca. Su castillo, como los tradicionales campos de Barahona²¹⁵ y el valle famoso de Zugarramurdi²¹⁶, pertenece a la categoría de conventículo de primer orden y lugar clásico para las grandes fiestas nocturnas de las amazonas de escobón, los sapos con collareta²¹⁷ y toda la abigarrada servidumbre del macho cabrío, su ídolo y jefe. Acerca de la fundación de este castillo, cuyas colosales ruinas, cuyas torres oscuras y dentelladas²¹⁸, patios sombríos y profundos fosos parecen, en efecto, digna escena de tan diabólicos personajes,

se refiere una tradición muy antigua. Parece ser que en tiempo de los moros²¹⁹, época que para nuestros campesinos corresponde a las edades mitológicas y fabulosas de la Historia, pasó el rey por las cercanías del sitio en que ahora se halla Trasmoz, y viendo con maravilla un punto como aquel, donde, gracias a la altura, las rápidas pendientes y los cortes a plomo de la roca, podía el hombre, ayudado de la Naturaleza, hacer un lugar fuerte e inexpugnable, de grande utilidad por encontrarse próximo a la raya fronteriza, exclamó volviéndose a los que iban en su seguimiento y tendiendo la mano en dirección a la cumbre:

—De buena gana tendría allí un castillo.

Oyóle un pobre viejo²²⁰ que, apoyado en un báculo de caminante y con unas miserables alforjillas al hombro, pasaba a la sazón por el mismo sitio, y adelantándose hasta salirle al encuentro, y a riesgo de ser atropellado por la comitiva real, detuvo por la brida el caballo de su señor y le dijo estas solas palabras:

—Si me le dais en alcaldía²²¹ perpetua, yo me comprometo a llevaros mañana a vuestro palacio sus llaves de oro²²².

Rieron grandemente el rey y los suyos de la extravagante proposición del mendigo, de modo que, arrojándole una pequeña pieza de plata al suelo, a manera de limosna, contestóle el soberano con aire de zumba:

—Tomad esa moneda para que compréis unas cebollas y un pedazo de pan con que desayunaros, señor alcaide de la improvisada fortaleza de Trasmoz, y dejadnos en paz proseguir nuestro camino.

Y esto diciendo le apartó suavemente a un lado de la senda, tocó el ijar de su corcel con el acicate²²³ y se alejó seguido de sus capitanes, cuyas armaduras, incrustadas de arabescos de oro, resonaban y resplandecían al compás del galope mal ocultas por los blancos y flotantes alquiceles²²⁴.

—¿Luego me confirmáis en la alcaidía? —añadió el pobre viejo, en tanto que se bajaba para recoger la moneda, y dirigiéndose en alta voz hacia los que ya apenas se distinguían entre la nube de polvo que levantaron los caballos, un punto detenidos, al arrancar de nuevo.

—Seguramente —díjole el rey desde lejos y cuando ya iba a doblar una de las vueltas del monte—; siempre con la condición de que esta noche levantarás el castillo y mañana irás a Tarazona a entregarme las llaves.

Satisfecho el pobrete con la contestación del rey alzó, como digo, la moneda del suelo, besóla con muestras de humildad y, después de atarla en un pico del guñapo blancuzco que le servía de turbante, se dirigió, poco a poco, hacia la aldehuela de Trasmoz.

Componían entonces este lugar unas quince o veinte casuquillas sucias y miserables, refugio de algunos pastores que llevaban a pacer sus ganados al Moncayo. Pasito a pasito, aquí cae, allí tropieza, como el que camina agobiado del doble peso de la edad y una larga jornada, llegó, al fin, nuestro hombre al pueblo, y comprando, según se lo había dicho el rey, un mendrugo de pan y tres o cuatro cebollas blancas, jugosas y relucientes, sentóse a comerlas a la orilla de un arroyo, en el cual los vecinos tenían costumbre de venir a hacer sus abluciones²²⁵ de la tarde, y donde, una vez instalado, comenzó a despachar su pitanza²²⁶, con tanto gusto y moviendo sus descarnadas mandíbulas, de las que

pendían unas barbillas blancas y claruchas, con tal priesa²²⁷, que, en efecto, parecía no haberse desayunado en todo lo que iba de día, que no era poco, pues el sol comenzaba a trasmontar²²⁸ las cumbres.

Sentado estaba, pues, nuestro pobre viejo a la orilla del arroyo, dando buena cuenta con gentil apetito de su frugal comida, cuando llegó hasta el borde del agua uno de los pastores del lugar, hizo sus acostumbradas zalemas²²⁹, vuelto hacia el Oriente, y concluida esta operación, comenzó a lavarse las manos y el rostro, murmurando sus rezos de la tarde. Tras este, vinieron otros cuantos, hasta cinco o seis, y cuando todos hubieron concluido de rezar y remojarse el cogote, llamólos el viejo, y les dijo:

—Veo con gusto que sois buenos musulmanes y que ni las ordinarias ocupaciones ni las fatigas de vuestro ejercicio os distraen de las santas ceremonias que a sus fieles dejó encomendadas el Profeta. El verdadero creyente, tarde o temprano, alcanza el premio: unos lo recogen en la tierra; otros, en el paraíso, no faltando a quienes se les da en ambas partes, y de estos seréis vosotros.

Los pastores, que durante la arenga no habían apartado un punto sus ojos del mendigo, pues por tal le juzgaron al ver su mal pelaje y peor desayuno, se miraban entre sí, después de concluido, como no comprendiendo adónde iría a parar aquella introducción, si no era a pedir una limosna; pero con grande asombro de los circunstantes, prosiguió de este modo su discurso:

—He aquí que yo vengo de una tierra lejana a buscar servidores leales para la guarda y custodia de un famoso castillo. Yo me he sentado al borde de las fuentes que saltan sobre una taza de pórvido²³⁰, a la sombra de las palmeras en las mezquitas de

las grandes ciudades, y he visto, unos tras otros, venir a muchos hombres a hacer sus abluciones con sus aguas; estos, por mera limpieza; aquellos, por hacer lo que hacen todos, los más por dar el espectáculo de una piedad de fórmula. Después os he visto en estas soledades, lejos de las miradas del mundo, atentos sólo al ojo que vela sobre las acciones de los mortales, cumplir con nuestros ritos impulsados por la conciencia de un deber, y he dicho para mí: «He aquí hombres fieles a su religión. Igualmente lo serán a su palabra.» De hoy más no vagaréis por los montes con nieves y fríos, para comer un pedazo de pan negro. En la magnífica fortaleza de que os hablo, tendréis alimento abundante y vida holgada. Tú cuidarás de la atalaya²³¹, atento siempre a las señales de los corredores del campo²³² y pronto a encender la hoguera que brilla en las sombras, como el penacho de fuego del casco de un arcángel²³³. Tú cuidarás del rastrillo y del puente.

Tú darás vuelta cada tres horas alrededor de las torres, por entre la barbacana²³⁴ y el muro. A ti te encargaré de las caballerizas. Bajo la guarda de ese estarán los depósitos de materiales de guerra. Y, por último, aquel otro correrá con los almacenes de víveres.

Los pastores, de cada vez más asombrados y suspensos, no sabían qué juicio formar del improvisado protector que la casualidad les deparaba, y aunque su aspecto miserable no convenía del todo bien con sus generosas ofertas, no faltó alguno que le preguntase, entre dudoso y crédulo:

—¿Dónde está ese castillo? Que si no se halla muy lejos de estos lugares, entre cuyas peñas estamos acostumbrados a vivir, y a los que tenemos el amor que todo hombre tiene a la tierra que le vio nacer, yo, por mi parte, aceptaría con gusto tus ofrecimientos; y creo que, como yo, todos los que se encuentran presentes.

—Por eso no temáis, pues está bien cerca de aquí —respondió el viejo impasible—. Cuando el sol se esconde por detrás de las cumbres del Moncayo, su sombra cae sobre vuestra aldea.

—¿Y cómo puede ser eso —dijo entonces el pastor—, si por aquí no hay castillo ni fortaleza alguna, y la primera sombra que envuelve nuestro lugar es la del cabezo del monte en cuya falda se ha levantado?

—Pues en ese cabezo se halla, porque allí están las piedras, y donde están las piedras está el castillo, como está la gallina en el huevo y la espiga en el grano —insistió el extraño personaje, a quien sus interlocutores, irresolutos hasta aquel punto, no dudaron en calificar de loco de remate.

—¿Y tú serás, sin duda, el gobernador de esa fortaleza famosa? —exclamó, entre las carcajadas de sus compañeros, otro de los pastores—. Porque a tal castillo, tal alcaide.

—Yo lo soy —tornó a contestar el viejo, siempre con la misma calma y mirando a sus risueños oyentes con una sonrisa particular—. ¿No os parezco digno de tan honroso cargo?

—¡Nada menos que eso! —se apresuraron a responderle—. Pero el sol ha doblado las cumbres, la sombra de vuestro castillo envuelve ya en sus pliegues nuestras pobres chozas. ¡Poderoso y temido alcaide de la invisible fortaleza de Trasmoz, si queréis pasar la noche a cubierto, os podemos ofrecer un poco de paja en el establo de nuestras ovejas; si preferís quedaros al raso, que Alá os tenga en su santa guarda, el Profeta os colme de sus beneficios y los arcángeles de la noche velen a vuestro alrededor con sus espadas encendidas!

Acompañando estas palabras, dichas en tono de burlesca solemnidad, con profundos y humildes saludos, los pastores tomaron el camino de su pueblo, riendo a carcajadas de la original aventura. Nuestro buen hombre no se alteró, sin embargo, por tan poca cosa, sino que, después de acabar con mucho despacio su merienda, tomó en el hueco de la mano algunos sorbos del agua limpia y transparente del arroyo, limpióse con el revés la boca, sacudió las migajas de pan de la túnica y, echándose otra vez las alforjillas al hombro y apoyándose en su nudoso báculo, emprendió de nuevo el camino adelante, en la misma dirección que sus futuros sirvientes.

La noche comenzaba, en efecto, a entrarse fría y oscura. De pico a pico de la elevada cresta del Moncayo se extendían largas bandas de nubes color de plomo que, arrolladas hasta aquel momento por la influencia del sol, parecían haber esperado a que se ocultase para comenzar a removerse con lentitud como esos monstruos deformes que produce el mar y que se arrastran trabajosamente en las playas desiertas. El ancho horizonte que se descubría desde las alturas iba poco a poco palideciendo y pasando del rojo al violado por un punto, mientras por el contrario asomaba la luna redonda, encendida, grande, como un escudo de batallar, y por el dilatado espacio del cielo las estrellas aparecían unas tras otras, amortiguada su luz por la del astro de la noche²³⁵.

Nuestro buen viejo, que parecía conocer perfectamente el país, pues nunca vacilaba al escoger las sendas que más pronto habían de conducirlo al término de su peregrinación, dejó a un lado la aldea y, siempre subiendo con bastante fatiga por entre los enormes peñascos y las espesas carrascas, que entonces como ahora cubrían la áspera pendiente del monte, llegó, por último, a la cumbre, cuando las sombras se habían apoderado por completo de la tierra, y la luna, que se dejaba ver a intervalos por entre las oscuras nubes, se había remontado a la primera región del cielo.

Cualquiera otro hombre, impresionado por la soledad del sitio, el profundo silencio de la Naturaleza y el fantástico panorama de las sinuosidades del Moncayo, cuyas puntas coronadas de nieve parecían las olas de un mar inmóvil y gigantesco, hubiera temido aventurarse por entre aquellos matorrales, adonde en mitad del día apenas osaban llegar los pastores; pero el héroe de nuestra relación, que, como ya habrán sospechado ustedes, y si no lo han sospechado lo verán claro más adelante, debía ser un magicazo de tomo y lomo, no satisfecho con haber trepado a la eminencia, se encaramó en la punta de la más elevada roca, y desde aquel aéreo asiento comenzó a pasear la vista a su alrededor con la misma firmeza que el águila, cuyo nido pende de un peñasco al borde del abismo, contempla sin temor el fondo.

Después que se hubo reposado un instante de las fatigas del camino, sacó de las alforjillas un estuche de forma particular y extraña, un librote muy carcomido y viejo y un cabo de vela verde, corto y a medio consumir. Frotó con sus dedos descarnados y huesosos en uno de los extremos del estuche, que parecía de metal y era a modo de linterna, y a medida que frotaba veíase como una lumbre sin claridad, azulada, medrosa e inquieta, hasta que, por último, brotó una llama y se hizo luz. Con aquella luz encendió el cabo de vela verde, a cuyo escaso resplandor, y no sin haberse calado antes unas disformes antiparras²³⁶ redondas, comenzó a hojear el libro, que, para más comodidad, había puesto delante de sí sobre una de las peñas. Según que el nigromante iba pasando las hojas del libro, llenas de caracteres árabes, caldeos y siríacos, trazados con tinta azul, negra, roja y violada, y de figuras y signos misteriosos, murmuraba entre dientes frases ininteligibles, y, parando de cierto en cierto tiempo la lectura, repetía un estribillo singular con una especie de salmodia lúgubre, que acompañaba hiriendo la tierra con el pie y agitando la mano que le dejaba libre el cuidado de la vela, como si se dirigiese a alguna persona²³⁷.

Concluida la primera parte de su mágica letanía, en la que, unos tras otros, había ido llamando por sus nombres, que yo no podré repetir, a todos los espíritus del aire y de la tierra, del fuego y de las aguas, comenzó a percibirse en derredor un ruido extraño, un rumor de alas invisibles que se agitaban a la vez y murmullos confusos, como de muchas gentes que se hablasen al oído. En los días revueltos del otoño, y cuando las nubes, amontonadas en el horizonte, parecen amenazar con una lluvia copiosa, pasan las grullas por el cielo, formando un oscuro triángulo, con un ruido semejante. Mas lo particular del caso era que allí a nadie se veía, y aun cuando se percibiese el aleteo cada vez más próximo, y el aire agitado moviera en derredor las hojas de los árboles, y el rumor de las palabras dichas en voz baja se hiciese gradualmente más distinto, todo semejava cosa de ilusión o ensueño. Paseó el mágico la mirada en todas direcciones para contemplar a los que sólo a sus ojos parecían visibles, y, satisfecho, al parecer, del resultado de su primera operación, volvió a la interrumpida lectura. Apenas su voz temblona, cascada y un poco nasal comenzó a dejarse oír, pronunciando las enrevesadas palabras del libro, se hizo en torno un silencio tan profundo, que no parecía sino que la Tierra, los astros y los genios de la noche estaban pendientes de los labios del nigromante, que ora hablaba con frases dulces y de suave inflexión, como quien suplica, ora con acento áspero, enérgico y breve, como quien manda. Así leyó largo rato, hasta que al concluir la última hoja se produjo un murmullo en el invisible auditorio, parecido al que forman en los templos las confusas voces de los fieles cuando acabada una oración todos contestan amén en mil diapasones distintos. El viejo, que a medida que rezaba y rezaba aquellos diabólicos conjuros había ido exaltándose y cobrando una energía y un vigor sobrenaturales, cerró el libro con un gran golpe, dio un soplo a la vela verde y, despojándose de las antiparras redondas, se puso de pie sobre la altísima peña donde estuvo sentado, y desde donde se dominaban las infinitas ondulaciones de la falda del Moncayo, con los valles, las rocas y los abismos que la accidentan. Allí, de pie, con la cabeza erguida y los brazos extendidos,

el uno al Oriente y el otro al Occidente, alzó la voz y exclamó dirigiéndose a la infinita muchedumbre de seres invisibles y misteriosos que, encadenados a su palabra por la fuerza de los conjuros, esperaban sumisos sus órdenes:

—¡Espíritus de las aguas y de los aires, vosotros que sabéis horadar las rocas y abatir los troncos más corpulentos, agitaos y obedecedme!

Primero suave, como cuando levanta el vuelo una banda de palomas; después más fuerte, como cuando azota el mástil de un buque una vela hecha jirones, oyóse el ruido de las alas al plegarse y desplegarse con una prontitud increíble, y aquel ruido fue creciendo, creciendo, hasta que llegó a hacerse espantoso, como el de un huracán desencadenado. El agua de los torrentes próximos saltaba y se retorció en el cauce, espumarajeando²³⁸ y poniéndose de pie como una culebra furiosa; el aire, agitado y terrible, zumbaba en los huecos de las peñas, levantaba remolinos de polvo y de hojas secas y sacudía, inclinándolas hasta el suelo, las copas de los árboles. Nada más extraño y horrible que aquella tempestad circunscrita a un punto, mientras la luna se remontaba tranquila y silenciosa por el cielo y las aéreas y lejanas cumbres de la cordillera parecían bañadas de un sereno y luminoso vapor. Las rocas crujían como si sus grietas se dilatasen, e impulsadas de una fuerza oculta e interior, amenazaban volar hechas mil pedazos. Los troncos más corpulentos arrojaban gemidos y chascaban próximos a hendirse, como si un súbito desenvolvimiento de sus fibras fuese a rajar la endurecida corteza. Al cabo, y después de sentirse sacudido el monte por tres veces, las piedras se desencajaron y los árboles se partieron, y árboles y piedras comenzaron a saltar por los aires en furioso torbellino, cayendo semejantes a una lluvia espesa en el lugar que de antemano señaló el nigromante a sus servidores. Los colosales troncos y los inmensos témpanos²³⁹ de granito y pizarra oscura, que hubiérase dicho que los arrojaban al azar,

caían, no obstante, unos sobre otros con admirable orden, e iban formando una cerca altísima a manera de bastión, que el agua de los torrentes, arrastrando arenas, menudas piedrecillas y cal de su alvéolo, se encargaba de completar, llenando las hendiduras con una argamasa indestructible.

—La obra adelanta. ¡Ánimo! ¡Ánimo! —murmuró el viejo—. Aprovechemos los instantes, que la noche es corta y pronto cantará el gallo, trompeta del día.

Y esto diciendo, se inclinó hacia el borde de una sima profunda, abierta al impulso de las convulsiones de la montaña, y, como dirigiéndose a otros seres ocultos en su fondo prosiguió:

—¡Espíritus de la Tierra y del fuego, vosotros que conocéis los tesoros de metal de sus entrañas y circuláis por sus caminos subterráneos con los mares de lava encendida y ardiente, agitaos y cumplid mis órdenes!

Aún no había expirado el eco de la última palabra del conjuro, cuando se comenzó a oír un rumor sordo y continuo, como el de un trueno lejano, rumor que asimismo fue creciendo, creciendo, hasta que se hizo semejante al que produce un escuadrón de jinetes que cruzan al galope el puente de una fortaleza, y retumba el golpear del casco de los caballos, crujen los maderos, rechinan las cadenas y se oye, metálico y sonoro, el choque de las armaduras, las lanzas y los escudos. A medida que el ruido tomaba mayores proporciones, veíase salir por las grietas de las rocas un resplandor vivo y brillante, como el que despiden una fragua ardiendo, y de eco en eco se repetía por las concavidades del monte el fragor de millares de martillos que caían con un estrépito espantoso sobre los yunques, en donde los gnomos trabajaban el hierro de las minas, fabricando puertas,

rastrillos, armas y toda la ferretería indispensable para la seguridad y complemento de la futura fortaleza. Aquello era un tumulto imposible de describir, un desquiciamiento general y horroroso: por un lado rebramaba el aire, arrancando las rocas, que se hacían con estruendo en la cúspide del monte; por otro mugía el torrente, mezclando sus bramidos con el crujir de los árboles que se tronchaban y el golpear incesante de los martillos, que caían alternados sobre los yunques, como llevando el compás en aquella diabólica sinfonía²⁴⁰.

Los habitantes de la aldea, despertados de improviso por tan infernal y asordadora²⁴¹ barahúnda, no osaban siquiera asomarse al tragaluz de sus chozas para descubrir la causa del extraño terremoto, no faltando algunos que, poseídos del terror, creyeron llegado el instante en que, próxima la destrucción del mundo, había de bajar la muerte a enseñorearse de su imperio, envuelta en el jirón de un sudario, sobre un corcel fantástico y amarillo, tal como en sus revelaciones la pinta el Profeta²⁴².

Esto se prolongó hasta momentos antes de amanecer, en que los gallos de la aldea comenzaron a sacudir las plumas y a saludar el día próximo con su canto sonoro y estridente. A esta sazón, el rey, que se volvía a su corte haciendo pequeñas jornadas, y que accidentalmente había dormido en Tarazona, bien porque de suyo fuese madrugador y despabilado, bien porque extrañase la habitación, que todo cabe en lo posible, saltaba de la cama listo como él solo y después de poner en un pie, como las grullas, a su servidumbre, se dirigía a los jardines del palacio. Aún no habría pasado una hora desde que vagaba al azar por el intrincado laberinto de sus alamedas, departiendo con uno de sus capitanes todo lo amigablemente que puede departir un rey, y moro por añadidura, con uno de sus súbditos, cuando llegó hasta él, cubierto de sudor y de polvo, el más ágil de los corredores de la frontera, y le dijo, previas las saluciones de costumbre:

—Señor, hacia la parte de la raya de Castilla sucede una cosa extraordinaria. Sobre la cumbre del monte de Trasmoz, y donde ayer no se encontraban más que rocas y matorrales, hemos descubierto al amanecer un castillo tan alto, tan grande y tan fuerte como no existe ningún otro en todos vuestros estados. En un principio dudamos del testimonio de nuestros ojos, creyendo que tal vez fingía la mole la niebla arremolinada sobre las alturas; pero después ha salido el sol, la niebla se ha deshecho y el castillo subsiste allí oscuro, amenazador y gigante, dominando los contornos con su altísima atalaya.

Oír el rey este mensaje y recordar su encuentro con el mendigo de las alforjas todo fue una cosa misma, y reunir estas dos ideas y lanzar una mirada amenazadora e interrogante a los que estaban a su lado, tampoco fue cuestión de más tiempo. Sin duda, su alteza árabe sospechaba que alguno de sus emires, conocedores del diálogo del día anterior, se había permitido darle una broma sin precedentes en los anales de la etiqueta musulmana, pues, con acento de mal disimulado enojo, exclamó, jugando con el pomo de su alfanje de una manera particular con que solía hacerlo cuando estaba a punto de estallar su cólera:

—¡Pronto, mi caballo más ligero y a Trasmoz, que juro por mis barbas y las del Profeta que, si es cuento el mensaje de los corredores, donde debiera estar el castillo he de poner una picota para los que le han inventado!

Esto dijo el rey, y minutos después no corría, volaba, camino de Trasmoz, seguido de sus capitanes. Antes de llegar a lo que se llama el Somontano, que es una reunión de valles y alturas que van subiendo gradualmente hasta llegar al pie de la cordillera que domina el Moncayo, coronado de nieblas y de nubes como el gigante y colosal monarca de estos montes, hay, viniendo de Tarazona, una gran eminencia que lo oculta a la vista hasta

que se llega a su cumbre. Tocaba el rey casi a lo más alto de esta altura, conocida hoy por la Ciezma²⁴³, cuando, con grande asombro suyo y de los que le seguían, vio venir a su encuentro al viejecito de las alforjas con la misma túnica, raída y remendada, del día anterior, el mismo turbante, hecho jirones y sucio, y el propio báculo, tosco y fuerte, en que se apoyaba, cuando en son de burla, después de haber oído su risible propuesta, le arrojó una moneda para que comprase pan y cebollas. Detúvose el rey delante del viejo, y este, postrándose de hinojos y sin dar lugar a que le preguntara cosa alguna, sacó de las alforjas, envueltas en un paño de púrpura, dos llaves de oro de labor admirable y exquisita, diciendo al mismo tiempo que las presentaba a su soberano:

—Señor, yo he cumplido ya mi palabra; a vos toca sacar airosa de su empeño la vuestra.

—Pero ¿no es fábula lo del castillo? —preguntó el rey entre receloso y suspenso, y fijando alternativamente la mirada, ya en las magníficas llaves, que por su materia y su inconcebible trabajo valían de por sí un tesoro, ya en el viejecillo, a cuyo aspecto miserable se renovaba en su ánimo el deseo de socorrerle con una limosna.

—Dad algunos pasos más y le veréis —respondió el alcaide, pues, una vez cumplida su promesa, y siendo la que le habían empeñado palabra de rey, que, al menos en estas historias, tienen fama de inquebrantables, por tal podemos considerarle desde aquel punto. Dio algunos pasos más; el soberano llegó a lo más alto de la Ciezma y, en efecto, el castillo de Trasmoz apareció a sus ojos, no tal como hoy se ofrecería a los de ustedes, si por acaso tuvieran la humorada de venir a verlo, sino tal como fue en lo antiguo, con sus cinco torres gigantes, su atalaya esbelta, sus fosos profundos, sus puertas chapeadas de hierro, fortísimas y enormes; su puente levadizo y sus muros coronados de almenas puntiagudas²⁴⁴.

Al llegar a este punto de mi carta me apercibo de que, sin querer, he faltado a la promesa que hice en la anterior y ratifiqué al tomar hoy la pluma para escribir a ustedes. Prometí contarles la historia de la bruja de Trasmoz y, sin saber cómo, les he relatado en su lugar la del castillo. Con estos cuentos sucede lo que con las cerezas: sin pensarlo, salen unas enredadas en otras. ¿Qué le hemos de hacer? Conseja con conseja, allá va la que primero se ha enredado en el pico de la pluma; merced a ella, y teniendo presente su diabólico origen, comprenderán ustedes por qué las brujas, cuya historia quedo siempre comprometido a contarles, tienen una marcada predilección por las ruinas de este castillo y se encuentran en él como en su casa.

VIII²⁴⁵

Queridos amigos: En una de mis cartas anteriores dije a ustedes en qué ocasión y por quién me fue referida la estupenda historia de las brujas, que a mi vez he prometido repetirles. La muchacha que accidentalmente se encuentra a mi servicio, tipo perfecto del país, con su apretador verde, su saya roja y sus medias azules, había colgado el candil en un ángulo de mi habitación, débilmente alumbrada, aun con este aditamento de luz, por una lamparilla, a cuyo escaso resplandor escribo²⁴⁶. Las diez de la noche acababan de sonar en el antiguo reloj de pared, único resto del mobiliario de los frailes, y solamente se oían, con breves intervalos de silencio profundo, esos ruidos apenas perceptibles y propios de un edificio deshabitado e inmenso, que producen el aire que gime, los techos que crujen, las puertas que rechinan y los animaluchos de toda calaña que vagan a su placer por los sótanos, las bóvedas y las galerías del monasterio, cuando, después de contarme la leyenda que corre más válida acerca de la fundación del castillo, y que ya conocen ustedes, prosiguió su relato, no sin haber hecho antes un momento de pausa,

como para calcular el efecto que la primera parte de la historia me había producido y la cantidad de fe con que podía contar en su oyente para la segunda.

He aquí la historia, poco más o menos, tal como me la refirió mi criada, aunque sin sus giros extraños y sus locuciones pintorescas y características del país, que ni yo puedo recordar ni, caso que las recordase, ustedes podrían entender.

Ya había pasado el castillo de Trasmoz a poder de los cristianos y estos, a su vez, terminadas las continuas guerras de Aragón y Castilla, habían concluido por abandonarle, cuando es fama que hubo en el lugar un cura tan exacto en el cumplimiento de sus deberes, tan humilde con sus inferiores y tan lleno de ardiente caridad para con los infelices, que su nombre, al que iba unida una intachable reputación de virtud, llegó a hacerse conocido y venerado en todos los pueblos de la comarca.

Muchos y muy señalados beneficios debían los habitantes de Trasmoz a la inagotable bondad del buen cura, que ni para disfrutar de una canonjía, con que en repetidas ocasiones le brindó el obispo de Tarazona, quiso abandonarlos; pero el mayor, sin duda, fue el libertarlos, merced a sus santas plegarias y poderosos exorcismos, de la incómoda vecindad de las brujas, que desde los lugares más remotos del reino venían a reunirse ciertas noches del año en las ruinas del castillo, que, quizá por deber su fundación a un nigromante, miraban como cosa propia y lugar el más aparente para sus nocturnas zambras²⁴⁷ y diabólicos conjuros. Como quiera que antes de aquella época muchos otros exorcistas habían intentado desalojar de allí a los espíritus infernales, y sus rezos y sus aspersiones²⁴⁸ fueron inútiles, la fama de mosén²⁴⁹ Gil el Limosnero (que por este nombre era conocido nuestro cura) se hizo tanto más grande cuanto más difícil o imposible se juzgó hasta entonces dar cima a la empresa que él había acometido y llevado a cabo con feliz éxito,

gracias a la poderosa intercesión de sus plegarias y al mérito de sus buenas obras. Su popularidad, y el respeto que los campesinos le profesaban iban, pues, creciendo a medida que la edad, cortando, por decirlo así, los últimos lazos que pudieran ligarle a las cosas terrestres, acendrabas sus virtudes y el generoso desprendimiento con que siempre dio a los pobres hasta lo que él había de menester para sí. De modo que cuando el venerable sacerdote, cargado de años y de achaques, salía a dar una vueltecita por el porche de su humilde iglesia, era de ver cómo los chicuelos corrían desde lejos para venir a besarle la mano, los hombres se descubrían respetuosamente y las mujeres llegaban a pedirle su bendición, considerándose dichosa la que podía alcanzar como reliquia y amuleto contra los maleficios un jirón de su raída sotana. Así vivía en paz y satisfecho con su suerte el bueno de mosén Gil. Mas como no hay felicidad completa en el mundo y el diablo anda de continuo buscando ocasión de hacer mal a sus enemigos, este, sin duda, dispuso que, por muerte de una hermana menor, viuda y pobre, viniese a parar a casa del caritativo cura una sobrina, que él recibió con los brazos abiertos, y a la cual consideró desde aquel punto como apoyo providencial deparado por la bondad divina para consuelo de su vejez.

Dorotea, que así se llamaba la heroína de esta verídica historia, contaba escasamente dieciocho años; parecía educada en un santo temor de Dios, un poco encogida en sus modales, melosa en el hablar y humilde en presencia de extraños, como todas las sobrinas de los curas que yo he conocido hasta ahora; pero tanto como la que más, o más que ninguna, preciada del atractivo de sus ojos negros y traidores y amiga de emperejilarse²⁵⁰ y componerse. Esta afición a los trapos, según nosotros los hombres solemos decir, tan general en las muchachas de todas las clases y de todos los siglos, y que en Dorotea predominaba exclusivamente a las demás aficiones, era causa continua de domésticos disturbios entre la sobrina y el tío que, contando con muy pocos recursos en su pobre curato²⁵¹ de aldea, y siempre en la mayor estrechez a causa de su largueza para con los

infelices, según él decía con una ingenuidad admirable, andaba desde que recibió las primeras órdenes procurando hacerse un manteo nuevo, y aún no había encontrado ocasión oportuna. De vez en cuando las discusiones a que daban lugar las peticiones de la sobrina solían agriarse, y esta le echaba en cara las muchas necesidades a que estaban sujetos y la desnudez en que ambos se veían por dar a los pobres no sólo lo superfluo, sino hasta lo necesario. Mosén Gil entonces, echando mano de los más deslumbradores argumentos de su cristiana oratoria, después de repetir que cuanto a los pobres se da a Dios se presta, acostumbraba decirle que no se apurase por una saya de más o de menos para los cuatro días que se han de estar en este valle de lágrimas y miserias, pues mientras más sufrimientos sobrellevase con resignación y más desnuda anduviese por amor hacia el prójimo, más pronto iría, no ya a la hoguera que se enciende los domingos en la plaza del lugar, y emperejilada con una mezquina saya de paño rojo, franjada de vellori²⁵², sino a gozar del Paraíso eterno, danzando en torno de la lumbre inextinguible y vestida de la gracia divina, que es el más hermoso de todos los vestidos imaginables. Pero váyale usted con estas evangélicas filosofías a una muchacha de dieciocho años, amiga de parecer bien, aficionada a perifollos, con sus ribetes de envidiosa y con unas vecinas en la casa de enfrente que hoy estrenan un apretador²⁵³ amarillo, mañana un jubón²⁵⁴ negro y el otro una saya azul turquí²⁵⁵ con unas franjas rojas que deslumbran la vista y llaman la atención de los mozos a tres cuartos de hora de distancia.

El bueno de mosén Gil podía considerar perdido su sermón, aunque no predicase en desierto, pues Dorotea, aunque callada no convencida, seguía mirando del mal ojo a los pobres que continuamente asediaban la puerta de su tío, y prefiriendo un buen jubón y unas agujetas²⁵⁶ azules de las que miraba suspirando en la calle de Botigas²⁵⁷, cuando por casualidad iba a Tarazona, a todos los adornos y galas que en un futuro más o menos cercano pudieran prometerle en el Paraíso en cambio de su presente resignación y desprendimiento.

En este estado las cosas, una tarde, víspera del día del santo patrono del lugar, y mientras el cura se ocupaba en la iglesia en tenerlo todo dispuesto para la función que iba a verificarse a la mañana siguiente, Dorotea se sentó, triste y pensativa, a la puerta de su casa. Unas mucho, otras poco, todas las muchachas del pueblo habían traído algo de Tarazona para lucirse en el Mayo²⁵⁸ y en el baile de la hoguera, en particular sus vecinas, que, sin duda con intención de aumentar su despecho, habían tenido el cuidado de sentarse en el portal a coserse las sayas nuevas y arreglar los dijes²⁵⁹ que les habían feriado²⁶⁰ sus padres. Sólo ella, la más guapa y la más presumida también, no participaba de esa alegre agitación, esas prisas de costura, ese animado aturdimiento que preludian entre las jóvenes, y así en las aldeas como en las ciudades, la aproximación de una solemnidad por largo tiempo esperada. Pero digo mal: también Dorotea tenía aquella noche su quehacer extraordinario; mosén Gil le había dicho que amasase para el día siguiente veinte panes más que los de costumbre, a fin de distribuírselos a los pobres después de concluida la misa.

Sentada estaba, pues, a la puerta de su casa la malhumorada sobrina del cura, barajando en su imaginación mil desagradables pensamientos, cuando acertó a pasar por la calle una vieja muy llena de jirones y de andrajos, que agobiada por el peso de la edad, caminaba apoyándose en un palito.

—Hija mía —exclamó al llegar junto a Dorotea, con un tono compungido y doliente—: ¿me quieres dar una limosnita, que Dios te la pagará con usura en su santa gloria?

Estas palabras, tan naturales en los que imploran la caridad pública, que son como una fórmula consagrada por el tiempo y la costumbre, en aquella ocasión, y pronunciadas por aquella mujer, cuyos ojillos verdes y pequeños parecían reír con una expresión

diabólica, mientras el labio articulaba su acento más plañidero y lastimoso, sonaron en el oído de Dorotea como un sarcasmo horrible, trayéndole a la memoria las magníficas promesas para más allá de la muerte con que mosén Gil solía responder a sus exigencias continuas. Su primer impulso fue echar enhoramala a la vieja; pero conteniéndose por respeto a ser su casa la del cura del lugar, se limitó a volverle la espalda con un gesto de desagrado y mal humor bastante significativo. La vieja, a quien antes parecía complacer que no afligir esta repulsa, aproximóse más a la joven, y, procurando dulcificar todo lo posible su voz de carraca destemplada, prosiguió de este modo, sonriendo siempre con sus ojillos verdosos, como sonreiría la serpiente que sedujo a Eva en el Paraíso.

—Hermosa niña, si no por el amor de Dios por el tuyo propio, dame una limosna. Yo sirvo a un señor que no se limita a recompensar a los que hacen bien a los suyos en la otra vida, sino que les da en esta cuanto ambicionan. Primero te pedí por el que tú conoces; ahora torno a demandarte socorro por el que yo reverencio.

—¡Bah, bah!, dejadme en paz, que no estoy de humor para oír disparates —dijo Dorotea, que juzgó loca o chocheando a la haraposa vieja que le hablaba de un modo para ella incomprensible, y sin volver siquiera el rostro al despedirla tan bruscamente, hizo ademán de entrarse en el interior de la casa; pero su interlocutora, que no parecía dispuesta a ceder con tanta facilidad en su empeño, asiéndola de la saya la detuvo un instante, y tornó a decirla:

—Tú me juzgas fuera de mi juicio; pero te equivocas; te equivocas, porque no sólo sé bien lo que yo hablo, sino lo que tú piensas, como conozco igualmente la ocasión de tus pesares.

Y cual si su corazón fuese un libro y este estuviera abierto ante sus ojos, repitió a la sobrina del cura, que no acertaba a volver en sí de su asombro, cuantas ideas habían pasado por su mente al comparar su triste situación con la de las otras muchachas del pueblo.

—Mas no te apures —continuó la astuta arpía²⁶¹, después de darle esta prueba de su maravillosa perspicacia—, no te apures: hay un señor tan poderoso como el de mosén Gil, y en cuyo nombre me he acercado a hablarte so pretexto de pedir una limosna; un señor que no sólo no exige sacrificios penosos de los que le sirven, sino que se esmera y complace en secundar todos sus deseos; alegre como un juglar, rico como todos los judíos de la tierra juntos y sabio hasta el extremo de conocer los más ignorados secretos de la ciencia, en cuyo estudio se afanan los hombres. Las que le adoran viven en una continua zambra, tienen cuantas joyas y dijes desean y poseen filtros²⁶² de una virtud tal, que con ellos llevan a cabo cosas sobrenaturales, se hacen obedecer de los espíritus, del sol y de la luna, de los peñascos, de los montes y de las olas del mar e infunden el amor o el aborrecimiento en quien mejor les cuadra. Si quieres ser de los suyos, si quieres gozar de cuanto ambicionas, a muy poca costa puedes conseguirlo. Tú eres joven, tú eres hermosa, tú eres audaz, tú no has nacido para consumirte al lado de un viejo achacoso e impertinente, que al fin te dejará sola en el mundo y sumida en la miseria, merced a su caridad extravagante.

Dorotea, que al principio se prestó de mala voluntad a oír las palabras de la vieja, fue poco a poco internándose en aquella halagüeña pintura del brillante porvenir que podía ofrecerle y aunque sin desplegar los labios, con una mirada entre crédula y dudosa pareció preguntarle en qué consistía lo que debiera hacer para alcanzar lo que tanto deseaba. La vieja, entonces, sacando una botija verde que traía oculta entre el harapiento delantal, le dijo:

—Mosén Gil tiene a la cabecera de su cama una pila de agua bendita de la que todas las noches, antes de acostarse, arroja algunas gotas, pronunciando una oración, por la ventana que da frente al castillo. Si sustituyes aquella agua con esta y después de apagado el hogar dejas las tenazas envueltas en las cenizas, yo vendré a verte por la chimenea al toque de ánimas, y el señor a quien obedezco, y que en muestra de su generosidad te envía este anillo, te dará cuanto desees.

Esto diciendo, le entregó la botija²⁶³, no sin haberle puesto antes en el dedo de la misma mano con que la tomara un anillo de oro con una piedra hermosa sobre toda ponderación.

La sobrina del cura, que maquinalmente dejaba hacer a la vieja, permanecía aún irresoluta y más suspensa que convencida de sus razones; pero tanto le dio sobre el asunto y con tan vivos colores supo pintarle el triunfo de su amor propio, ajado, cuando al día siguiente, merced a la obediencia, lograrse ir a la hoguera de la plaza vestida con un lujo desconocido, que al fin cedió a sus sugestiones, prometiendo obedecerla en un todo.

Pasó la tarde, llegó la noche, llegando con ella la oscuridad y las horas aparentes para los misterios y los conjuros, y ya mosén Gil, sin caer en la cuenta de la sustitución del agua con un brebaje maldito, había hecho sus inútiles aspersiones y dormía con el sueño reposado de los ángeles, cuando Dorotea, después de apagar la lumbre del hogar y poner, según fórmula, las tenazas entre las cenizas, se sentó a esperar a la bruja, pues bruja y no otra cosa podía ser la vieja miserable que disponía de joyas de tanto valor como el anillo y visitaba a sus amigos a tales horas y entrando por la chimenea²⁶⁴.

Los habitantes de la aldea de Trasmoz dormían asimismo como lirones, excepto algunas muchachas que velaban cosiendo sus vestidos para el día siguiente. Las cam-

panas de la iglesia dieron al fin el toque de ánimas, y sus golpes lentos y acompasados se perdieron, dilatándose en las ráfagas del aire, para ir a expirar entre las ruinas del castillo. Dorotea, que hasta aquel momento, y una vez adoptada su resolución, había conservado la firmeza y sangre fría suficientes para obedecer las órdenes de la bruja, no pudo menos de turbarse y fijar los ojos con inquietud en el cañón de la chimenea, por donde había de verla aparecer de un modo tan extraordinario. Esta no se hizo esperar mucho, y apenas se perdió el eco de la última campanada cayó de golpe entre la ceniza en forma de gato gris y haciendo un ruido extraño y particular de estos animalitos cuando, con la cola levantada y el cuerpo hecho un arco, van y vienen de un lado a otro acariciándose contra nuestras piernas. Tras el gato gris²⁶⁵ cayó otro rubio, y después otro negro, más otro de los que llaman moriscos²⁶⁶, y hasta catorce o quince de diferentes dimensiones y color, revueltos con una multitud de sapillos²⁶⁷ verdes y tripudos con un cascabel al cuello y una a manera de casaquilla roja. Una vez juntos los gatos, comenzaron a ir y venir por la cocina, saltando de un lado a otro; estos, por los vasares, entre los pucheros y las fuentes; aquellos, por el ala de la chimenea; los de más allá, revolcándose entre la ceniza y levantando una gran polvareda, mientras que los sapillos, haciendo sonar su cascabel, se ponían de pie al borde de las marmitas, daban volteretas en el aire o hacían equilibrios y dislocaciones pasmosas, como los clowns²⁶⁸ de nuestros circos ecuestres. Por último, el gato gris, que parecía el jefe de la banda y en cuyos ojillos verdosos y fosforescentes había creído reconocer la sobrina del cura los de la vieja que le habló por la tarde, levantándose sobre las patas traseras en la silla en que se encontraba subido, le dirigió la palabra en estos términos:

—Has cumplido lo que prometistes²⁶⁹, y aquí nos tienes a tus órdenes. Si quieres vemos en nuestra primitiva forma y que comencemos a ayudarte a fraguar las galas para las

fiestas y a amasar los panes que te ha encargado tu tío, haz tres veces la señal de la cruz con la mano izquierda, invocando a la trinidad de los infiernos: Belcebú, Astarot y Belial²⁷⁰.

Dorotea, aunque temblando, hizo punto por punto lo que se le decía, y los gatos se convirtieron en otras tantas mujeres, de las cuales unas comenzaron a cortar y otras a coser telas de mil colores a cuál más vistosos y llamativos, hilvanando y concluyendo sayas y jubones a toda prisa, en tanto que los sapillos, diseminados por aquí y por allá, con unas herramientas diminutas y brillantes fabricaban pendientes de filigrana de oro para las orejas, anillos con piedras preciosas para los dedos, o, armados de su tirapié²⁷¹ y su lezna en miniatura, cosían unas zapatillas de tafilete²⁷² tan monas y tan bien acabadas que merecían calzar el pie de una hada.

Todo era animación y movimiento en derredor de Dorotea; hasta la llama del candil que alumbraba aquella escena extravagante parecía danzar alegre en su piqueta²⁷³ de hierro, chisporroteando y plegando y volviendo a desplegar su abanico de luz, que se proyectaba en los muros en círculos móviles, ora oscuros, ora brillantes. Esto se prolongó hasta rayar el día, en que el bullicioso repique de las campanas de la parroquia, echadas a vuelo en honor del santo patrono del lugar, y el agudo canto de los gallos, anunciaron el alba a los habitantes de la aldea. Pasó el día entre fiestas y regocijos. Mosén Gil, sin sospechar la parte que las brujas habían tomado en su elaboración, repartió, terminada la misa, sus panes entre los pobres; las muchachas bailaron en las eras al son de la gaita y el tamboril, luciendo los dijes y las galas que habían traído de Tarazona y, cosa particular, Dorotea, aunque al parecer fatigada de haber pasado la noche en claro amasando el pan de la limosna, con no pequeño asombro de su tío, ni se quejó de su suerte ni hizo alto en las bandas de mozas y mozos que pasaban emperejilados por sus puertas, mientras ella permanecía aburrida y sola en su casa.

Al fin llegó la noche, que a la sobrina del cura pareció tardar más que otras veces, mosén Gil se metió en su cama al toque de oraciones, según tenía costumbre, y la gente joven del lugar encendió la hoguera en la plaza, donde debía continuar el baile. Dorotea, entonces, aprovechando el sueño de su tío, se vistió apresuradamente con los hermosos vestidos, presente de las brujas, púsose los pendientes de filigrana de oro, cuyas piedras blancas y luminosas semejaban sobre sus frescas mejillas gotas de rocío sobre un melocotón dorado, y con sus zapatillas de tafilete y un anillo en cada dedo se dirigió al punto en que los mozos y las mozas bailaban al son del tamboril y las vihuelas²⁷⁴, al resplandor del fuego, cuyas lenguas rojas, coronadas de chispas de mil colores, se levantaban por cima de los tejados de las casas, arrojando a lo lejos las prolongadas sombras de las chimeneas y la torre del lugar. Figúrense ustedes el efecto que su aparición produciría. Sus rivales en hermosura, que hasta allí la habían superado en lujo, quedaron oscurecidas y arrinconadas; los hombres se disputaban el honor de alcanzar una mirada de sus ojos y las mujeres se mordían los labios de despecho. Como le habían anunciado las brujas, el triunfo de su vanidad no podía ser más grande. Pasaron las fiestas del santo, y aunque Dorotea tuvo buen cuidado de guardar sus joyas y sus vestidos en el fondo del arca, durante un mes no se habló en el pueblo de otro asunto.

—¡Vaya, vaya! —decían sus feligreses a mosén Gil—, tenéis a vuestra sobrina hecha un pimpollo de oro. ¡Qué lujo! ¡Quién había de creer que después de dar lo que dais en limosnas aún os quedaba para esos rumbos!

Pero mosén Gil, que era la bondad misma y que nada podía figurarse menos que la verdad de lo que pasaba, creyendo que querían embromarse aludiendo a la pobreza y la humildad en el vestir de Dorotea, impropias de la sobrina de un cura, personaje de primer orden en los pueblos, se limitaba a contestar sonriendo y como para seguir la broma:

—¡Qué queréis, donde lo hay, se luce!

Las galas de Dorotea hacían entre tanto su efecto. Desde aquella noche en adelante no faltaron enramadas²⁷⁵ en sus ventanas, música en sus puertas y rondadores en las esquinas. Estas rondas, estos cantares y estos ramos tuvieron el fin que era natural, y a los dos meses la sobrina del cura se casaba con uno de los mozos mejor acomodados del pueblo, el cual, para que nada faltase a su triunfo, hasta la famosa noche en que se presentó en la hoguera había sido novio de una de aquellas vecinas que tanto la hicieron rabiarse en otras ocasiones sentándose a coser sus vestidos en el portal de la calle. Sólo el pobre mosén Gil perdió desde aquella época para siempre el latín de sus exorcismos y el trabajo de sus aspersiones. Las brujas, con grande asombro suyo y de sus feligreses, tornaron a aposentarse en el castillo; sobre los ganados cayeron plagas sin cuento; las jóvenes del lugar se veían atacadas de enfermedades incomprensibles; los niños eran azotados por las noches en sus cunas, y los sábados, después que la campana de la iglesia dejaba oír el toque de ánimas, unas sonando panderos, otras añafles²⁷⁶ o castañuelas, y todas a caballo sobre sus escobas, los habitantes de Trasmoz veían pasar una banda de viejas, espesa como las grullas, que iban a celebrar sus endiablados ritos a la sombra de los muros y la ruinosa atalaya que corona la cumbre del monte.

Después de oír esta historia, he tenido ocasión de conocer a la tía Casca, hermana de la otra Casca famosa²⁷⁷, cuyo trágico fin he referido a ustedes, y vástago de la dinastía de brujas de Trasmoz, que comienza en la sobrina de mosén Gil y acabará no se sabe cuándo ni dónde. Por más que, al decir de los revolucionarios furibundos, ha llegado la hora de las dinastías seculares, esta, a juzgar por el estado en que se hallan los espíritus en el país, promete prolongarse aún mucho, pues teniendo en cuenta que la que vive no será para largo, en razón a su avanzada edad, ya comienza a decirse que la hija despunta en

el oficio, y una nietezuela tiene indudables disposiciones: tan arraigada está entre estas gentes la creencia de que de una en otra lo vienen heredando. Verdad es que, como ya creo haber dicho antes de ahora, hay aquí, en todo cuanto a uno le rodea, un no sé qué de agreste, misterioso y grande que impresiona profundamente el ánimo y lo predispone a creer en lo sobrenatural.

De mí puedo asegurarles que no he podido ver a la actual bruja sin sentir un estremecimiento involuntario, como si, en efecto, la colérica mirada que me lanzó, observando la curiosidad impertinente con que espiaba sus acciones, hubiera podido hacerme daño. La vi hace pocos días, ya muy avanzada la tarde, y por una especie de tragaluz, al que se alcanza desde un pedrusco enorme de los que sirven de cimiento y apoyo a las casas de Trasmoz. Es alta, seca, arrugada, y no lo querrán ustedes creer, pero hasta tiene sus barbillas blancuzcas y su nariz corva, de rigor en las brujas de todas las consejas.

Estaba encogida y acurrucada junto al hogar, entre un sinnúmero de trastos viejos, pucheros, cántaros, marmitas y cacerolas de cobre, en las que la luz de la llama parecía centuplicarse con sus brillantes y fantásticos reflejos. Al calor de la lumbre hervía yo no sé qué en un cacharro, que de tiempo en tiempo removía la vieja con una cuchara. Tal vez sería un guiso de patatas para la cena; pero impresionado a su vista y presente aún la relación que me habían hecho de sus antecesoras, no pude menos de recordar, oyendo el continuo hervidero del guiso, aquel pisto infernal, aquella horrible cosa sin nombre, de las brujas del Macbeth, de Shakespeare²⁷⁸.

IX²⁷⁹

LA VIRGEN DE VERUELA

A la señorita doña M. L. A.²⁸⁰

Apreciable amiga: Al enviarle una copia exacta, quizás la única que de ella se ha sacado hasta hoy, prometí a usted referirle la peregrina historia de la imagen en honor de la cual un príncipe poderoso levantó el monasterio, desde una de cuyas celdas he escrito mis cartas anteriores²⁸¹.

Es una historia que, aunque transmitida hasta nosotros por documentos de aquel siglo y testificada aún por la presencia de un monumento material, prodigio del arte, elevado en su conmemoración, no quisiera entregarla al frío y severo análisis de la crítica filosófica, piedra de toque a cuya prueba se someten hoy día todas las verdades.

A esa terrible crítica que, alentada con algunos ruidosos triunfos, comenzó negando las tradiciones gloriosas y los héroes nacionales y ha acabado por negar hasta el carácter divino de Jesús, ¿qué concepto le podría merecer esta que desde luego calificaría de conseja de niños?²⁸².

Yo escribo y dejo poner estas desaliñadas líneas en letras de molde, porque la mía es mala, y sólo así le será posible entenderme; por lo demás, yo las escribo para usted, para usted exclusivamente, porque sé que las delicadas flores de la tradición sólo puede tocarlas la mano de la piedad, y sólo a esta le es dado aspirar su religioso perfume sin marchitar sus hojas.

En el valle de Veruela, y como a una media hora de distancia de su famoso monasterio, hay, al fin de una larga alameda de chopos que se extiende por la falda del monte, un grueso pilar de argamasa y ladrillo. En la mitad más alta de este pilar, cubierto ya de musgo, merced a la continuada acción de las lluvias, y al que los años han prestado su color oscuro e indefinible, se ve una especie de nicho, que en su tiempo debió contener una imagen, y sobre el cónico chapitel²⁸³ que lo remata, el asta de hierro de una cruz cuyos brazos han desaparecido. Al pie crecen y exhalan un penetrante y campesino perfume, entre una alfombra de menudas hierbas, las aliagas espinosas y amarillas, los altos romeros de flores azules y otra gran porción de plantas olorosas y saludables. Un arroyo de agua cristalina corre allí con un ruido apacible, medio oculto entre el espeso festón de juncos y lirios blancos que dibuja sus orillas, y en el verano, las ramas de los chopos, agitadas por el aire que continuamente sopla de la parte del Moncayo, dan a la vez música y sombra. Llamen a este sitio La Aparecida²⁸⁴, porque en él tuvo lugar, hará próximamente unos siete siglos, el suceso que dio origen a la fundación del célebre monasterio de la Orden del Císter, conocido con el nombre de Santa María de Veruela.

Refiere un antiguo códice²⁸⁵, y es tradición constante en el país, que, después de haber renunciado a la corona que le ofrecieron los aragoneses a poco de ocurrida la muerte de don Alonso en la desgraciada empresa de Fraga, don Pedro Atarés²⁸⁶,

uno de los más poderosos magnates de aquella época, se retiró al castillo de Borja, del que era señor, y donde, en compañía de algunos de sus leales servidores, y como descanso de las continuas inquietudes, de las luchas palaciegas y del batallar de los campos, decidió pasar el resto de sus días entregado al ejercicio de la caza, ocupación favorita de aquellos rudos y valientes caballeros, que sólo hallaban gusto durante la paz en lo que tan propiamente se ha llamado simulacro e imagen de la guerra.

El valle en que está situado el monasterio, que dista tres leguas escasas de la ciudad de Borja²⁸⁷, y la falda del Moncayo que pertenece a Aragón eran entonces parte de su dilatado señorío; y como quiera que de los pueblecillos que ahora se ven salpicados aquí y allá por entre las quiebras del terreno no existían más que las atalayas y algunas miserables casucas, abrigo de pastores, que las tierras no se habían roturado, ni las crecientes necesidades de la población habían hecho caer al golpe del hacha los añosísimos árboles que lo cubrían, el valle de Veruela, con sus bosques de encinas y carrascas seculares y sus intrincados laberintos de vegetación virgen y lozana, ofrecía seguro abrigo a los ciervos y jabalíes, que vagaban por aquellas soledades en número prodigioso.

Aconteció una vez que, habiendo salido el señor de Borja, rodeado de sus más hábiles ballesteros, sus pajes y sus ojeadores, a recorrer esta parte de sus dominios, en busca de la caza en que era tan abundante, sobrevino la tarde sin que, cosa verdaderamente extraordinaria, dadas las condiciones del sitio, encontrasen una sola pieza que llevar a la vuelta de la jornada como trofeo de la expedición.

Dábase a todos los diablos don Pedro Atarés, y, a pesar de su natural prudencia, juraba y perjuraba que había de colgar de una encina a los cazadores furtivos, causa, sin duda, de la incomprensible escasez de reses que, por vez primera, notaba en sus cotos; los perros gruñían cansados de permanecer tantas horas ociosos atados a la trailla²⁸⁸; los ojeadores, roncós de vocear en balde, volvían a reunirse a los mohínos ballesteros, y todos se disponían a tomar la vuelta del castillo para salir de lo más espeso del carrascal, antes que la noche cerrase, tan oscura y tormentosa como lo auguraban las nubes suspendidas sobre la cumbre del vecino Moncayo, cuando, de repente, una cierva²⁸⁹, que parecía haber estado oyendo la conversación de los cazadores oculta por el follaje, salió de entre las matas más cercanas y, como burlándose de ellos, desapareció a su vista para ir a perderse entre el laberinto del monte. No era aquella, seguramente, la hora más a propósito para darla caza, pues la oscuridad del crepúsculo, aumentada por la sombra de las nubes, que poco a poco iban entoldando el cielo, se hacía cada vez más densa; pero el señor de Borja, a quien desesperaba la idea de volverse con las manos vacías de tan lejana excursión, sin hacer alto en las observaciones de los más experimentados, dio apresuradamente la orden de arrancar en su seguimiento y, mandando a los ojeadores por un lado y a los ballesteros por otro, salió a brida suelta y seguido de sus pajes, a quienes pronto dejó rezagados en la furia de su carrera tras la imprudente res que de aquel modo parecía haber venido a burlársele en sus barbas.

Como era de suponer, la cierva se perdió en lo más intrincado del monte, y a la media hora de correr en busca suya, cada cual en una dirección diferente, así don Pedro Atarés, que se había quedado completamente solo, como los menos conocedores del terreno de su comitiva, se encontraron perdidos en la espesura. En este intervalo cerró la noche, y la tormenta, que durante toda la tarde se estuvo amasando en la cumbre del Moncayo, comenzó a descender lentamente por su falda y a tronar y a relampaguear, cruzando

las llanuras como en un majestuoso paseo. Los que las han presenciado pueden solos figurarse toda la terrible majestad de las repentinas tempestades que estallan a aquella altura, donde los truenos, repercutidos por las concavidades de las peñas, las ardientes exhalaciones, atraídas por la frondosidad de los árboles, y el espeso turbión de granizo congelado por las corrientes de aire frío e impetuoso, sobrecogen el ánimo hasta el punto de hacernos creer que los montes se desquician, que la tierra va a abrirse debajo de los pies o que el cielo, que cada vez parece estar más bajo y ser más pesado, nos oprime como con una capa de plomo. Don Pedro Atarés, solo y perdido en aquellas inmensas soledades, conoció tarde su imprudencia, y en vano se esforzaba para reunir en tomo suyo a su dispersa comitiva; el ruido de la tempestad que de cada vez se hacía mayor, ahogaba sus voces.

Ya su ánimo, siempre esforzado y valeroso, comenzaba a desfallecer ante la perspectiva de una noche eterna, perdido en aquellas soledades y expuesto al furor de los desencadenados elementos; su noble cabalgadura, aterrorizada y medrosa, se negaba a proseguir adelante, inmóvil y como clavada en la tierra, cuando, dirigiendo sus ojos al cielo, se escapó, involuntario, de sus labios una piadosa oración a la Virgen, a quien el cristiano caballero tenía costumbre de invocar en los más duros trances de la guerra, y que en más de una ocasión le había dado la victoria.

La Madre de Dios oyó sus palabras y descendió a la Tierra para protegerle²⁹⁰. Yo quisiera tener la fuerza de imaginación bastante para poderme figurar cómo fue aquello. Yo he visto, pintadas por nuestros más grandes artistas, algunas de esas místicas escenas; yo he visto, y usted habrá visto también, a la misteriosa luz de la gótica catedral de Sevilla, uno de esos colosales lienzos en que Murillo²⁹¹, el pintor de las santas visiones, ha intentado fijar, para pasmo de los hombres, un rayo de esa diáfana atmósfera en

que nadan los ángeles como en un océano de luminoso vapor; pero allí es necesaria la intensidad de las sombras en un punto del cuadro para dar mayor realce a aquel en que se entreabren las nubes como con una explosión de claridad²⁹²; allí pasada la primera impresión del momento, se ve el arte luchando con sus limitados recursos para dar idea de lo imposible.

Yo me figuro algo más, algo que no se puede decir con palabras ni traducir con sonidos o con colores. Me figuro un esplendor vivísimo que todo lo rodea, todo lo abrillanta; que, por decirlo así, se compenetra en todos los objetos y los hace aparecer como de cristal, y en su foco ardiente, lo que pudiéramos llamar la luz dentro de la luz. Me figuro cómo se iría descomponiendo el temeroso fragor de la tormenta en notas largas y suavísimas, en acordes distantes, en rumor de alas, en armonías extrañas de cítaras y salterios²⁹³; me figuro ramas inmóviles, el viento suspendido, y la tierra, estremecida de gozo, con un temblor ligerísimo, al sentirse hollada otra vez por la divina planta de la Madre de su Hacedor, absorta, atónita y muda, sostenerla por un instante sobre sus hombros.

Me figuro, en fin, todos los esplendores del cielo y de la tierra reunidos en un solo esplendor, todas las armonías en una sola armonía, y en mitad de aquel foco de luz y de sonidos, la celestial Señora, resplandeciendo como una llama más viva que las otras resplandece entre las llamas de una hoguera, como dentro de nuestro sol brillaría otro sol más brillante²⁹⁴.

Tal debió aparecer la Madre de Dios a los ojos del piadoso caballero, que, bajando de su cabalgadura y postrándose hasta tocar el suelo con la frente, no osó levantarlos mientras la celeste visión le hablaba, ordenándole que en aquel lugar erigiese un templo en honra y gloria suya.

El divino éxtasis duró cortos instantes; la luz se comenzó a debilitar, como la de un astro que se eclipsa, la armonía se apagó, temblando sus notas en el aire, como el último eco de una música lejana, y don Pedro Atarés, lleno de un estupor indecible, corrió a tocar con sus labios el punto en que había puesto sus pies la Virgen²⁹⁵. Pero ¡cuál no sería su asombro al encontrar en él una milagrosa imagen²⁹⁶, testimonio real de aquel prodigio, prenda sagrada que, para eterna memoria de tan señalado favor, le dejaba al desaparecer la celestial Señora!

A esta sazón, aquellos de sus servidores que habían logrado reunirse y que, después de haber encendido algunas teas, recorrían el monte en todas direcciones haciendo señales en las tropas de ojeo²⁹⁷, a fin de encontrar a su señor por entre aquellas intrincadas revueltas donde era de temer le hubiera acontecido una desgracia, llegaron al sitio en que acababa de tener lugar la maravillosa aparición. Reunida, pues, la comitiva y conocedores todos del suceso, improvisáronse unas andas con las ramas de los árboles, y, en piadosa procesión, llevando los caballos del diestro e iluminándola con el rojizo resplandor de las teas, llevaron consigo la milagrosa imagen hasta Borja, en cuyo histórico castillo entraron al mediar la noche.

Como puede presumirse, don Pedro Atarés no dejó pasar mucho tiempo sin realizar el deseo que había manifestado la Virgen. Merced a sus fabulosas riquezas, se allanaron todas las dificultades que parecían oponerse a su erección, y el suntuoso monasterio, con su magnífica iglesia, semejante a una catedral, sus claustros imponentes y sus almenados muros, levantóse como por encanto en medio de aquellas soledades.

San Bernardo²⁹⁸ en persona vino a establecer en él la comunidad de su Regla y a asistir a la traslación de la milagrosa imagen desde el castillo de Borja, donde había estado cus-

todiada, hasta su magnífico templo de Veruela, a cuya solemne consagración asistieron seis prelados y estuvieron presentes muchos magnates y príncipes poderosos, amigos y deudos de su ilustre fundador, don Pedro Atarés, el cual, para eterna memoria del señalado favor que había obtenido de la Virgen, mandó colocar una cruz y la copia de su divina imagen en el mismo lugar en que la había visto descender del cielo. Este lugar es el mismo de que he hablado a usted al principio de esta carta, y que todavía se conoce con el nombre de La Aparecida.

Yo oí por primera vez referir la historia que a mi vez he contado, al pie del humilde pilar que la recuerda, y antes de haber visto el monasterio, que ocultaban aún a mis ojos las altas alamedas de árboles, entre cuyas copas se esconden sus puntiagudas torres.

Puede usted, pues, figurarse con qué mezcla de curiosidad y veneración traspasaría luego los umbrales de aquel imponente recinto, maravilla del arte cristiano, que guarda aún en su seno la misteriosa escultura, objeto de ardiente devoción por tantos siglos, y a la que nuestros antepasados, de una generación en otra, han tributado sucesivamente las honras más señaladas y grandes. Allí, día y noche, y hasta hace poco, ardían delante del altar en que se encontraba la imagen, sobre un escabel²⁹⁹ de oro, doce lámparas de plata que brillaban, meciéndose lentamente, entre las sombras del templo, como una constelación de estrellas; allí los piadosos monjes, vestidos de sus blancos hábitos, entonaban a todas horas sus alabanzas en un canto grave y solemne, que se confundía con los amplios acordes del órgano; allí, los hombres de armas del monasterio, mitad templo, mitad fortaleza; los pajes del poderoso abad y sus innumerables servidores, la saludaban con ruidosas aclamaciones de júbilo, y como a la hermosa castellana de aquel castillo, cuando, en los días clásicos, la sacaban un momento por sus patios, coronados de almenas, bajo un palio³⁰⁰ de tisú³⁰¹ y pedrería.

Al penetrar en aquel anchuroso recinto, ahora mudo y solitario; al ver las almenas de sus altas torres caídas por el suelo, la hiedra serpenteando por las hendiduras de sus muros y las ortigas y los jaramagos que crecen en montón por todas partes, se apodera del alma una profunda sensación de involuntaria tristeza. Las enormes puertas de hierro de la torre se abren, rechinando sobre sus enmohecidos goznes, con un lamento agudo, siempre que un curioso viene a turbar aquel alto silencio, y dejan ver el interior de la abadía, con sus calles de cipreses, su iglesia bizantina en el fondo y el severo palacio de los abades. Pero aquella otra gran puerta del templo, tan llena de símbolos incomprensibles y de esculturas extrañas, en cuyos sillares han dejado impresos los artífices de la Edad Media los signos misteriosos de su masónica hermandad³⁰², aquella gran puerta que se colgaba un tiempo de tapices y se abría de par en par en las grandes solemnidades, no volverá a abrirse, ni volverá a entrar por ella la multitud de los fieles convocados al son de las campanas que volteaban alegres y ruidosas en la elevada torre. Para penetrar hoy en el templo es preciso cruzar nuevos patios, tan extensos, tan ruinosos y tan tristes como el primero, internarse en el claustro procesional, sombrío y húmedo como un sótano, y dejando a un lado las tumbas en que descansan los hijos del fundador, llegar hasta un pequeño arco que apenas si en mitad del día se distingue entre las sombras eternas de aquellos medrosos pasadizos, y donde una losa negra, sin inscripción y con una espada groseramente esculpida, señala el humilde lugar en que el famoso don Pedro Atarés quiso que reposasen sus huesos³⁰³.

Figúrese usted una iglesia tan grande y tan imponente como la más imponente y más grande de nuestras catedrales. En un rincón, sobre un magnífico pedestal labrado de figuras caprichosas, y formando el más extraño contraste, una pequeña jofaina de loza, de la más basta de Valencia, hace las veces de pila para el agua bendita; de las robustas bóvedas cuelgan aún las cadenas de metal que sostuvieron las lámparas, que ya han des-

aparecido; en los pilares se ven las estacas y las anillas de hierro de que pendían las colgaduras de terciopelo franjado de oro, de las que sólo queda la memoria; entre dos arcos existe todavía el hueco que ocupaba el órgano; no hay vidrios en las ojivas que dan paso a la luz; no hay altares en las capillas; el coro está hecho pedazos; el aire, que penetra sin dificultad por todas partes, gime por los ángulos del templo, y los pasos resuenan de un modo tan particular, que parece que se anda por el interior de una inmensa tumba. Tal es el efecto que produce la iglesia del monasterio cuando por primera vez se traspasan sus umbrales³⁰⁴.

Allí, sobre un mezquino altar hecho de los despedazados restos de otros altares, recogidos por alguna mano piadosa, y alumbrado por una lamparilla de cristal con más agua que aceite, cuya luz chisporrotea próxima a extinguirse, se descubre la santa imagen, objeto de tanta veneración en otras edades, a la sombra de cuyo altar duermen el sueño de la muerte tantos próceres ilustres, a la puerta de cuyo monasterio dejó su espada, como en señal de vasallaje, un monarca español, que atraído por la fama de sus milagros, vino a rendirle, en época no muy remota, el tributo de sus oraciones. De tanto esplendor, de tanta grandeza, de tantos días de exaltación y de gloria, sólo queda ya un recuerdo en las antiguas crónicas del país y una piadosa tradición entre los campesinos, que de cuando en cuando atraviesan con temor los medrosos claustros del monasterio para ir a arrodillarse ante Nuestra Señora de Veruela, que para ellos, así en la época de su grandeza como en la de su abandono, es la santa protectora de su escondido valle.

En cuanto a mí, puedo asegurar a usted que en aquel templo abandonado y desnudo, rodeado de tumbas silenciosas, donde descansan ilustres próceres, sin descubrir, al pie del ara que la sostiene, más que las mudas e inmóviles figuras de los abades muertos, esculpidas groseramente sobre las losas sepulcrales del pavimento de la capilla, la mi-

lagrosa imagen, cuya historia conocía de antemano, me infundió más hondo respeto, me pareció más hermosa, más rodeada de una atmósfera de solemnidad y de grandeza indefinibles que otras muchas que había visto antes en retablos churriguerescos³⁰⁵, muy cargadas de joyas ridículas, muy alumbradas de luces en forma de pirámides y de estrellas, muy engalanadas con profusión de flores de papel y de trapo.

A usted, y a todo el que sienta en su alma la verdadera poesía de la religión, creo que le sucedería lo mismo.

NOTAS

- 1** Publicada sin firma en El Contemporáneo el 3 de mayo de 1864.
- 2** El «valle de Veruela», por el que discurre el río Huecha, se encuentra situado en el Somontano aragonés del Moncayo y pertenece al municipio de Vera de Moncayo, en cuyas cercanías se encuentra situado el monasterio cisterciense de Santa María de Veruela. Como queda explicado en la «Introducción» a mediados del siglo xix era frecuentado durante los meses veraniegos por familias menestrales zaragozanas.
- 3** Distintos lugares madrileños evocados desde la distancia: El Congreso de los Diputados en la Carrera de San Jerónimo al que acudían los periodistas a realizar sus tareas de información política.
La redacción de su periódico —El Contemporáneo— donde se publican las cartas.
El Teatro Real ocupaba entonces el centro de la vida teatral y musical española. Gran aficionado a la ópera, Gustavo Adolfo lo frecuentó en aquellos años y hasta colaboró con músicos vinculados a él. En particular con Joaquín Espín y Guillén, con cuya hija Julia mantuvo una intensa relación. Sobre éste, véase Jerónimo Rubio, «Un músico olvidado: Joaquín Espín y Guillén», Celtiberia, 4, 1952, págs. 208-238. Para las relaciones de Gustavo Adolfo con su familia, mi ensayo, «Gustavo Adolfo Bécquer y Julia Espín: Los álbumes de Julia», El gnom, boletín de estudios becquerianos, 6, 1997, págs. 133-271. Las relaciones de Bécquer con la música: Andrés Moreno Mengíbar, «La formación operística de Gustavo Adolfo Bécquer: Los años sevillanos (1848-1854)», El gnom, boletín de estudios becquerianos, 6, 1997, págs. 59-90. Josefina García, Music as a formative ele-

ment in Gustavo Adolfo Bécquer's prose works, University of Texas at Dallas, 1987. Celsa Alonso, *La Canción Lírica Española en el siglo xix*, Madrid, Publicaciones del Instituto Complutense de Ciencias Musicales, 1998. Y «La poesía prebecqueriana y becqueriana: el fermento de un lied español», Homenaje a José María Martínez Cachero. Investigación y crítica, Universidad de Oviedo, 2000, págs. 41-61.

La Iberia, fundado en 1854, era uno de los periódicos progresistas más importantes. Gustavo Adolfo tuvo algún contacto polémico con el mismo a raíz de la publicación de una feroz crítica de Juan de la Rosa González sobre la zarzuela *La cruz del valle*, escrita en colaboración con Luis García Luna bajo el seudónimo de «Adolfo García». Véase Robert Pageard, «Bécquer et La Iberia», *Bulletin Hispanique*, 56, 1954, págs. 408-414.

- 4 andante: Composición musical que se ejecuta con movimiento moderadamente lento.
- 5 carrasca: Encina utilizada como combustible. Los montes cercanos al monasterio abundan en esta especie leñosa de intenso poder calorífico y lenta combustión. Véase L. García-Amorena Sánchez, «Vegetación leñosa del Somontano del Moncayo», *Tvriaso*, IX.I, 1989, págs. 433-442.
- 6 zagalejo: Refajo que llevaban las mujeres entre las enaguas y la saya exterior.
- 7 abarcas: Calzado rústico de cuero. Grabados sobre dibujos de Valeriano Bécquer como «La pastora» (El Museo Universal, 29-X-1865) o «Costumbres aragonesas. Una rondalla» (El Museo Universal, 21-III-1869) muestran que era el calzado habitual en la época.
- 8 cierzo: Viento característico del Valle del Ebro y aledaños. Es seco y frío; y circula de Norte a Sur.
- 9 Este drama figura entre los predilectos de Bécquer por su carácter fantástico. Al parecer, no se había traducido todavía al español por lo que debió leerlo en otra lengua de las que tenía conocimiento: francés, italiano o quizás inglés.

Gustavo Adolfo fue asiduo lector de Shakespeare: al final de la carta VIII cita Macbeth al aludir a las brujas y Hamlet fue una de sus fijaciones literarias y hasta personales. Véase Jesús Rubio Jiménez, «Bécquer y Hamlet», *El gnomon*, boletín de estudios becquerianos, 4, 1995, págs. 74-100.
- 10 Este drama simbólico subtítulo «misterio» tampoco parece haber sido traducido al español antes de 1871. Caín figura entre las obras importantes que el romanticismo dedicó al tema del satanismo y la rebeldía románticas.

El conocimiento de la obra de Byron por parte de Bécquer ha sido objeto de larga discusión, pero parece haber sido una de sus lecturas frecuentadas. Augusto Ferrán fue uno de sus mentores también en este aspecto y se han podido señalar numerosas concomitancias entre las *Melodías hebreas* —que Ferrán tradujo— y distintas *Rimas*. Entre los restos de la biblioteca de Ferrán hallados en Vera de Moncayo se encuentra justamente una edición inglesa de las *Obras* de Byron.

Véanse, al menos, W. S. Hendrix, «Las Rimas de Bécquer y la influencia de Byron», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XCVIII, 1931, págs. 850-894. Rubén Benítez, «Las rimas como orientales», en Bécquer. Origen y estética de la modernidad, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 1995, págs. 175-200. Jesús Costa, «La influencia de Lord Byron en Gustavo Adolfo Bécquer y Augusto Ferrán», en el mismo volumen, págs. 303-316.

- 11** Todavía muchos años más tarde se le recordaba en la zona paseando con su escopeta o pintando. Véase, «Mefisto», «La ruta de Bécquer. La celda del poeta», *La Ilustración Española y Americana* (30-X-1919). Los perros que comparecen en algunos dibujos pueden tener que ver con esta afición (EV, 64).
- 12** Se fundó en diciembre de 1860, siendo su director José Luis Albareda. Bécquer fue redactor del mismo desde su comienzo hasta 1865. Las cartas Desde mi celda están dirigidas a sus compañeros de redacción y a sus lectores ya familiarizados con su escritura. Sobre este periódico y la presencia de Bécquer en sus páginas, véase especialmente, Robert Pageard, Bécquer. Leyenda y realidad, ob. cit., págs. 286-362.
- 13** Danaidas: O Danaides, hijas de Dánao, rey de Argos, que fueron condenadas a verter agua en una vasija sin fondo por haber matado a sus esposos la misma noche de sus bodas.
- 14** El ferrocarril revolucionó las formas de viajar. Dio lugar a abundante literatura en la que Bécquer es pionero. Las impresiones que registra dan cuenta del impacto psicológico que suponía el nuevo medio de viaje.
No mucho después de estas cartas daría lugar a un hermoso ensayo, «Caso de ablativo...» (*El Contemporáneo*, 21-VIII-1864).
Véase la bibliografía aducida al respecto en la «Introducción», notas 144 y 145, esta última para las diligencias.
- 15** simón: Coche de caballos de alquiler; su nombre es metonimia del de Simón Torné Santos, empresario del gremio cuyos coches alcanzaron celebridad.
- 16** al en que yo me había colocado: Esta forzada construcción sintáctica aparece igual en todas las ediciones consultadas.
- 17** fruncida: Afectada. De fruncir: «Afectar compostura, modestia y encogimiento» (Darío Villanueva, ed. cit., pág. 89 nota).
- 18** vis-à-vis: Expresión francesa, «cara a cara».
- 19** touriste: Anglicismo muy extendido en francés de donde lo tomó el español. Gustavo Adolfo realiza un retrato caricaturesco del tipo del viajero inglés frecuente en la época y que dio lugar a abundante literatura costumbrista.

- 20** vaqueta: Cuero de piel de buey o vaca, una vez curtido.
- 21** piel de Rusia: «Cuero fino y aromatizado por haberse curtido con aceite de abedul, un árbol típico de la taiga rusa» (en María Paz Díez Taboada, ed. cit., pág. 66).
- 22** gentleman: Caballero, en inglés.
- 23** El tipo del alcalde es uno más de los tópicos costumbristas a los que Bécquer echa mano. Valeriano ofreció su imagen plástica en uno de los grabados de El Musec Universal (12-VIII-1866): «El alcalde, tipo aragonés».
- Incorporó el tipo también en el cuadro El presente, remitido al Museo de la Trinidad por aquellas fechas. Véase, Viajeros románticos en el monasterio de Veruela, ob. cit., págs. 106-107.
- 24** Tudela: ciudad navarra situada en la Ribera del Ebro. Constituía el centro de una comarca agrícola próspera y un relevante punto en las comunicaciones.
- 25** habanera: Danza y canción de compás binario simple y ritmo lento, propia de La Habana, pero de gran popularidad en España.
- 26** pupilo: Persona que se hospeda en una casa particular por un precio módico.
- 27** Medinaceli: Población situada al sur de la provincia de Soria. Situada en lo alto de una montaña —de ahí su nombre— fue importante enclave romano y árabe.
- 28** wagon: Mantiene Bécquer en esta ocasión el moderno anglicismo para referirse al coche del tren.
- 29** La cita evangélica corresponde a Mateo, 25, 1-13.
- 30** regidor: Edil o concejal de un municipio.
- 31** Bécquer describe en este largo párrafo uno de sus estados preferidos: la duermevela, propicia tanto para las pesadillas como para las ensoñaciones felices.
- 32** wagon: Villanueva —ed. cit., pág. 94—, no utiliza la cursiva; sí, Romero Tobar, acentuada: wagón. Otras ediciones presentan el término completamente castellanizado: wagón. Preferimos al igual que antes, wagon (nota 28).
- En Díez Taboada, ed. cit., págs. 71-72, extrañamente ha desaparecido el párrafo: «Era completamente de día...a una fonda cualquiera.»
- 33** ínfulas: Pretensiones vanas.
- 34** parador: No es fácil diferenciar los matices con los términos siguientes: fonda y posada. Parece referirse en todo caso al lugar desde donde partían las diligencias.

- 35** campanillazo de las colleras: Campanilleo de las colleras. Estos collares de cuero rellenos de borra o paja solían decorarse con campanillas, que producían un peculiar sonido mientras la diligencia se movía.
- 36** Tarazona: Uno de los centros —el otro sería Borja— de la comarca del Somontano aragonés del Moncayo, la Iturri-Asso ibérica o la Turiaso romana. Es una bella ciudad, rica en monumentos, que atrajo la atención de Gustavo Adolfo que llegará a compararla poco después con Toledo por sus calles estrechas y empinadas y su mezcla de estilos arquitectónicos. Comprendía en la época unas 1200 casas. Contaba con 1.350 vecinos y 6.413 habitantes. Había talleres de alpargataría y tejidos (paños y bayetas), una fábrica de curtidos, 11 molinos de aceite y 12 de harina, pero su actividad era sobre todo agrícola y comercial. El Diccionario de Pascual Madoz, del que extracto estos datos, señalaba que en el momento de hacerse la encuesta, con todo, sus caminos eran «malísimos» y que «las carreteras que hay para las comunicaciones con Navarra, Castilla y Aragón están abandonadas»; recomendaba se arreglaran y añadía que contaba con 3 correos de la capital y otros 3 de Castilla a la semana.
- 37** mayoral: «En las galeras, diligencias y otros carruajes, el que gobierna el tiro de mulas o caballos» (DRAE).
- 38** pescante: Asiento exterior y delantero de los carruajes desde el que el mayoral gobernaba el tiro.
- 39** marmolillo: Guardacantón, poste de piedra para resguardar de los carruajes las esquinas de los edificios.
- 40** ómnibus: Carruaje público de gran capacidad para llevar pasajeros.
- 41** cecina de mujer: La cecina es carne de buey o cabra seca; aplicado aquí a esta mujer parece querer decir que se encuentra bien conservada.
- 42** chanzas: Bromas.
- 43** engolfado: Metido completamente en el camino.
- 44** echar un taco: Bocado y comida muy ligera que se toma fuera de las horas de comer. Es expresión aún habitual en La Ribera del Ebro.
- 45** azumbre: Antigua medida de líquidos equivalente a cuatro cuartillos, es decir, a dos litros y dieciséis mililitros.
- 46** timbres heráldicos: Escudos de armas de los propietarios de los edificios.
- 47** un medio punto: Aféresis por «un arco de medio punto».

- 48** clave: La piedra con que se cierra el arco o bóveda.
- 49** surmontado: Galicismo utilizado en heráldica. De surmonter, «coronar; alzarse sobre algo».
- 50** almagre: «Óxido rojo de hierro, más o menos arcilloso, abundante en la naturaleza, y que suele emplearse en la pintura» (DRAE).
- 51** ojiva: Arco apuntado.
- 52** Los arcos chatos o rebajados son aquellos cuya altura del vértice de la curva es menor que la mitad de la luz o distancia horizontal entre los dos apoyos del mismo. Arco macizo se considera aquel que no está formado por dovelas sino por una sola pieza.
- 53** enjalmas: O jalmas, son las albardas de las caballerías de carga.
- 54** pellejos de vino: Odres o cueros cosidos para contener y transportar vino o aceite.
- 55** trajinantes: O trajineros, al igual que los arrieros eran quienes con sus bestias de carga se dedicaban al transporte de mercancías.
- 56** rucio: De color pardo claro o canoso.
- 57** Purujosa: Situada en un terreno muy montañoso, era una pequeña población de unas 60 casas, 22 vecinos y 105 habitantes. Sus caminos eran «de herradura y malos». Sus gentes vivían de las labores agrícolas, ganaderas y del «carboneo» (Diccionario de Pascual Madoz).
- 58** Moncayo: Sobre el significado de esta montaña en la obra becqueriana, véase lo señalado en la «Introducción».
- 59** atalajado: Atalajar, «Poner el atalaje a las caballerías de tiro o engancharlas» (DRAE). Bécquer, según Darío Villanueva —ed. cit., pág. 102 nota— lo emplea en sentido figurado, indicando que por su inexperiencia no cabalga en el sentido estricto de la palabra, sino que va «atalajado», «enganchado a su montura».
- 60** Con la mención de la Inquisición y del «rey absoluto» —con toda probabilidad Fernando VII (1784-1833)— se refiere sobre todo al país antes de la introducción de los nuevos medios de locomoción mencionados y usados antes en la carta: el ferrocarril y la diligencia.
- 61** Retoma sus reflexiones sobre la imaginación y la fantasía. Al calificarla como «una loca» retoma la expresión que Malebranche aplicó despectivamente a santa Teresa de Jesús según ha recordado Romero Tobar, ed. cit., pág. 1077 nota. La consideración negativa de la imaginación responde a teorías tradicionales del conocimiento frente a la valoración positiva que adquirió esta facultad de mano de

los escritores románticos. Véase, al menos, Leonardo Romero Tobar, «Bécquer, fantasía e imaginación», en *Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo»*, ed. cit., págs. 171-198.

- 62** «Aquí Jerusalén se ve surgiendo», es el quinto verso de la tercera octava del Canto Tercero de *Gerusalemme liberata* (1575-1581), de Torquato Tasso (1544-1595), el gran poema épico italiano que tuvo gran eco en España durante los Siglos de Oro. Su prestigio se mantenía vivo en el siglo xix. Bécquer pone en boca de los cruzados la frase que pertenece en realidad a la voz del narrador.
- 63** vetustas: Antiguas.
- 64** La carta se publicó en *El Contemporáneo* el 12 de mayo de 1864. De nuevo el contraste entre Madrid (objetivado en la llegada de *El Contemporáneo*) y Veruela marca la pauta de la escritura.
- 65** un asunto cualquiera: Escribir sobre «cualquier cosa» es una de las expresiones habituales en Bécquer para explicar el punto de partida de sus reflexiones. Llegó a tener en *El Contemporáneo* una sección con este título. Véase Marie-Linda Ortega, «Cualquier cosa: De la autoría en Bécquer», *El gnomon*, boletín de estudios becquerianos, 6, 1997, págs. 91-114.
- 66** domine de lugar: El maestro o preceptor de gramática latina. Con el tiempo llegó a denominar simplemente al maestro de escuela. Valeriano Bécquer dedicó uno de sus grabados al tema: «Cosumbres de Aragón. La salida de la escuela», *El Museo Universal* (15-X-1865). En él se ve a un viejo domine incapaz de dominar a la chiquillería. Como tipo costumbrista había sido recogido antes en Los españoles pintados por sí mismos. De nuevo se advierten la preocupación por la imaginación y la dificultad para convertir en lenguaje las ideas.
- 67** veguero: Cigarro puro, que está fabricado con una sola hoja de tabaco enrollada.
- 68** ribazos: Terraplenes de tierra que separan bancales, salvando los desniveles del terreno.
- 69** La Cruz negra de Veruela: Constituye uno de los elementos identificadores del monasterio que mayor difusión ha tenido, entre otras razones, por las referencias becquerianas y por el grabado realizado sobre dibujo de Valeriano Bécquer, que publicó *El Museo Universal* (18-III-1866): «El monasterio de Santa María de Veruela».
- 70** La pequeña ermita a que se refiere se trata de La Aparecida. Se encuentra en las cercanías del monasterio y fue construida en el lugar donde tuvo lugar la aparición mariana. Véanse nuestras anotaciones a la carta novena.
- 71** halda: Falda. Para Darío Villanueva —ed. cit., pág. 108, nota—, Bécquer prefiere la forma arcaica y remite también a la carta III. Sin embargo, hasta no hace muchos años se denominaba así en aquella zona a un largo delantal, que las mujeres llevaban sobre la falda.

- 72** Una vez más, Gustavo Adolfo mezcla lo visto con lo imaginado. En el «creo distinguir confusamente» se halla la clave de su escritura: el balanceo y la ambigüedad permanentes.
- 73** La carabina de Ambrosio: se dice familiarmente de las cosas que valen poco o nada. Darío Villanueva, ed. cit., pág. 110 nota, adujo la explicación de Luis Montoto en *Personajes, personas y personillas* que corren por las tierras de ambas Castillas (Sevilla, 1921, t. I, págs. 72-73): «Por vía de contezuelo, ahí va lo que leí en el periódico *Por esos mundos*, Madrid, 1900: “Ambrosio fue un labriego que existió en Sevilla a principios de siglo. Como las cuestiones agrícolas no marchaban bien a su antojo, decidió abandonar los aperos de labranza y dedicarse a salteador de caminos, acompañado solamente por una carabina. Pero como su candidez era proverbial en el contorno, cuantos caminantes detenía lo tomaban a broma, obligándolo así a retirarse de nuevo a su lugar, maldiciendo de su carabina, a quien achacaba la culpa de imponer poco respeto a los que él asaltaba.” Es este el origen verdadero de la popular frase.»
- 74** Son distintos periódicos que se añaden a los citados antes en la carta primera. El *Diario Español* había sido fundado en 1852 y sobrevivió hasta 1868. Su ideología era moderada.
- El *Pensamiento Español*, por contra, era conservador. Había sido fundado en 1860 por Gabino Tejado y fue dirigido después por el ultracatólico Francisco Navarro Villoslada.
- Como periodista político en el Congreso presentó Roberto Robert a Gustavo Adolfo en El Museo Universal (8-I-1865): «Allí Rubio, Cardaño, Picatoste, Ortega, Jurá, Matet, Valdespino, Bécquer y otros muchos compañeros míos, se perfeccionan en el arte de explicarle al público una misma cosa treinta veces, de modo que cada vez parezca una cosa nueva.»
- 75** tronada: «Tempestad de truenos» (DRAE).
- 76** bizantina: Durante el siglo xix era término habitual para denominar construcciones románicas por los elementos del arte de Bizancio que utiliza. La referencia desde el punto de vista arquitectónico, sin embargo, no parece muy precisa, ya que la torre principal de la iglesia es posterior. Existe no obstante también un pequeño campanario del siglo xiii.
- 77** Somontano: se refiere a la comarca que rodea al monasterio, formada por las estribaciones del Moncayo y en la que se avistan diversos pueblos (Vera, Trasmoz, Alcalá de Moncayo, Añón), que comparecerán singularizados en las cartas. Gustavo Adolfo acentúa la visión romántica de los lugares haciendo el paisaje más abrupto de lo que es en realidad. Al presentarlos «colgados como el nido de un águila» trata de engrandecer sus emplazamientos, siguiendo la conocida técnica de pintores como David Roberts, que se difundió en España a partir de los años treinta justamente desde Sevilla.
- La idealización alcanza también a la sinfonía de campanas lugareñas que evoca. Se puede contrastar con las patéticas campanas madrileñas ofrecidas en «La noche de difuntos», El Museo Universal (29-X-1865).

- 78** dentellada: Como si tuviera dientes por la apariencia que le dan las almenas de la muralla.
- 79** timbrados: Con escudos de armas correspondientes a los grandes abades que impulsaron su mayor construcción en el siglo xvi, fray Hernando de Aragón (1535-1539) y fray Lope Marco (1539-1560).
- 80** bastiones: Baluartes, obras de fortificación exteriores a las murallas para su mejor defensa.
- 81** saeteras: Ventanillas muy estrechas por la parte exterior y anchas por el interior desde las que se podían arrojar saetas.
- 82** Cubos de muralla: Todo el recinto del monasterio se halla rodeado por una alta muralla almenada salpicada de cubos. Fue construida definitivamente en el siglo xvi, sobre todo entre 1541 y 1553 a partir de la torre del homenaje, un elemento defensivo de fines del siglo xiii recrecido después. Véase Jesús Criado Mainar, «La cerca del monasterio de Veruela (1541-1553). Estudio documental y arquitectónico», *Tvriaso*, XII, 1995, págs. 53-72. Una descripción actualizada del conjunto puede leerse en *Monasterio de Veruela. Guía histórica*, Diputación de Zaragoza, 1993 y reediciones. Coord. de Jesús Criado Mainar.
- 83** Se refiere a la portada de la iglesia del monasterio, muy austera y de estilizados capiteles como corresponde a una fase temprana del románico.
- 84** Bécquer confunde la disposición de los elementos arquitectónicos que menciona. Si se sigue el recorrido de fuera hacia dentro se hallan justamente al revés. A mano derecha el Palacio Abacial, a la izquierda los muros de la huerta. El Palacio Abacial fue construido por el Abad fray Carlos Cerdán en la plaza grande del monasterio. Señaló el error descriptivo de Bécquer, Javier Delgado en su nota «(D)escribir Veruela», *Tvriaso*, XIII, 1996, págs. 277-278.
- 85** agachapado: Agazapado.
- 86** pilastras platerescas: Columnas cuadradas esculpidas con ornamentaciones. El plateresco fue estilo característico de la España del siglo xvi. Recibe este nombre porque aplica a la arquitectura de piedra las formas decorativas de los orfebres (Darío Villanueva, ed. cit., pág. 114 nota). Al haberse realizado importantes obras en el monasterio durante este siglo resulta natural encontrar algunas muestras platerescas en su arquitectura. Véase, Jesús Criado Mainar, «La construcción en el dominio verolense durante el segundo tercio del siglo xvi. I. Documentos», *Tvriaso*, VI, 1985, págs. 251-284.
- 87** bicha: «Figura fantástica en forma de mujer de medio cuerpo arriba y de pez u otro animal en la parte inferior; que entre frutas y follajes se emplea como objeto de ornamentación» (DRAE).
- 88** cariátides: «Cualquiera figura humana que en un cuerpo arquitectónico sirve de columna o pilastra» (DRAE). Bécquer realiza una descripción muy enfática de la portada.

- 89** Orden: El Císter.
- 90** endriago: Monstruo fabuloso, que reúne facciones humanas y de otros animales.
- El grandioso claustro del monasterio ofrece una gran riqueza artística. En aquellos años se encontraba semiabandonado. Valeriano Bécquer recogió muchas de aquellas figuras en sus álbumes la *Expedición de Veruela* e *Spanish Sketches*. Véase la «Introducción». Ha sido descrita en estudios como los siguientes: Javier Delgado, *Job en Veruela* (Esculturas del claustro gótico del monasterio de Veruela), Zaragoza, Ibercaja, col. Boira, 1996. Bernardo Lario Bielsa y Javier Delgado, «El huerto de piedra: flora esculpida en el claustro del monasterio de Veruela», *Tvriaso*, XI, 1993-1994, págs. 221-231. Javier Delgado y Bernardo Lario, *El huerto de piedra. Flora esculpida en el claustro gótico del Monasterio de Veruela*, Huesca, La Val de Onsera, 1998.
- 91** lucillo: «Urna de piedra en que suelen sepultarse algunas personas de distinción» (DRAE). Para Darío Villanueva —ed. cit., pág. 115 nota—, Bécquer se refiere más bien a nicho. El poeta se refiere a las tumbas de la sala capitular del monasterio donde se encuentran figuras en estas posiciones.
- 92** montante: Espada ancha y con gavilanes muy largos, que manejan los maestros de armas con ambas manos para separar las batallas en el juego de la esgrima.
- Una de las estatuas yacentes de las tumbas de la sala capitular se encuentra en efecto en esta posición y actitud (lado izquierdo). Es la tumba de Lope Ximénez, señor de Agón, del siglo xiii.
- 93** cogulla: El hábito o ropa exterior que visten varios religiosos monacales.
- Otra de las estatuas yacentes de las tumbas de la sala capitular se corresponde con esta descripción (lado derecho). Es la tumba del Abad fr. Sancho Marcilla, de finales del siglo xiv.
- Desde el claustro se pasaba al monasterio nuevo, de construcción más moderna y donde se hallaban las celdas de la hospedería. Su construcción se llevó a cabo en el siglo xvii, impulsado por fray Juan Ximénez Tabar y fray Bernardo López. Es una enorme estructura desplegada en torno a un patio claustral y contaba en principio dos alturas. Ya en el siglo xx, la Compañía de Jesús añadió un tercer piso. Se accedía a las celdas por una espectacular escalera barroca coronada por una cúpula concebida en su ornamentación como una alegoría de la orden bernarda. Véase J. C. Sancho Bas, P. L. Hernando Sebastián y M. R. Pérez Hernández, «Aportaciones al estudio del monasterio nuevo de Santa María de Veruela», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXXVII-XL, 1997-1998, págs. 35-106.
- 94** la compañía de Price: Darío Villanueva —ed. cit., pág. 116 nota— ofrece esta información tomada de *Mesonero Romanos* (Nuevo Manual de Madrid): «Circo ecuestre.—Mr. Paul Larribeau, el afortunado ecuyer transpirenaico, que vino a Madrid por primera vez en 1834 a suceder a la compañía gimnástica y de equitación de Mr. Aubillon, en el antiguo Circo (hoy teatro de ópera española) (...) supo captarse la afición y benevolencia del público madrileño con su indisputable inteligencia en la dirección de aquel espectáculo y la formación de compañías, en que han figurado los celeberrimos Auriol, Ratel,

John Leeds y sus hijos, PRICE, Martinetti, etcétera, hasta tal punto que hubo temporadas en que llegó a ser una diversión favorita de Madrid y el rendez-vous de la más brillante sociedad.»

La liberalización de la producción de espectáculos ocurrida desde los años cuarenta del siglo, en efecto, produjo una verdadera invasión de lo que algunos dieron en llamar despectivamente «literatura caballar» y los empresarios teatrales trataron de que fueran limitados. Véase al respecto Jesús Rubio Jiménez, «El teatro en el siglo xix (II), (1845-1900)», en *Historia del teatro en España*, t. II. Siglo xviii. Siglo xix, Madrid, Taurus, 1988, en especial, págs. 724-729, 748-750.

- 95** clowns: Bécquer mantiene el término inglés. Al igual que el circo ecuestre, los espectáculos de variedades alcanzaron gran difusión, actuando en Madrid mimos.
- 96** el Suizo: Se refiere al célebre café de la calle de Alcalá, esquina a Peligros. Fue lugar al que acudió Gustavo Adolfo con asiduidad según recordó Eusebio Blasco (en *Mis contemporáneos. Semblanzas varias*, 1886). Concurrían allí también Bernardo Rico, el dibujante Vallejo, los periodistas Luis Rivera, Roberto Robert, Luis García Luna, Ramón Rodríguez Correa, Julio Nombela; el pintor José Casado del Alisal o el poeta Eulogio Florentino Sanz.
- Cuando fue renovado en 1870, Gustavo Adolfo le dedicó un entusiasmado artículo, que es un canto a la modernización de la ciudad: «Madrid Moderno. Techo pintado por el señor Vallejo, con ornamentación de los señores Ferri y Busato, en el nuevo café Fornos», *La Ilustración de Madrid* (27-VI-1870).
- 97** La Fuente Castellana: El actual paseo de la Castellana, que entonces se llamó de «la Fuente Castellana» o «Delicias de Isabel II». Comparecerá con frecuencia en los artículos madrileños de Gustavo Adolfo —«El Retiro», «La Cruz de mayo»— o en él un amigo le comunica la historia de la leyenda «El aderezo de esmeraldas».
- 98** escotillón: Puerta o trampa cerradiza en el suelo, sobre todo en los teatros, para simular apariciones o desapariciones de los personajes u otros utensilios.
- 99** gaceta: «Parte de un periódico destinada a la inserción de noticias cortas» (DRAE).
- Como un eco o desarrollo de esta idea dirá en la carta tercera: «He aquí, hoy por hoy, todo lo que ambiciono: ser un comparsa en la inmensa comedia de la Humanidad y, concluido mi papel de hacer bulto, meterme entre bastidores sin que me silben ni me aplaudan, sin que nadie se aperciba siquiera de mi salida.»
- 100** Esta visión de la vida moderna como una danza grotesca es frecuente en la obra del poeta, también en sus dibujos. Así en las bizarreries que dedicó a Julia Espín. Véase mi ensayo «Gustavo Adolfo Bécquer y Julia Espín: Los álbumes de Julia», art. cit. Forma parte, en realidad, del imaginario romántico. Véase, por ejemplo, Reinhard Teichmann, «Larra: la danza macabra», en *Larra*, edición de Rubén Benítez, Madrid, Taurus, El escritor y la crítica, 1979, págs. 269-274.

- 101** Publicada en El Contemporáneo el 5 de junio de 1864 tras una recaída de Gustavo Adolfo en su enfermedad, constituye uno de los textos fundamentales de la obra becqueriana por la exposición de su poética que contiene. Ha sido comentada con gran detalle por Darío Villanueva en su edición (págs. 23-29) o por Juan María Díez Taoboda según he recordado en la «Introducción». La imprecisión con que se menciona el lugar y su aparente desconocimiento son ante todo una estrategia narrativa, pues contamos con el testimonio inequívoco —los dibujos de su hermano Valeriano— de que Gustavo Adolfo conocía Trasmoz desde hacía unos meses, al menos desde diciembre de 1863.

Desde Veruela se llega fácilmente a Trasmoz por una senda que atraviesa el yacimiento arqueológico celtibero de la Oruña y que, bordeando el vallecillo correspondiente, llega a los pies de la población.

- 102** torre del homenaje: Aquella en que el gobernador del castillo hacía juramento de guardar fidelidad y defender la fortaleza con valor. Suele ser la más fuerte y dominante del conjunto arquitectónico.

- 103** lienzo de muro: Cada trozo de muralla que corre en línea recta de cubo a cubo.

En efecto, el castillo de Trasmoz se encuentra muy deteriorado. El más completo estudio arqueológico del castillo de Trasmoz ha sido llevado a cabo por José Luis Corral: «El castillo de Trasmoz: Estudio arqueológico», *Tvriaso*, III, 1982, págs. 167-224. También «El sistema defensivo aragonés en la frontera occidental (Valle del Huecha; siglos xii al xv)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, IV, 1979, págs. 7-58. De excavaciones más recientes da cuenta en *El gnomon*, boletín de estudios becquerianos, 10, 2001.

- 104** bardales: Los vallados hechos con tierra y piedras y cubiertos con barda. Barda: Cubierta de sarmientos, paja, espinos o broza, que se pone asegurada con piedras o tierra en las tapias de los corrales o huertas.

Algunos dibujos de la Expedición de Veruela ofrecen vistas de Vera de Moncayo donde se destacan claramente estos bardales.

- 105** esquiloncillo: esquila. Es una campana pequeña que sirve para convocar a los actos de la comunidad en los conventos o en poblaciones reducidas.

En más de una ocasión, Gustavo Adolfo mostrará su atención por las campanas, que componen verdaderas sinfonías en su leyenda «El monte de las ánimas» o en el artículo «La noche de difuntos» (*El Museo Universal*, 29-X-1865), que comenta una amplia composición alegórica sobre el tema de Valeriano Bécquer en la que no falta el esquilon correspondiente, volteado por un esqueleto. Véase la nota 14 de la carta segunda.

- 106** pilarote: Pilar grueso de ladrillos para indicar la cercanía de lugar sagrado.

Valeriano Bécquer recogió en la Expedición de Veruela una acuarela de uno de ellos que bien pudiera corresponder al aquí citado.

- 107** arrebol: Color encarnado que se ponen las mujeres en el rostro.

- 108** filetes de relumbrones: Filetes o molduras formados con láminas de latón muy finas.
- 109** décimas: Estrofas de diez versos octosílabos y rima consonante. Por su redondez y brevedad se ajustan bien para la composición de epitafios.
- 110** siemprevivas: Reciben este nombre diversas especies de plantas que mantienen sus colores durante un tiempo.
- 111** El tema de los cementerios de aldea contaba con larga tradición según se ha visto en la «Introducción», pero Gustavo Adolfo logrará personalizarlo profundamente. Véase lo señalado allí al respecto. Con un carácter más general, Philippe Aries, *Western attitudes towards Death*, Baltimore, Johns Hopkins, 1974. Nigel Glendinning, «Lo gótico, lo funeral y lo macabro en la cultura española y europea del siglo xviii», *ALEUA*, 10, págs. 101-115.
- 112** despliega: Darío Villanueva —ed. cit., pág. 122 nota— ha señalado que Gustavo Adolfo conjuga mal este verbo, pues no solo se encuentra despliega en las cartas sino en varias leyendas, según comentó Rubén Benítez (*Leyendas. Apólogos y otros relatos*, Barcelona, 1974, pág. 139).
- 113** dragoncillos: Estragón, hierba de tallos delgados y ramosos; flores amarillas en cabezuelas pequeñas.
- 114** alcachoferas: No parece muy apropiado de la flora de los cementerios esta planta. Acaso estuviera pensando en alguna variedad de cardo frondoso y de gruesas flores.
- 115** Nuevamente emprende Bécquer un intento de explicar la poesía, señalando como de costumbre, la insuficiencia del lenguaje para llevarlo a cabo, transmitiendo «esa emoción sin ideas» sentida.
- 116** Gustavo Adolfo se remonta a su infancia y a Sevilla para evocar sus sueños de poeta. Es pasaje que ha sido muy comentado. Véanse, al menos, Rogelio Reyes Cano, *Sevilla en la obra de Bécquer*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1980. Michael Breidenbach, *Sevilla im Prosawerk von Gustavo Adolfo Bécquer: mit einer Zusammenfassung in Spanischer Sprache*, Colonia y Viena, Böhlau Verlag, 1991.
- 117** Rioja: Francisco de Rioja (Sevilla 1583-1659) destacó en el tema del desengaño presentado con sus poemas sobre las flores: «A la rosa», «Al clavel», «A la arbolera»...
- 118** Herrera: Fernando de Herrera (1534-1597) poeta petrarquista, anotador de Garcilaso, que demostró en sus poemas una gran pericia técnica. Cultivó la poesía amatoria y heroica. Entre sus elegías, la séptima recoge estos versos: «Betis, qu'al grande Océano ligero / con curso ufano contrastar porfías, / sin espantarte su semblante fiero, / con creciente mayor que la qu'envías / rebosa, i salgan del ondoso seno / tus Ninfas a ayudar las voces mías.»
- 119** penates: Dioses familiares entre los romanos. Bécquer se apropia del término para referirse a los poetas de la escuela andaluza renacentista y barroca con quienes se siente familiarizado.

- I20** Betis: Guadalquivir.
- I21** náyades: Las ninfas que presidían los ríos y las fuentes.
- I22** campanillas azules: Es uno de los motivos más recurrentes de la obra de Bécquer según estudió Juan María Díez Taboada, «El motivo de las azules campanillas en la obra de Gustavo Adolfo Bécquer», *Studia Hispanica in honorem Rafael Lapesa*, III, Madrid, Gredos, 1975, págs. 241-253.
- I23** la árabe torre: la Torre del Oro sevillana, construida por los almohades en 1220.
- I24** Los ecos de la poesía áurea resuenan en estos párrafos que, por otro lado, espejean con las Rimas en sus imágenes según ha anotado María Paz Díez Taboada en su edición. Así, aquí encuentra ecos de la égloga III de Garcilaso y de la rima V: «Yo corro tras las ninfas / que en la corriente fresca / del cristalino arroyo / desnudas juegetean» (vv. 41-44).
Pero lo decisivo es lo que viene después: el alejamiento de las ensoñaciones literarias, su situación en la ciudad moderna (Madrid) o en la Arcadia moderna tal como la he definido en la «Introducción».
- I25** comedias de magia: Piezas de gran espectacularidad, que gozaron de gran aceptación popular desde el siglo xviii. Se mantenía viva en tiempos de Bécquer.
- I26** Pero acaso nunca como ante la tumba de Garcilaso. Véase José Montero Padilla, «Bécquer en su carta Tercera y en un artículo de 1870», *Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo»*, ed. cit., págs. 315-318.
- I27** un rayo de la guerra: María Paz Díez Taboada —ed. cit., pág. 109 nota— halla ecos de «A las ruinas de Itálica», de Rodrigo Caro: «Aquí nació aquel rayo de la guerra, / gran padre de la patria, honor de España, / pío, felice, triunfador Trajano...»
- I28** pavés: Escudo ovalado que cubría casi por completo el cuerpo del guerrero.
- I29** grifo: Animal mitológico, mitad águila y mitad león, que protegía las fuentes.
- I30** doseletes: Pequeños techos voladizos para proteger estatuas o sepulcros.
- I31** caireles: Guarniciones que cuelgan de algunas ropas como flecos.
- I32** reyes de armas: Título o dignidad que daban los reyes a los caballeros más esforzados.
- I33** birretes: Bonetes, especie de gorras que se ponen en la cabeza los eclesiásticos.
- I34** cuarteles: Partes en que se divide el campo de un escudo nobiliario; solían ser cuatro.

- 135** motes heráldicos: Lemas y emblemas breves en los escudos o blasones. Normalmente necesitaban una explicación que aclarara su sentido.
- 136** brial: Vestido de seda o tela rica que usaban las mujeres; largo hasta los pies y ceñido a la cintura. En este como en el anterior párrafo son tantos los ecos de otros textos becquerianos que sería inacabable su comentario.
- 137** recintos poéticos: Determinados espacios alcanzan una relevancia singular en la imaginación del poeta. Eugene del Vecchio ha realizado interesantes apreciaciones críticas partiendo de esta expresión: «Bécquer's Poético recinto», *Hispania*, 67, diciembre de 1987, págs. 554-559. Y «La escritura en las Escenas de Madrid, de Gustavo Adolfo Bécquer», *El gnomon*, boletín de estudios becquerianos, 5, 1996, págs. 65-70.
- 138** Sacramental: «En Madrid, la cofradía que tenía como fin facilitar enterramiento en terrenos de su propiedad a sus cofrades» (DRAE).
- 139** Publicada el 12 de junio de 1864 en *El Contemporáneo*. Su texto fue muy corregido por los editores de las Obras en 1871 porque la versión periodística estaba llena de errores. Su tema fundamental es la exposición de sus ideas respecto al patrimonio artístico y la tradición cultural.
- 140** expediciones: Excursiones. El término tuvo gran prestigio hasta bien avanzado el siglo XIX para referirse sobre todo a viajes con intereses artísticos o científicos. Al final de la carta queda mucho más explícito el sentido del término.
- 141** Bécquer plantea aquí el problema del tradicionalismo que ha dado lugar a múltiples discusiones aplicado a su obra. Era consciente del cambio imparable, pero también de la obligación moral de las naciones de preservar para las generaciones futuras los restos artísticos del pasado más valiosos. Analizó el asunto con gran precisión Rubén Benítez, *Bécquer tradicionalista*, Madrid, Gredos, 1971.
- A lo largo del siglo XIX España había entrado en un proceso de destrucción monumental que amenazaba arrasarlo todo. Primero fue la guerra de la Independencia, después las sucesivas guerras civiles y la desamortización. El hecho es que un incomparable patrimonio artístico secular estaba en almoneda o sencillamente se destruía abandonado. Véase, al menos, Isabel Ordieres Díaz, *Historia de la Restauración Monumental en España: 1835-1936*, Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, 1995. O la ponencia de J. J. Martín González, «Problemática de la Desamortización en el arte español», en *El Congreso español de Historia del Arte*, Valladolid, 1978.
- Desde los años treinta empezaron a levantarse voces pidiendo la defensa de este patrimonio. Así Larra: «Las antigüedades de Mérida. Segundo y último capítulo» y «Conventos españoles. Tesoros artísticos encerrados en ellos» (*Revista Mensajero*, 30-V y 3-VIII-1835). Él mismo, sin embargo, parece haber actuado como agente intermediario para un comprador de antigüedades francés. Véase Leonardo Romero Tobar, *El viaje europeo de Larra*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1993.

- I42** La visión de la nación como un cadáver desmembrado será una imagen frecuente en la literatura regeneracionista del cambio de siglo. Tenía antecedentes en los escritores españoles del Siglo de Oro.
- I43** Bécquer tenía una clara visión de cuáles habían sido los acontecimientos recientes que más habían contribuido a la destrucción del patrimonio artístico. En otros escritos insistirá en esta idea. Así en «El beso (leyenda toledana)»: muestra a un grupo de soldados franceses calentándose en una fogata, que alimentan con la sillería del coro de San Juan de los Reyes. Antes en la Historia de los templos de España, al referirse a este convento había dado cuenta del incendio y saqueo de San Juan de los Reyes; o cómo después fue convertido en almacén de víveres y pertrechos militares; o en cárcel.
- I44** Georges Cuvier (1769-1832) fue un naturalista francés creador de la anatomía comparada y de la paleontología. Dirigió una gran enciclopedia zoológica, El reino animal (1816-1829) y escribió obras como Lecciones de anatomía comparada (1799). Darío Villanueva —ed. cit., pág. 138 nota— ha destacado la importancia de estas ideas para alguien tan preocupado por comprender el pasado como Bécquer. Para él, el pasado era como un gran jeroglífico que había que descifrar y Cuvier con sus reconstrucciones inductivas de las edades paleontológicas ofrecía un modelo.
- I45** retablo: Altarcillo callejero dedicado a un santo o divinidad. En la carta primera ya había tenido ocasión de mencionar algunos vistos en su recorrido por Tarazona.
- I46** cancelos: Armazones de madera añadidos a las puertas con los que se impide el paso del viento y se amortigua el ruido.
- I47** guardapolvo: Tejadillo voladizo construido sobre un balcón o ventana para desviar las aguas de la lluvia.
- I48** carasoles: Solanas o balcones orientados al Sur.
- I49** taurerías: Taurerías, garitos o casas de juego.
- I50** broquista: Pintor de brocha gorda.
- I51** calamocho: Pintura amarillenta para revocar paredes.
- I52** almagra: Almagre: «Óxido rojo de hierro, más o menos arcilloso, abundante en la naturaleza, y que suele emplearse en la pintura» (DRAE).
- I53** cosos: Plazas y otros lugares cercados donde se corren y lidian toros y se celebran otras fiestas públicas.
- I54** justaban: Competían.

155 picota: El rollo u horca de piedra que había en la entrada de las poblaciones y donde se ponían las cabezas de los ajusticiados. Valeriano Bécquer realizó un dibujo de «La picota de Ocaña» (La Ilustración de Madrid, 27-I-1870), que se publicó grabado con un comentario de Gustavo Adolfo.

156 Con su referencia a estas lenguas —caldaica (caldea), sajonas o sánscritas— Bécquer aludía a uno de los grandes temas de debate cultural internacional en aquellos años: el origen de las lenguas y la posible existencia de una lengua universal.

Bécquer trató a Manuel de Assas, uno de los primeros grandes estudiosos españoles de estos temas. Véase Robert Pageard, «L'Inde et la culture espagnole au xixe siècle», en *Nationalisme et cosmopolitisme dans les littératures ibériques au xixe siècle*, Université de Lille III, Éditions Universitaires; 1975, págs. 11-53.

También Augusto Ferrán estuvo interesado en estos temas y tradujo durante su estancia en Veruela ensayos como «Las lenguas y las razas», que se publicó en *El Museo Universal* (1863). Su interés por el orientalismo no es ajeno a estas ideas.

Darío Villanueva —ed. cit., pág. 141 nota— recuerda algunos de los pasos fundamentales de la lingüística comparada a lo largo del siglo xix: el conocimiento del sánscrito propiciado por la publicación en 1808 de *Lengua y sabiduría de los Indios*, de Friedrich von Schlegel, y la de los estudios del danés Rasmus Rask (1787-1832) y Franz Bopágs. Estaban muy preocupados por el descubrimiento de las normas generales del lenguaje, siguiendo pautas de las ciencias experimentales.

157 Bécquer parece referirse al auge adquirido por los estudios medievales desde el romanticismo. Tuviron gran relevancia teóricos de la «Historia de la Cultura» como Jacob Cristoph Burckhardt, que incorporaron a estos estudios los hallazgos de la Antropología, la Sociología y la Etnografía. Sostenían que la cultura ayudaba al hombre a mejorar material y espiritualmente.

Otros pensadores habían abundado en esta dirección según recuerda Darío Villanueva (ed. cit., pág. 142 nota): Guizot con su famosa *Histoire de la Civilisation en France e Histoire de la Civilisation en Europe*. O Jules Michelet con su visión romántica de la historia. Véase, también, Rubén Benítez, Bécquer tradicionalista, ob. cit.

158 Bécquer defiende un trabajo de campo para recoger cuanto pudiera quedar del pasado. Es la política que iba a ejercer el siguiente gobierno moderado, siendo uno de los primeros beneficiados su hermano Valeriano a quien fue concedida una pensión para recorrer las provincias españolas pintando sus tipos y costumbres. Véase lo señalado al respecto en la «Introducción» y Enrique Pardo Canalís, «Valeriano Bécquer en el Museo de la Trinidad», *Goya*, 71, 1966, págs. 308-315.

En el artículo de Gustavo Adolfo comentando el grabado «El hogar» (*El Museo Universal*, 11-VI-1865), realizado sobre el dibujo de su hermano, se reiteran estas ideas: «Hoy, que el movimiento natural de la época tiende a transformarlo todo, procurando imprimir a los diferentes pueblos de España ese carácter de unidad que es el distintivo de las modernas sociedades; hoy, que vamos siguiendo este impulso, desaparecen unos tras otros todos los vestigios del pasado, cuya pintoresca originalidad

amenaza convertirse en la más prosaica monotonía, a nadie pueden ocultarse la importancia y el interés de este género de estudios. Pensionado el señor Bécquer por el Gobierno de Su Majestad para recorrer con este objeto las diferentes provincias de España, creemos que los suscriptores de El Museo verán con gusto los apuntes de su cartera de viaje.»

- 159** En cierto modo, fue como viajaron los dos hermanos, compaginando la labor del literato y la del pintor. Y no sólo en Veruela, sino en general. Julia Bécquer dejó unos inolvidables recuerdos sobre estos viajes: «La verdad sobre los hermanos Bécquer. Memorias de Julia Bécquer», Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, XXXIII, enero de 1932, págs. 76-91.

Merece recordarse también, por ejemplo, la nota de Aurelio Pérez Rioja en Crónica de la provincia de Soria (Madrid, Editores Rubio y Compañía, 1867, pág. 58), donde comentaba el interés de Bécquer por adquirir las ruinas de San Juan de Duero —en aquel momento un huerto y una corraliza para el ganado— con el fin de reunir allí restos arqueológicos de la provincia: «Una persona muy ilustrada y amante de nuestro país, el distinguido literato D. Gustavo Adolfo Bécquer, nos ha manifestado alguna vez el pensamiento de adquirir este recinto para reunir en él todos los monumentos esparcidos por la provincia que pudieran llevarse, y formar así un verdadero museo artístico provincial, idea que recomendamos por lo laudable y patriótica.»

La defensa de viajes con artistas de distintas disciplinas plantea, además, un problema de mayor calado: la insuficiencia de las distintas artes y la necesidad de su colaboración para lograr expresar lo que se pretende. En la carta quinta reaparecerá el problema al tratar de plasmar el sugestivo mundo del mercado turiasonense.

Véanse también Ana Rodríguez Fischer, «Bécquer viajero: De cronista a fabulador», El gnom, boletín de estudios becquerianos, 3, 1994, págs. 147-161. Juan María Díez Taboada, «Los viajes de Bécquer y sus relatos de viajes», en Caminería Hispánica. Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica (Guadalajara, 1994), tomo III, Madrid, 1996, págs. 363-377. Dirección de Manuel Criado de Val.

- 160** Conecta así esta carta con la siguiente a la vez que muestra su manera de escribir en apariencia desordenada, pero sólo en apariencia, puesto que siempre la preside una unidad de intenciones. La carta en su conjunto es, pues, una introducción teórica a este tipo de estudios de los que ofrecerá muestras prácticas en las siguientes.
- 161** Se publicó el 26 de junio de 1864 en El Contemporáneo.
- 162** La Plaza del Mercado de Tarazona se correspondía con la del Ayuntamiento como precisa Bécquer un poco después. Hasta muy avanzado el siglo xx se siguió celebrando en ella el mercado con lo que han quedado numerosos testimonios fotográficos del singular desfile de tipos de la comarca que acudían a vender sus productos.
- 163** Como ya ha quedado indicado, Gustavo Adolfo vuelve a plantear la insuficiencia de los lenguajes artísticos para recoger y expresar lo real. Sobre estas cuestiones, véanse, al menos, Edmundo L. King,

Gustavo Adolfo Bécquer: From Painter to Poet. Together with a Concordance of the Rimas, México, Porrúa, 1953. Darío Villanueva, «Ut pictura poesis: La creación artística de los Bécquer», Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo», ed. cit., págs. 93-113.

- 164** Esta reflexión sobre la cámara fotográfica no es un caso aislado en la obra de Bécquer, quien en «Las dos olas» o en «Sepulcro de los condes de Mélito de Toledo» ofreció otras opiniones sobre la fotografía. Ya en la carta anterior se halla una referencia soterrada, cuando menciona que el retrato frena la desaparición del retratado pero simultáneamente se produce su fantasmagorización. No son muy diferentes acaso estas apreciaciones de las reflexiones de Susan Sontag en Sobre la fotografía, Barcelona, Edhasa, 1981. También, Sara Kember, La sombra del objeto: fotografía y realismo, Papel Alfa, Cuadernos de fotografía, núm. 2, Universidad de Salamanca, 1996.

En torno a la fotografía se estaban produciendo en aquel momento las primeras reflexiones sobre las posibilidades y alcance del nuevo procedimiento para crear imágenes. Los recelos becquerianos tienen que ver con la importancia que para él tenía la imaginación y si la fotografía ayudaba a incentivarla o la frenaba.

Véanse, también, Publio López Mondéjar, Las fuentes de la memoria. Fotografía y sociedad en la España del siglo xix, Madrid, Lunwerg Editores, 1989. Marie Loup Sougez, Historia de la fotografía, Madrid, Cátedra, 1985, 2.a edición.

- 165** voladas: Salientes, por sus amplios aleros.

- 166** canes de madera: Las cabezas de viga que forman los techos de los edificios por el interior y sobresalen al exterior cargando sobre los muros.

- 167** entalle: Obra escultórica de entalladura.

- 168** ajimez: Ventana hecha en arco con una columna que la sostiene por su centro.

- 169** La Casa Ayuntamiento de Tarazona ofrece, en efecto, en su fachada un atractivo programa iconográfico. De un lado, «figuras colosales» con la leyenda de Pierres y Caco, muy relacionada con el Moncayo. De otro, un largo friso con la entrada triunfal de Carlos V tras su coronación como Emperador en Bolonia: la «larga y muda procesión de guerreros de piedra...» mencionada por el poeta. Reconoce Gustavo Adolfo la insuficiencia de su información y que traslada al papel ante todo unas primeras impresiones de su contemplación.

No existía entonces, sin embargo, la galería superior con arcos decorados escultóricamente, que copian los del claustro superior del monasterio de Veruela.

Véase José Vallejo Zamora, «Las casas consistoriales de Tarazona, siglos xvii-xx. Fuentes para su estudio», Tvriaso, V, 1984, págs. 253-290.

- 170** La asociación va más allá del capricho. Salamanca fue la ciudad universitaria española por excelencia durante siglos. Fundada su universidad en 1215 durante siglos ha sido el modelo y referente. Al com-

parar Tarazona con Salamanca y presentar al estudiante con sus manteos y tricornio, tan fuera del presente, lo que destaca Bécquer es el carácter de ciudad fuera del tiempo, tradicional, «muerta» se diría apenas unos años después.

- 171** Bécquer tiene siempre un especial oído para las peculiaridades lingüísticas y no dejará de recoger en ocasiones peculiaridades del habla: «pequeñico», «quietico, quietico» más adelante en la carta VI.
- 172** La expresión ha generado algunos equívocos. Es difícil saber por qué utilizó Bécquer esta expresión que habitualmente se refiere al Aragón pirenaico; quizás lo hizo para referirse a los elevados lugares en que se encuentran enclavados estos pueblecillos.
- 173** Añón: Población del Somontano aragonés del Moncayo distante unos 5 km del monasterio de Veruela. Tal como recuerda Gustavo Adolfo lo visitó en más de una ocasión y en los álbumes de Valeriano quedan los testimonios de estas visitas según se ha analizado en la «Introducción». En el relato se mezclan la experiencia y conocimiento directos del tipo y su propia tradición costumbrista. Añón contaba con 175 casas y en lo más alto el castillo ruinoso, que había sido parcialmente rehabilitado como fuerte en las guerras civiles inmediatamente anteriores. Contaba con 158 vecinos y 750 habitantes, dedicados a la agricultura, a la ganadería y al «carboneo». Según Madoz, de cuyo Diccionario extraigo estos datos, «las mujeres se dedican a la hilaza de la lana, cáñamo y fabricación de calcetas». Era lugar muy aislado porque todos sus caminos eran «de herradura y difíciles por la escabrosidad del terreno».
- 174** tarugo: Trozo de pan grueso y corto.
- 175** caballeros de San Juan: Los de la Orden Militar de San Juan del Hospital de Jerusalén. Tras turbulentas luchas, en el siglo xiv fue disuelta la Orden Militar de los caballeros del Temple y la de San Juan pasó a tener encomiendas de aquella.
- 176** priorato: Territorio regido por la autoridad de un prior o superior de una orden religiosa.
- 177** Comparecen en dibujos de Valeriano de la Expedición de Veruela, destacándose su pintoresco enclave y también algunos interiores rústicos.
- 178** amazonas: Heródoto dio noticia ya del mito de la existencia de tribus guerreras de mujeres, oriundas del Cáucaso. Después reaparecen en diversos momentos de la historia como cuando Orellana en el siglo xvi dio noticia de haber luchado contra ellas en América, en el río que acabó tomando su nombre.
- 179** Isla de San Balandrán: Isla fabulosa de la que dan noticia diversos libros de viajes marítimos de la baja Edad Media. Leonardo Romero Tobar —ed. cit., 2000, pág. 1081 nota— ha señalado: «Bécquer hace un guiño a sus lectores recordándoles la zarzuela La isla de San Balandrán que se había estrenado en Madrid el

II-VI-1862, con libreto de José Picón y música del maestro Oudrid; el argumento fantástico de esta pieza estaba recorrido por las anécdotas y situaciones risibles puesto que la idea del texto era la de que las mujeres rigen la sociedad mientras los hombres permanecen en sus hogares dedicados a hacer calceta.»

- 180** Gustavo Adolfo volvió a referirse al tipo recalando algunas de sus habilidades en el comentario a «Las jugadoras. Escena de costumbres de Aragón», El Museo Universal (23-VII-1865).
- 181** apretador: Especie de jubón o almilla sin mangas que sirve para ceñir y abrigar el cuerpo desde los hombros hasta la cintura.
- 182** Un correlato plástico muy aproximado se encuentra en el cuadro de Valeriano Bécquer El presente, que es una galería de tipos rústicos del somontano aragonés. Ha integrado su acuarela de un danzante de paloteado (SS 30), el alcalde, al que ya me he referido y otros tipos. En la pintura, la joven no lleva abarcas sino alpargatas. Gustavo Adolfo no ha precisado aquí lo suficiente. Véase comentado en Viajeros románticos en el monasterio de Veruela, ob. cit., págs. 106-107. También José M. Gómez Tabanera, «Valeriano Bécquer, pintor romántico y adelantado del folklore hispano», Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo», ed. cit., págs. 251-273.
- 183** costean: Bordean.
- 184** mesurar: Medir.
- 185** peristilo: Galería de columnas que rodea un edificio o parte del mismo.
- 186** desparcir: Esparcir. Es un uso anticuado.
- 187** Las crónicas de sociedad que Gustavo Adolfo publicó recogen con frecuencia estas escenas. También alguno de los dibujos con que obsequió a Julia Espín y que se conservan en sus álbumes.
- 188** Se ha comentado con frecuencia el carácter de denuncia de las desigualdades sociales que las páginas precedentes tienen, pero también el limitado alcance de las soluciones propuestas que no van más allá de una conformista consolación providencialista.
- 189** Publicada el 3 de julio de 1864 en El Contemporáneo. Inicia el tema de las brujas de Trasmoz que no concluirá hasta la carta octava, al quedar interrumpido en la séptima dedicada al castillo de Trasmoz. Como se ha visto en la «Introducción» el tema de las brujas gozaba de cierto prestigio. Gustavo Adolfo crea un juego de perspectivas —oscilando entre el desdén racionalista y la creencia supersticiosa—, que resulta fundamental en la estructuración de su relato. Véase, ahora, Montserrat Amores, «Gustavo Adolfo Bécquer y las brujas de Trasmoz», El gnomo, boletín de estudios becquerianos, 9, 2000, págs. 11-24.

- 190** A pesar del tono veraz nada se ha podido probar documentalmente todavía al respecto. Javier Bona López, no obstante, ha incidido de nuevo no hace mucho sobre el asunto, sugiriendo una identificación con Joaquina Bona Sánchez, que murió repentinamente el 31 de julio de 1860 sin haber recibido los santos sacramentos. De este hecho, a mi entender, no se puede deducir en absoluto su asociación con la tía Casca. Ni siquiera que ejerciera el curanderismo.

Véase Javier Bona, «“Casca”, la famosa curandera de Trasmoz, existió», en Comarca (Tarazona), 113, febrero de 2001, pág. 8. Y «Brujería en Aragón. Las almenas de Trasmoz recuperan sus brujas», Heraldo de Aragón (22-IV-2001).

En los primeros años sesenta, además de El Diario de Zaragoza se publicaba en Zaragoza el periódico liberal El Saldubense (1857-1862). Leonardo Romero Tobar ha recordado la inclusión en sus páginas del romance humorístico sobre la hospedería del monasterio, comentado en la «Introducción».

Lo continuaron El Aragón (1862-1863), El Imparcial (1863-1864).

Véase Lola Hernández Ara y otros, Repertorio de publicaciones zaragozanas anteriores a 1940, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998.

- 191** Litago: Pueblo del Somontano aragonés del Moncayo. Es la única ocasión en que lo menciona Bécquer. Queda más alejado del monasterio de Veruela que Trasmoz, oculto en otro pequeño valle. Contaba con 130 casas, incluidos el ayuntamiento, la cárcel y la escuela de niños, a la que concurrían una veintena. Tenía 94 vecinos y 450 habitantes, dedicados a la agricultura y a la ganadería. No contaba más que con caminos de herradura, dirigidos hacia los pueblos cercanos.

- 192** del diestro: Del lado derecho.

- 193** la tía Casca: No parece que este supuesto topónimo exista en realidad.

- 194** hicistes: Hiciste. Forma vulgar coherente con el habla del personaje en cuya boca está puesta.

- 195** untos: Preparados de las brujas para sus ceremonias. Véase lo indicado al respecto en la «Introducción» donde recojo las fórmulas «magistrales» de alguna bruja de la región. Montserrat Amores, art. cit., págs. 14-15 aduce testimonios de otros textos brujeriles con usos de «untos». Recuerda, además, que el uso de «untos» es general y corresponde al motivo G224.2 de la clasificación de Stith Thompson en Motif-index of folk literature, Copenhagen-Bloomington, Indiana University Press, 1955-1958.

- 196** ligado: Embrujado. Ligar, en la creencia del vulgo se dice de quienes mediante algún maleficio se apoderan de las facultades de otro; le embrujan. Los males achacados aquí a la bruja se documentan en muchos otros textos. Véase Montserrat Amores, art. cit., págs. 16-17.

- 197** Las oraciones al revés: La exploración mágica de las posibilidades combinatorias del lenguaje forma parte de las prácticas brujeriles. Entre estas prácticas se encuentran las consistentes en buscar men-

sajes cifrados dándoles la vuelta a otros. El motivo folclórico G257.2 de Stith Thompson indica que leer la Biblia al revés delata la identidad de una bruja.

- 198** conjuros: Fórmulas mágicas que se dicen, recitan o escriben para conseguir algo que se desea.
- 199** Resulta sorprendente en boca del lugareño la comparación de las nubes con «cocodrilos rojos», cuando estos eran seres apenas difundidos todavía en las publicaciones ilustradas dentro de sus secciones de «historia natural». La Historia Natural de Buffon contribuyó a ello no poco. La editó traducida Mellado, entre 1847-1850, en 35 tomos. Publicaciones periódicas ilustradas como el Semanario Pintoresco Español fueron dando cabida en sus páginas a imágenes de animales exóticos desde los años cincuenta, pero es impensable su difusión popular en un lugar tan apartado. Véanse los estudios incluidos en La prensa ilustrada en España. Las ilustraciones, 1850-1920, Montpellier, Université Paul Valéry, 1996. La escena, en realidad, recrea las escenas de espíritus infernales liberados tan frecuentes en la literatura romántica.
- 200** La creencia en que los viernes no pueden hacer mal se corrobora en otros escritos. Véase Montserrat Amores, art. cit., pág. 17.
- 201** barajando: «En las reflexiones o hipótesis que preceden a una resolución, considerar las varias posibilidades o probabilidades que pueden darse» (DRAE).
- 202** Calca casi literalmente la manera en que se había referido al castillo en la carta tercera. La luz repuscular le otorga la apariencia fantasmal que Bécquer ha tratado de ir creando a lo largo de la carta, para acentuar el patetismo del relato.
- 203** titanes: En la mitología griega, son los seis hijos gigantes de Urano y Gea que pretendieron escalar el cielo para aniquilar a Zeus. Fueron por ello arrojados al Tártaro. El término ha quedado después para asignar a cualquier sujeto de fuerza o poder excepcionales.
- 204** fantasmas asomadas: Vacilación genérica. Un poco antes se ha referido a las dos saeteras del castillo como «los ojos de un fantasma».
- En el momento de la escritura siente más temor que durante el momento en que le es contado el supuesto suceso. Igual que en «El monte de las ánimas» y en otras leyendas, Bécquer desplaza su interés en el análisis de lo terrorífico hacia lo psicológico tanto en el interior de los propios relatos como en el escritor que procede a transmitirlos.
- 205** conseja: Cuento o fábula popular.
- 206** trebejos: Utensilios, instrumentos.
- 207** Es como un eco de la carta segunda donde al atardecer el correo llegaba del lado de Vera, completando el recorrido en Añón. Parece deducirse de todo ello que el valijero pasaba por el monasterio en días alternos desde Tarazona a Añón y desde Añón a Tarazona.

- 208** Retoma creencias expuestas antes por el viejo pastor. Véase nota 12 de esta carta.
- 209** pequeño: Bécquer nuevamente recoge la forma local en *ico*. Más adelante ofrecerá algún otro ejemplo: «quietico, quietico».
- En «La cueva de la mora», leyenda ubicada en zona dialectal riojana de parecidos usos diminutivos, se dirá «jarrica de agua». Sobre esta leyenda, véase el análisis de Julián Bravo, «Notas sobre la construcción de una leyenda becqueriana: La cueva de la mora», *El gnomo*, boletín de estudios becquerianos, 7, 1998, págs. 11-28.
- 210** cedazo: «Instrumento compuesto de un aro y de una tela, por lo común de cerdas, más o menos clara, que cierra la parte inferior. Sirve para separar las partes sutiles de las gruesas de algunas cosas, como la harina, el suero, etc.» (DRAE).
- El motivo del cedazo como protección contra las brujas es recogido en el *Motif-index of Folk Literature* (G272.6).
- Hacer una cruz en el hogar con las tenazas antes de acostarse se ha documentado en otras partes. Montserrat Amores, art. cit., pág. 17, remite a María Elisa Sánchez Sanz, «Brujas y chimeneas», en I Congreso de Aragón de Etnología y antropología, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1981.
- 211** una paja de aire: Una brizna de aire.
- 212** Familias de brujas: Es creencia popular que el oficio de brujas se hereda familiarmente. Volverá a aludir al asunto Gustavo Adolfo en la carta octava. Sobre la transmisión familiar de la brujería en la comarca del Moncayo contamos con el testimonio de «Wanderer» sobre el clan de Las Galgas: «El castillo de Trasmoz y las brujas», *Alrededor del Mundo* (9-VI-1899).
- 213** Publicada el 10 de julio de 1864 en *El Contemporáneo*. Su tema es la narración folclórica de la construcción del castillo de Trasmoz, llena de ecos y motivos de otras relaciones similares. Véase el comentario a esta carta de Linda Leslie Deutsch-Johnson, «Significado simbólico del castillo de Trasmoz: Magia, alquimia y morada interior», *El gnomo*, boletín de estudios becquerianos, 5, 1995, págs. 37-64.
- 214** y va de cuento: Es fórmula narrativa tradicional oral.
- 215** Barahona: Población soriana habitualmente asociada a prácticas brujeriles. En 1527 tuvo lugar en la Inquisición de Cuenca un proceso en el que se tomó declaración a unas supuestas brujas —sobre todo Quiteña de Morillas, Francisca la Ansarona, Violante Alonso, Ana la Roa y Teresa López— que decían celebrar sus aquelarres en los campos de Barahona.
- El proceso ha generado después abundante literatura crítica e histórica. Véase el balance crítico de Virtudes Serrano en su edición de Domingo Miras, *Las brujas de Barahona*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, págs. 39-43. Hoy es un lugar común asociar la brujería española con Barahona, Zugarramurdi o Trasmoz.

- 216** Zugarramurdi: Población del norte de Navarra, que alcanzó celebridad por una secta brujeril que fue objeto de un proceso en el siglo xvii. Se encausó a trescientas personas, de las que finalmente fueron condenadas a la hoguera la vieja María Zozaya y otras seis más.
Véase Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1979, caps. 13 y 14. Julio Caro menciona también los campos de Barahona y el propio Trasmoz como enclaves bruñeriles tradicionales (cap. 19).
- 217** Todos estos elementos forman parte de la parafernalia habitual de las reuniones de brujas. Los he repasado en mi ensayo *Viajeros románticos en Veruela*, ob. cit., págs. 100-103. Véase también la «Introducción» a esta edición.
- 218** dentelladas: Vuelve a repetir el término de la carta segunda (nota 15), aplicado ahora a las almenas del castillo de Trasmoz.
- 219** tiempo de los moros: Es otra fórmula tradicional para referirse a algo ocurrido hace mucho tiempo. La leyenda «La cueva de la mora» se construye sobre este supuesto. Álvaro Cunqueiro y otros escritores han acudido con frecuencia al mundo misterioso que evoca la fórmula para construir sus fantásticas fabulaciones o sencillamente para transcribir creencias populares.
- 220** El viejecillo resulta ser un mago que ha adoptado esta apariencia. Es un motivo folclórico muy general (HI 104) como la misma fundación mágica de un castillo en una noche.
- 221** alcaldía: Alcaldía.
- 222** llaves de oro: Delatan el carácter mágico del relato. Sobre al alcance simbólico de esta carta, véase Leslie Deutsch-Johnson, art. cit.
- 223** acicate: «Punta aguda de que iban provistas las espuelas para montar a la jineta, con un tope para que no penetraran demasiado» (DRAE).
- 224** alquiceles: Darío Villanueva —ed. cit., pág. 175 nota— propuso la corrección del término «alcaiceles» que ofrecen tanto la versión periodística como la edición de 1871. Alquicel o alquicer es una vestidura morisca a modo de capa; en general blanca y de lana.
- 225** abluciones: lavatorios rituales que preceden a una celebración religiosa; los musulmanes las realizan antes de sus oraciones. Bécquer seguramente alude a la población morisca de estas aldeas en la imaginaria Edad Media en que se sitúa el relato.
- 226** pitanza: Ración de comida.
- 227** priesa: Arcaísmo por «prisa». De cuando en cuando se halla con todo en la literatura decimonónica, aunque la Real Academia había reconocido ya en 1817 la generalización de «prisa».

- 228** trasmontar: Transmontar. Pasar a la otra parte de un monte.
- 229** zalemas: Reverencias en muestra de sumisión.
- 230** pórfido: Jaspe rojo o pardo oscuro, también llamado jaspe egipcio.
- 231** atalaya: Torre construida en un lugar elevado para vigilar el entorno.
- 232** corredores de campo: Los soldados que se enviaban para descubrir y observar al enemigo.
Leonardo Romero Tobar —ed. cit., pág. 1083 nota— ha recordado las Coplas de Jorge Manrique: «Los placeres y dulzores / desta vida trabajada / que tenemos, / ¿qué son sino corredores, / y la muerte la celada / en que caemos?»
- 233** Para María Paz Díez Taboada — ed. cit., pág. 164 nota— la comparación puede estar inspirada en el capítulo XXV de *El señor de Bembibre* (1844), de Gil y Carrasco, donde describiendo las huestes del señor de Lemus, acampadas al pie del castillo de Cornatel, se dice: «Brillaban sus armas a la luz de las hogueras y su penacho blanco se revestía de un color rojizo, mientras agitado por un viento recio que se había levantado, flotaba semejante a un fuego fatuo en la cimera de su yelmo.»
- 234** barbacana: Fortificación que antiguamente se colocaba delante de las murallas, para defender el foso.
- 235** Una de las peculiaridades del Moncayo es que tiene dos cumbres principales que se multiplican después decreciendo en otras del Sistema Ibérico. La descripción paisajística que sigue es la traslación al papel de las impresiones producidas por la contemplación de la montaña por parte de Gustavo Adolfo.
- 236** antiparras: Antigua y coloquialmente, anteojos o gafas.
Es habitual en los rituales de brujería echar mano de libros con fórmulas mágicas. El referente es tan general que ni siquiera se puede aventurar se trate del «Ciprianillo» como indica Montserrat Amores, art. cit., pág. 19. Lo que sigue es un canto de las fuerzas de la Naturaleza como reservorio de fuerzas misteriosas. No es muy diferente a otras invocaciones becquerianas. En leyendas como «El gnomo», o en «La corza blanca» donde Constanza y sus mágicas hermanas convocan en sus fiestas nocturnas a los espíritus de la Naturaleza.
Leonardo Romero Tobar ha citado —ed. cit., pág. 1083 nota— los espectaculares actos II y V de la ópera de Meyerbeer *Le Prophète* (1949) con las visiones apocalípticas de Jean Huss y la explosión del palacio de Münster como referente posible de esta escena.
- 237** Es habitual en los rituales de brujería echar mano de libros con fórmulas mágicas. El referente es tan general que ni siquiera se puede aventurar se trate del «Ciprianillo» como indica Montserrat Amores, art. cit., pág. 19. Lo que sigue es un canto de las fuerzas de la Naturaleza como reservorio de fuerzas

misteriosas. No es muy diferente a otras invocaciones becquerianas. En leyendas como «El gnomo», o en «La corza blanca» donde Constanza y sus mágicas hermanas convocan en sus fiestas nocturnas a los espíritus de la Naturaleza.

Leonardo Romero Tobar ha citado —ed. cit., pág. 1083 nota— los espectaculares actos II y V de la ópera de Meyerbeer *Le Prophète* (1949) con las visiones apocalípticas de Jean Huss y la explosión del palacio de Münster como referente posible de esta escena.

238 espumarajeando: Derivado de espumarajo: «Saliva espumosa arrojada en gran cantidad por la boca» (DRAE).

239 témpano: En sentido general, «Pedazo de una cosa dura, extendida o plana» (DRAE).

240 Bécquer se esfuerza por dar una dimensión fantástica a la erección del castillo, haciendo intervenir en la construcción a multitud de gnomos salidos de las entrañas de la tierra. Su presencia une esta carta con la leyenda «El gnomo.»

241 asordadora: Ensordecedora. De asordar: «Ensordecer a alguien con ruido o voces, de suerte que no oiga» (DRAE).

242 Anota Darío Villanueva —ed. cit., pág. 185 nota— que aunque el Profeta evocado es Mahoma, el texto parafrasea el Apocalipsis de San Juan, por ejemplo, 6, 8: «Miré, y vi un caballo bayo, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad, y el infierno le acompañaba.»

Para él, la descripción pertenece más a la tradición bíblica que a El Corán.

Con todo, esta imagen de la muerte responde a los tópicos románticos y la obra literaria becqueriana ofrece otros señeros ejemplos de cabalgadas de seres fantasmales: «El monte de las ánimas». Fue también un motivo plástico que sedujo al Bécquer dibujante y las bizarreries ofrecidas a Julia Espín contienen también alguna escena de cabalgadas de esqueletos.

243 La Ciezma: monte cercano al monasterio de Veruela del que se obtenía leña de encinas y de otras plantas leñosas.

244 Concluye Bécquer manteniendo el tono enfático y hasta fantástico con que ha rodeado en su relato al siempre muy modesto castillo de Trasmoz en la realidad.

245 Fue publicada el 17 de julio de 1864 en *El Contemporáneo*. Gustavo Adolfo había partido ya para las playas del Norte. Véase la «Introducción». Debí poner la carta en el correo apenas unas horas antes de su partida.

Mantiene el tono fantástico de la carta anterior y se halla también en estrecha conexión con «El gnomo». Parece una leyenda inventada (según Rubén Benítez, Bécquer tradicionalista, ob. cit.) a partir de motivos folclóricos generales, que a Darío Villanueva le han llevado a asociarla con el cuento de

la Cenicienta. Montserrat Amores señala: «No me cabe duda de que Dorotea es algo así como una Cenicienta negativa, de la misma forma en que la bruja es hada al revés» (art. cit., pág. 20).

- 246** Repite la descripción de la vestimenta de la muchacha que ya comparecía antes en la carta primera. La preparación del clima de misterio para su relato es también similar al de aquella carta. Valeriano ofrece un dibujo en *Spanish Sketches* (número 5) que se corresponde perfectamente con su descripción. Porta, sin embargo, una palmatoria con una vela y no un candil.
- 247** zambra: Algaraz, bulla y ruido de muchos.
- 248** aspersiones: Rociamientos rituales con agua bendita para protegerlos.
- 249** mosén: En Aragón, era habitual denominar así a los eclesiásticos, sobre todo en medios rurales. Valeriano da cuenta del lugar central que ocupaban en la vida de la comunidad en grabados como «Vista interior del monasterio de Veruela en Aragón», *El Museo Universal* (4-VII-1869). Aunque la composición arquitectónica representa la sala capitular del monasterio, está animada con la presencia de una pareja de jóvenes que escriben en sus columnas quizás una fecha con una promesa amorosa, mientras emboscado los contempla un mosén. En «Las segadoras. Estudio de costumbres aragonesas», *La Ilustración de Madrid*, 13, 1870. En esta ocasión, la escena de siega queda «santificada» con la presencia del mosén, no menos que en «La misa de alba. Tipos del Alto Aragón», *El Museo Universal* (2-VII-1865). Asiste un grupo de campesinos antes de irse a la siega. El artículo con que lo glosó Gustavo Adolfo es otra muestra excelente de literatura sugerida por la moderna Arcadia.
- 250** emperejillarse: De emperejillar: «Adornar a alguien con profusión y esmero» (DRAE).
- 251** curato: Parroquia, territorio bajo la jurisdicción espiritual de un cura.
- 252** vellorí: Paño entrefino, de color pardo ceniciento, o de lana sin teñir.
- 253** apretador: Puede referirse al cintillo o banda que servía a las mujeres para recogerse el pelo y ceñirse la frente. Numerosos apuntes de campo de Valeriano ofrecen mujeres con esta apariencia.
- 254** jubón: Chaqueta corta y ajustada.
- 255** azul turquí: Color turquesa o verdiazul.
- 256** agujetas: «La tira o correa de piel curtida y adobada, con un herrete en cada punta, que sirve para atacar [atar] los calzones, jubones y otras cosas. Llámase también así la que se hace de cintas de seda, hilo o lana para los mismos usos» (en Darío Villanueva, ed. cit., pág. 193 nota).
- 257** calle de Botigas: probablemente calle de tiendas, refiriéndose a cualquiera de las calles principales de Tarazona que van desde el río Queiles a la plaza del Ayuntamiento.

- 258** en el Mayo y en la fiesta de la hoguera: Fiestas tradicionales relacionadas la primera con el comienzo de mayo y dedicada a Maya o Flora, diosa de flores y frutos. La segunda relacionada con las Fiestas de San Juan que marcan el comienzo del verano.
- 259** dijes: Pequeñas joyas o adornos colgantes.
- 260** feriado: Comprado.
- 261** arpía: Se dice de la mujer de mala condición, o muy fea o flaca. Todo ello puede aplicarse al personaje mencionado. Valeriano Bécquer tituló «Una arpía de quince años», uno de los dibujos de Spanish Sketches (número 6) donde aparece una joven sirvienta mal encarada.
- 262** filtros: Bebida o composición a la que se atribuye poder conseguir mágicamente algún efecto.
- 263** botija: Vasija de barro, redonda, con el cuello corto, usual en el ajuar campesino de entonces.
- 264** En la «Introducción» he tenido ocasión a referirme a cuadros de Valeriano sobre estos temas. El ritual tiene lugar en el hogar, corazón simbólico de la casa y supone la sustitución de los dioses tutelares bondadosos por otros. La lógica de la superstición se desarrolla en todo el relato de modo implacable. Sobre el ritual con las tenazas en el hogar antes de acostarse, véase Montserrat Amores, art. cit., págs. 17-18.
- 265** gato gris: Con frecuencia en relatos brujeriles es Satanás quien comparece con la apariencia de un gato. Es el motivo folclórico G211.1.7. Aquí lo son las brujas en tanto que seres diabólicos seguidores suyos. Esta apariencia de las brujas como gatos también es habitual. Para convertirlos en brujas, Dorotea hace la señal de la cruz con la mano izquierda tres veces, un sortilegio del que existen otros testimonios en la tradición.
Véanse Rubén Benítez, Bécquer tradicionalista, ob. cit., págs. 101-102. Montserrat Amores, art. cit., pág. 22.
- 266** moriscos: Gatos con bandas de color azafrañado o atigrados, es decir, pelirrojos (María Paz Díez Taboada, ed. cit., pág. 187 nota).
- 267** sapillos: Otra de las apariencias, que pueden adoptar el diablo o las brujas. En todo caso, era más habitual utilizarlos como uno de los animales con los que se fabricaban los «untos» de las brujas.
Rubén Benítez (ob. cit., pág. 102) ya adujo ejemplos de su presencia en las declaraciones de procesos contra brujas.
- 268** clowns: Mantiene el término ya aparecido anteriormente con que se designaban diversiones de moda en el teatro de variedades de la época, según se ha visto en la carta segunda (véanse las notas 31 y 32 de esa carta). Piensa en los lectores madrileños.

- 269** prometistes: Prometiste. Forma vulgar.
- 270** Anota Darío Villanueva, ed. cit., pág. 198-199 nota: Belcebú: «señor de las moscas», nombre de Baal entre los filisteos de Accarón.
 Astarot: divinidad de los sidonios y cananeos correspondiente a Astarté, la Venus sirio-fenicia, a la cual se rendía culto junto con Baal.
 Belial: En hebreo, nombre común que significa maldad máxima. En la Vulgata, príncipe del mal o las tinieblas, sinónimo de Satán.
- 271** tirapié: Correa larga y angosta, cosida por los dos cabos, en que los zapateros meten el pie como en un estribo y en la que aseguran el zapato para coserlo.
- 272** tafilete: Cuero fino y lustroso.
- 273** piquera: Pico o canalillo del candil en el que se pone la mecha.
- 274** vihuelas: Instrumentos musicales de cuerda que se tañen a pulso o con púa.
- 275** enramadas: Adorno formado con ramas de árboles y flores con que se adornaba en determinadas fiestas —San Juan— las ventanas de las jóvenes amadas.
 El grabado de Valeriano de «Costumbres aragonesas. Una rondalla», El Museo Universal (21-III-1869) resulta complementario en cierto modo de la costumbre aquí citada.
- 276** añafles: Trompetas rectas y largas.
- 277** Retoma Bécquer el carácter hereditario de la brujería, que ya ha quedado apuntado en la carta sexta.
- 278** En la escena primera del acto cuarto, Macbeth irrumpe en la caverna donde las tres brujas están preparando los brebajes para sus conjuros. Sigue este diálogo:
 Macbeth.—How now, you secret, black and midnight hags! What is'you do?
 All.—A deed without a name.
 [«Macbeth.—¿Qué hay, brujas misteriosas y negras de medianoche? ¿Qué hacéis? Todas.—Una acción sin nombre.»] Tomo la nota de D.Villanueva, ed. cit., pág. 203 nota.
- 279** La carta fue publicada en El Contemporáneo el 6 de octubre de 1864.
 La información sobre la fundación del monasterio es abundante pero contradictoria. José Luis Corral Lafuente («La fundación del monasterio cisterciense de Veruela», Cuadernos de Estudios Borjanos, V, 1980, págs. 33-45), considera la leyenda fundacional tardía, pues no se menciona en los documentos que hablan de las primeras construcciones y las noticias más tempranas son del siglo xiv. La leyenda tomó cuerpo en el siglo xvi, adquiriendo su forma actual en los siglos xviii y xix.

La fundación del monasterio se produjo dentro de la política de repoblación y colonización de tierras conquistadas, con monjes traídos del monasterio francés de Scala Dei. La leyenda fue uno más de los procedimientos de legitimación del sistema de vida feudal instaurado en el entonces estratégico valle del Huecha. Desde el monasterio se controlaba el caudal de agua del Huecha y el importante paso hacia Castilla por los barrancos de Morana.

De otra parte, no se puede olvidar que el lugar cuenta con larga tradición sagrada. Muy cerca se encuentra el yacimiento celtibérico de la Oruña y «no es descabellado suponer que por aquel entorno existiese un santuario prerromano o al menos romano» (Corral, art. cit., pág. 39), que prestigiaba espiritualmente el lugar.

Gustavo Adolfo no adoptó la línea de investigación histórica sino la de la ensoñación romántica, partiendo del relato piadoso de la leyenda fundacional.

- 280** No se ha averiguado a quien corresponden estas iniciales. Robert Pageard ha sugerido el nombre de María Luisa Alcega, de una familia sevillana amiga de los Bécquer.
- 281** En contra de lo que Gustavo Adolfo dice se habían hecho copias de la imagen de Veruela para publicaciones destinadas a promover su devoción. Ricardo Centellas ofrece un ejemplo en *Viajeros románticos en el monasterio de Veruela*, ob. cit., págs. 120-123.
- Al desconocer su destinataria, no se sabe cuál ha sido el destino de esta copia realizada por el poeta. Valeriano Bécquer en *Spanish Sketches* (número 18) ofrece otra copia.
- 282** Se refiere a *La vie de Jesus*, de Ernest Renán, publicada en 1863 y que suscitó intenso debate. Darío Villanueva —ed. cit., pág. 204 nota— señala que en «Roncesvalles» (*El Museo Universal*, 28-I-1866) volvió a referirse a ella sin citarla manifestando su desacuerdo con la crítica histórica «incrédula hija del espíritu de nuestra época».
- 283** chapitel: «Remate de las torres que se levantan en forma piramidal» (DRAE).
- 284** La Aparecida: Ermita levantada muy cerca del monasterio, apenas a unos centenares de metros del recinto monacal aguas arriba del Huecha y donde se supone que tuvo lugar la aparición mariana sobre una encina, que habría sobrevivido verde durante siglos.
- 285** antiguo códice: No debió ser tal su fuente de información sino una copia de un relato mucho más reciente y modesto como queda explicado en la «Introducción» y estudió Jesús Costa; el relato de Mariano Blas Ubide: Libro que contiene dos acontecimientos particulares respecto a la maravillosa Imagen de María Santísima de Beruela, y los motivos por los que en el día es venerada en esta villa de Vera. Contiene igualmente la limosna ordinaria anual que se saca en la Cageta para el alumbrado de dicha Imagen. Se conserva copia en el Archivo General de Navarra, en Pamplona.
- 286** Pedro Atarés: Personaje histórico aureolado de leyenda que jugó importante papel en su tiempo. Alfonso VII de Castilla le concedió el señorío de Borja en 1134, título que ostentó hasta su muerte en

1151, siendo sepultado en Veruela. Pretendió sin éxito el trono de la Corona de Aragón a la muerte de Alfonso el Batallador, el «don Alonso» citado en el texto. Un resumen de su biografía en Blanco Trias, *El Real Monasterio de Santa María de Veruela*, 1146-1946, Palma de Mallorca, Impr. Mosén Alcover, 1949, págs. 13-29.

Gustavo Adolfo se refirió a él también al presentar la tumba de D. Pedro Atarés y sus descendientes situada en el claustro del monasterio: «Monasterio de Santa María de Veruela. Enterramiento del fundador y sus hijos», *El Museo Universal* (9-XII-1866).

- 287** Borja: Población aragonesa que puede considerarse el segundo centro del Somontano aragonés del Moncayo. Según el *Diccionario de Madoz* contaba a mediados del siglo xix con unas 480 casas. Un total de 892 vecinos y 4.239 habitantes. Su principal fuente de riqueza era la agricultura, pero había también una fábrica de paños, hilados de seda, seis molinos de aceite y algunos harineros. Sus comercios minoristas suministraban a toda la comarca.
- 288** traílla: Cuerda o correa con que se lleva atados a los perros en las cacerías.
- 289** cierva: Cierva y no ciervo que comparece ya en el relato de fray Mariano Blas de Ubide. Su aparición súbita recuerda la de la cierva de «La corza blanca» o el ciervo que huye acosado por Fernando de Almenar en «Los ojos verdes», siempre en espacios del entorno de Moncayo. Tienen en común su carácter sorprendente y que forman parte de un mundo en permanente cambio, epifanías de lo sobrenatural. Véase Juan María Díez Taboada, «Metamorfosis y sus fuentes en “La corza blanca”», *El gnomon*, boletín de estudios becquerianos, 2, 1993, págs. 11-26.
- 290** Es importante señalar que frente a ciertos relatos tradicionales es la Virgen y no su imagen lo que se ofrece ante los ojos de don Pedro Atarés. El cambio se encuentra también en Mariano Blas de Ubide. Ante tal prodigio es natural no sólo la insuficiencia de la palabra sino de la propia imaginación: «Se ve el arte luchando con sus limitados recursos para dar idea de lo imposible.»
- 291** Murillo: Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682) fue un importante pintor barroco español famoso sobre todo por sus cuadros de temática religiosa. Como queda apuntado en la «Introducción» era muy apreciado en el siglo xix y los hermanos Bécquer hicieron su aprendizaje de pintores copiando sus obras. Era «el pintor del cielo» por excelencia y nada tiene de extraño que Gustavo Adolfo recurra a él para dar una idea de lo sobrenatural que se hace visible.
- 292** una explosión de claridad. María Paz Díez Taboada —ed. cit., pág. 199 nota— señala: «La misma frase se encuentra en la rima LXII (publicada en *Álbum de Señoritas y Correo de la Moda*, 31-VII-1861, con el título “Al amanecer”): “Primero es un albor trémulo y vago, / raya de inquieta luz que corta el mar: / luego chispea y crece y se dilata / en ardiente explosión de claridad...”» (vv. 1-4).
- 293** cítaras y salterios: Instrumentos musicales, semejantes a la lira, con cajas de resonancia de madera y que se tañen a pulso o con púa; aparecen citados con frecuencia en la Biblia.

- 294** Bécquer busca la concurrencia de todas las artes, incluida la más espiritual, la música, para tratar de comunicar la experiencia de la divinidad que se hace patente ante el atribulado y sorprendido caballero. Todo ello aun a sabiendas de su insuficiencia.
- 295** Reserva a la música que se desvanece la expresión de la sensación más trascendente como en otros textos suyos.
- 296** milagrosa imagen: la diferenciación entre la Virgen y la imagen que le entrega es nítida. El origen divino de la imagen justifica en todo caso su devoción.
- 297** tropas de ojeo: Tropas formadas por ojeadores encargados de levantar la caza.
- 298** San Bernardo: San Roberto de Cîteaux inició una reforma de la regla de San Benito; Bernardo de Claraval fue su impulsor más decidido, combinando una religiosidad nueva con un impulso hacia la acción. La orden alcanzó así una enorme expansión en Europa.
- 399** escalabel: Tarima o banqueta que se pone delante de un asiento para apoyar los pies.
- 300** palio: Dosel colocado sobre varas largas con que se protegía la imagen cuando se sacaba en procesión.
- 301** tisú: Tela de plata u oro, con flores que pasan desde el haz al envés.
- 302** masónica hermandad: En la «Introducción» ha quedado señalado que los hermanos Bécquer veían las marcas de los canteros como signos de un lenguaje misterioso y en clave a la espera de ser descifrado. Valeriano hizo un buen acopio de estas marcas en sus carteras de dibujo.
- A su vez, la lectura esotérica de la estancia de los Bécquer en Veruela ha dado lugar a inocentes interpretaciones donde Gustavo Adolfo es presentado obsesionado con la búsqueda de un tesoro. Así lo presenta «Wanderer» en «Veruela, Bécquer y el tesoro oculto», *Alrededor del Mundo* (23-VI-1899). Retomó el asunto López Núñez en 1915 en *Biografía anecdótica de Bécquer*.
- Dionisio Gamallo Fierros en «Bécquer y las búsquedas fabulosas (Notas en torno a “Un tesoro”)», incluido como apéndice en *Gustavo Adolfo Bécquer, Del olvido en el ángulo oscuro... páginas olvidadas* (prosa y verso), Madrid, Editorial Valera, 1948, págs. 501-509, puso las cosas en su sitio, comentando el carácter humorístico de este relato.
- 303** Ofrece este párrafo un verdadero resumen del libro, con un papel similar al prólogo de la *Historia de los templos de España*.
- 304** La desolación de Veruela es una metáfora de la desolación de la vida moderna. Templos vacíos y hundidos. Una vez más «el sueño de la muerte» comparece; el mismo desencanto de la carta tercera y personalizado un poco después: las tumbas.
- 305** churriguerescos: De este estilo artístico, muy recargado en sus elementos ornamentales. Fue creado e impulsado por el arquitecto y escultor salmantino José Benito de Churriguera (1650-1725).



unas palabras sobre

Gustavo Adolfo Bécquer leyendo en el campo. 1864. Dibujo a lápiz perteneciente al álbum faciticio de procedencia británica: *Spanish Sketches*, de Valeriano Bécquer (Biblioteca Nacional de España)

■ ■ ■

Desde mi celda
El perfume de un paraíso distante

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ



Santa María de Veruela. Reproducción del mismo lugar que Gustavo –cuyo perfil puede verse bajo la Cruz Negra de Veruela, junto al de su hermano- describió en su Carta II. Grabado publicado en la revista *El Museo*, el 18 de marzo de 1866.

Valeriano y Gustavo Adolfo residieron en el Monasterio de Veruela desde el invierno de 1863 al otoño de 1864. Esta larga estancia, a la que siguieron otras más breves de Valeriano, necesariamente se debía traducir en una amplia producción artística de los dos hermanos. Aunque parte de esta producción se haya perdido o se encuentre ilocalizada, lo cierto es que pinturas y textos de los dos hermanos componen un notable *corpus*, que ha hecho del monasterio de Veruela uno de los espacios becquerianos por excelencia. Las cartas *Desde mi celda* y otros textos más breves testimonian el decisivo papel jugado por el cenobio cisterciense en el paso a la madurez personal de Gustavo Adolfo.

Las cartas se publicaron por primera vez en el periódico *El Contemporáneo*, pero figuran en el volumen segundo de las *Obras* (Madrid, 1871) desde su primera edición con lo que

siempre ha estado al alcance de los lectores y han dado lugar a su propia tradición crítica, recuperándose después también del olvido sus otros textos periodísticos sobre el monasterio y su entorno.

Distinta ha sido la suerte corrida por las obras de Valeriano. Al frustrarse la edición de sus dibujos en que pensaba Gustavo Adolfo a su muerte y también algún intento posterior (su fallida publicación con las *Obras* del poeta), sus pinturas quedaron en poder de sus clientes o en el Museo de la Trinidad las que entregó cumpliendo las obligaciones contraídas con su pensión. Los grabados realizados sobre sus dibujos quedaron olvidados en *El Museo Universal*, en *La Ilustración de Madrid* o en otras revistas. Los dibujos de sus carteras se dispersaron y solo de una parte se hicieron grabados al ser adquiridos por publicaciones periódicas. En lo que respecta a Vuela, la recuperación de la obra gráfica ha sido lenta y no puede darse por cerrada aunque en los últimos años se ha accedido a dos magníficas álbumes: la *Expedición de Vuela* dado a conocer por Ángel del Río en 1935 pero editado en los años noventa al igual que *Spanish Sketches*, ambos de incalculable valor para reconstruir sus andanzas por el somontano aragonés del Moncayo.

El volumen de textos e imágenes es ya importante y hasta casi excepcional si se compara con las que han quedado de otros viajes de artistas románticos españoles. Permite construir un relato de sus vidas en Vuela y hasta ensayar una interpretación global conjunta.



Fotografía-retrato de Gustavo Adolfo a la edad de 33 años, un año antes de fallecer. 1869.

Las cartas *Desde mi celda* vieron la luz por vez primera en *El Contemporáneo*, diario conservador que venía publicándose desde finales de 1860, dirigido por José Luis Albareda y apoyando la política de Narváez y González Bravo. En su sección de «Variedades» y sin firmar fueron apareciendo las nueve cartas entre el 3 de mayo y el 6 de octubre de 1864. Las primeras cartas -salvo la tercera- mantuvieron un ritmo semanal y la última apareció dos meses y medio después de su precedente. La separación entre la segunda y la tercera carta la motivó una recaída en la enfermedad de Gustavo Adolfo según aclara un suelto del periódico el cinco de junio de 1864:

Publicamos hoy la tercera carta que nos dirige *desde su celda* uno de nuestros más queridos amigos, antiguo y constante redactor de *El Contemporáneo*, alejado temporalmente de nuestra Redacción por el delicado estado de su salud.

Las producciones con que nuestro amigo y compañero ha honrado las columnas de nuestra publicación, especialmente sus bellísimas leyendas tan aplaudidas en Madrid y reproducidas en la mayor parte de los periódicos de provincia, han permitido ya al público apreciar debidamente las relevantes cualidades de talento y de imaginación que resplandecen en todos los escritos de su elegante pluma, y son también las que más realzan la serie de cartas que en la actualidad nos está dirigiendo.

No hacemos, pues, su elogio, porque no lo necesitan. Nos limitamos a llamar sobre ella la atención de nuestros suscriptores, felicitándonos de estas frecuentes y originales corresponden-

cias, por el placer que disfrutamos al leerlas y singularmente porque en su repetición vemos un indicio de alivio en la delicada salud de nuestro querido amigo, cuyo completo restablecimiento deseamos ardientemente.

Al iniciarse la publicación de las cartas Gustavo Adolfo había vuelto de Madrid junto a su familia y dispuesto a seguir escribiendo mientras mejoraba su salud. Valeriano por su parte se aplicaba a satisfacer encargos a la par que se ejercitaba en el dibujo y la acuarela. Las cartas contienen el programa y la cifra de los intereses artísticos de los dos hermanos y permiten describir sus avatares familiares y su complejo mundo interior. Si la primera carta contiene sobre todo la narración del viaje desde Madrid hasta el monasterio, la segunda es la descripción de éste. En la tercera, saliendo de la recaída de su enfermedad, realizará Gustavo un conmovedor examen de conciencia. En las siguientes, restaurada su salud, irá ampliando sus recorridos por el entorno del monasterio y realizando una labor de folclorista recogerá leyendas, tradiciones y costumbres a la par que reflexiona sobre estas labores y su sentido. Cuando en octubre *El Contemporáneo* publique la novena carta con su narración de la fundación del monasterio, Bécquer se encontraba ya en Madrid, restablecido y reincorporado a la vida artística y aun política. Detrás quedaban unos meses de soledad y reflexión, que orientaron la personalidad del poeta hacia un estoicismo radical.



Fachada de la casa donde nació Gustavo Adolfo, en el barrio sevillano de San Lorenzo, calle Conde de Barajas 18.

Las cartas *Desde mi celda* implican un doble viaje: físico y simbólico, con su ida y su vuelta. El primero le llevó a Gustavo Adolfo desde Madrid a su «escondido valle de Veruela» donde viviría la experiencia límite de la cercanía de la muerte, recuperando después la salud y volviendo a la Corte. El segundo le condujo desde los sueños de triunfo y de gloria hasta el deseo de aniquilación total, que evidencia la carta tercera, para después recuperar un tono de moderada conformidad con las limitaciones de la existencia. Es el proceso interior de Gustavo lo que da unidad a las cartas más que un plan premeditado, puesto que confiesa que escribirá «en cuanto la enfermedad y su natural propensión a la vagancia se lo permitan.» Se refería a la vagancia ensoñadora y creativa que lo caracterizó desde adolescente, acentuada por el estado depresivo que le producía su maltrecha salud. Pero pasado el límite del deseo de aniquilación y olvido que penetra las páginas de la carta tercera, Gustavo recuperó el tono vital para trazar un programa de estudio antropológico en la carta cuarta y se aplicó a su realización en las siguientes hasta su partida hacia las playas del Norte para seguir fortaleciendo su salud.

Se ha insistido con razón en el acierto literario que supone la utilización por parte de Bécquer de la carta como procedimiento para contar sus experiencias. Desde la Ilustración era una modalidad de escritura corriente por la permeabilidad del discurso epistolar, siendo los corresponsales reales o fic-

ticios, y dando lugar el procedimiento a series memorables. A mediados de siglo, Antonio Flores en *Ayer, hoy y mañana*, consideraba las «Impresiones de viaje» como subgénero nuevo, hijo natural de los nuevos hábitos sociales, ya que decía: «El viaje es la fórmula del siglo; el saco de noche, el símbolo de la sociedad presente; la *Guía del viajero*, el *Alcorán* de los modernos creyentes. Un mapa y una maleta son dos objetos indispensables hoy en toda casa de buen gobierno. Los viajes son el gran libro de la humanidad.» Hasta tal punto había proliferado esta literatura que irónicamente dirá Flores, mientras ridiculiza sus tópicos: «Con estos libros apenas hay necesidad de viajar, y por esto se llaman *Impresiones de viaje*, porque todas las emociones del viajero se hallan consignadas en ellos.»

Al aumentar y mejorar las posibilidades de viajar a lo largo del siglo cada vez fueron más los viajeros que se sintieron impelidos a contar sus experiencias dando lugar a un sin fin de relaciones de viaje. Se trataba de escritos poco sistemáticos y donde se aligeraba la erudición, que se sustituía por la fijación de las *impresiones* que producían las propias vivencias adobadas con los conocimientos de los viajeros. La personalidad del autor se constituye entonces en centro de referencia del relato y como la alfabetización se había extendido, los tipos de escritor también se multiplicaron. La variedad de relaciones de viaje y de caminos por los que se difundían era grande. Su mixtura, inevitable. *Desde mi celda* se inscribe en

Peñas de Herrera, cerca de Talamantes (Zaragoza). Acuarela. 1864.



estas modalidades de viaje, en los discursos que las formalizan, aunque predomine como elemento integrador la carta.

Naturalmente, Gustavo Adolfo no era un escritor cualquiera sino que en el momento de contar sus *impresiones* sobre el somontano del Moncayo contaba ya con experiencia de escritor viajero, que aquí depura y decanta dando lugar a una prosa nueva que iba a tener gran proyección en el futuro. Lo vio bien Azorín, percatándose del alcance extraordinario del Bécquer prosista. Y no sólo en las *Leyendas*, sino también en *Desde mi celda*, que consideró el inicio de una nueva manera de ver y sentir el paisaje. Fascinado por la carta tercera en particular, escribió: «Las cartas *Desde mi celda* pudieran marcar una época en la literatura castellana. ¿Habría nada más limpio y más preciso que esos paisajes de Bécquer? El sen-

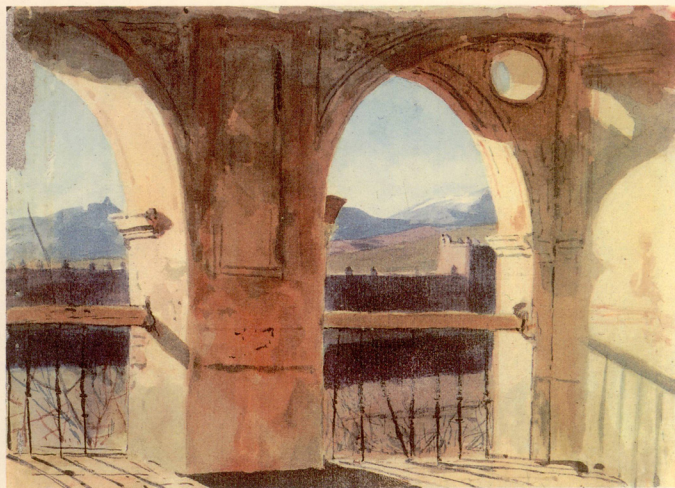
timiento del paisaje es ya en esas páginas definitivo.» («Aragón», en *El paisaje de España visto por los españoles*)

Retomaba, en realidad, algunas ideas que había expuesto en su ensayo «Bécquer» en *Al margen de los clásicos* (1915). Allí decía:

«Bécquer trae al arte español una visión más intensa que las anteriores de la naturaleza. Nos referimos a sus *Cartas desde mi celda*. Hay en esas páginas descripciones de paisajes en que se mezcla un matiz de morbosidad antes desconocido. Ante las montañas hoscas y coronadas de nieve; ante los árboles seculares -formados en solitaria y misteriosa alameda-; ante las fontanas que se deslizan en hilillos de plata; ante el cielo ceniciento y triste de un crepúsculo de invierno, la prosa española no había dicho aún lo que le hace decir el poeta. Este regazo del romanticismo que surge en Bécquer es, entre nosotros, el verdadero romanticismo. Romanticismo artificioso, hueco, el nuestro, no podía tener esa estética un verdadero representante hasta que un artista, sintiendo la independencia de la propia personalidad, y experimentando la tristeza universal de las cosas, se apoyara firmemente -como Bécquer- en el amor a la realidad y en el culto al paisaje. Las páginas escritas por el poeta frente al Moncayo, en la campiña de Tarazona, desde la celda de Veruela, marcan una época de nuestra literatura.»

Otro fino lector becqueriano, Jorge Guillén, hizo una valoración semejante en «La poética de Bécquer. Bécquer o lo inefable soñado». En la parte final de su ensayo, evoca a Bécquer en Veruela en estos términos:

«Los elementos más importantes de la obra becqueriana -menos uno, el amoroso, importantísimo- están representados en las cartas escritas *Desde mi celda*. Nos place figurarnos a Bécquer, en el año 1864, en el Monasterio de Veruela, retiro ideal para el poeta del siglo XIX. Entre l'Abbaye-aux-Bois, de Chateaubriand y la torre de Muzot, de Rilke, será difícil hallar una decoración más bella de artista. No es suntuosa como el palacio de Byron o de Browning en Venecia. No reúne los componentes pintorescos acumulados en la Valdemosa de Chopin y George Sand. Aquel monasterio del siglo XII, entonces sin frailes, frente a la gran montaña de Aragón, el Moncayo, permite a Bécquer vivir conforme a su destino, según las más discretas armonías: lugar histórico, monumento artístico, evocación del pasado, paisaje, y paisaje montaños del Norte,



Solana de la celda de los Bécquer en el Monasterio de Veruela. Acuarela.

tradiciones populares, costumbres típicas de aldeas. Y todo ello envuelto en soledad, una soledad de claustro gótico, de alamedas umbrías, de caminos que no lo son mucho. Bécquer sueña y pasea, durante las horas más libres, al azar de la más ociosa divagación. De aquella indolencia irá saliendo todo: observaciones, impresiones, meditaciones, leyendas, sueños. (Jorge Guillén, «Lenguaje insuficiente. Bécquer o lo inefable soñado», *Lenguaje y poesía*)

Son dos invitaciones a leer *Desde mi celda* más allá de su interés biográfico o arqueológico como libro estéticamente valioso por su honda vivencia de un paisaje (Azorín) y como almacén de observaciones, impresiones, meditaciones, leyendas y sueños de su autor (Guillén). La hipersensibilidad becqueriana es la fina masa que lo amalgama todo, dejando constancia permanente de sus sensaciones y estados de ánimo. La literatura española de «impresiones de viaje» alcanzaba en *Desde mi celda* una de sus cumbres -quizás la más elevada- y se constituía en modelo para la mejor literatura paisajista de las siguientes generaciones.

En varias ocasiones utilizará Gustavo Adolfo el término *impresión* a lo largo de las cartas consciente del alcance y del valor de aquella literatura viajera. No es el aspecto menos importante de las cartas el análisis mismo de las impresiones sentidas mientras se escribe. El sensible poeta vivió en aquellos meses conmovido en las soledades verolenses y en *Desde mi celda* perduran aquellos estremecimientos.

La **primera carta**, publicada el 3 de mayo de 1864, contiene la pormenorizada narración del viaje del poeta desde Madrid -donde ha estado durante un mes- tras una estancia anterior de cuatro meses en el monasterio. El viaje supone un recorrido desde el tumulto de la corte hasta el silencio del cenobio. Desde la modernidad fugitiva al reino de lo ancestral permanente. Desde el tumulto y el ruido urbano a la soledad patética y silenciosa de las ruinas. Estos contrastes marcan las pautas de la carta. La modernidad se concreta en la redacción de *El Contemporáneo* «ese océano sin fondo, ese abismo de cuartillas que se llama un periódico» y que sus amigos y él mismo se afanan en llenar inútilmente. O en el tráfigo del Congreso, el Teatro Real o *La Iberia*. Por contra, el silencio le rodea mientras «sentado a la lumbre de un campesino hogar, donde arde un tronco de carrasca que salta y cruje antes de consumirse, saboreo en silencio mi taza de café, único exceso que en estas soledades me permito.» Las inclemencias del tiempo y su precaria salud, le retienen en su celda entregado a la lectura de *La tempestad* de Shakespeare o del *Caín* de Byron y a las ensoñaciones.

El contraste entre Madrid y Veruela es para él extraordinario porque el monasterio y su escondido valle eran un insólito reducto ajeno al ajetreo de la modernidad. Con razón se ha señalado que los medios de locomoción empleados, tren desde Madrid a Tudela, diligencia hasta Tarazona, y mula desde aquí hasta Veruela, representan como un retroceso en el tiempo, simbolizando las tres etapas del trayecto y sus respectivos medios de transporte la edad Contemporánea, la Moderna y la Media.

El ferrocarril suponía en aquel momento el transporte de mayor modernidad. No es necesario insistir en el magnífico cuadro de costumbres a que da lugar el viaje con la descripción de sus compañeros de compartimento perfectamente delineados y contrastados -la joven aristócrata y su aya, el cosmopolita viajero inglés frente al tradicional alcalde aragonés- y con sus cáusticos comentarios, que permiten asociar su escritura con la de Larra. La pormenorizada descripción de las sensaciones sentidas, con todo, desborda la tradicional prosa costumbrista, convirtiendo la carta en una reflexión sobre los mecanismos de su imaginación llena de ideas imposibles y extraños pensamientos.

El alejamiento de la civilización moderna lo proyecta en las ciudades que va visitando cada vez más tradicionales y «fuera del tiempo» como Tarazona, que difícilmente podía recibir un piropo más elogioso que el de ser comparada a Toledo, el espacio histórico «por excelencia» de las ensoñaciones becquerianas. Con este mismo carácter de reducto tradicional comparecerá en la carta quinta dando lugar a un brillante cuadro costumbrista con sus tipos populares -las añoneras- y su pintoresca animación.

El trayecto final en mulo se hace brusco e incómodo para el débil poeta, a quien las «fantásticas ideas» ya no le cruzan por su imaginación como durante los trayectos anteriores recorridos en tren y diligencia. La canción de los carboneros que vuelven a Purujosa -una aldea perdida en la sierra del

El poeta leyendo el periódico *El Contemporáneo* en las proximidades de Vera del Moncayo (Zaragoza). Lápiz. 1863.



Moncayo- se hará «monótona y eterna»; la senda como «una culebra blancuzca e interminable que se alejaba enroscándose por entre las rocas» conduce al poeta fuera del tiempo, produciéndole en unas horas la sensación de que «hacía un año que me había despedido de ustedes, que Madrid se había quedado en el otro cabo del mundo; que el ferrocarril que vuela, dejando atrás las estaciones y los pueblos, salvando los ríos y horadando las montañas, era un sueño de la imaginación o un presentimiento de lo futuro.» O después: «anduvimos no sé cuantas horas, porque ya no tenía ni conciencia del tiempo» hasta llegar a su destino, que apareció a sus ojos «en el fondo del melancólico y silencioso valle, al pie de las últimas ondulaciones del Moncayo, que levantaba sus aéreas cumbres coronadas de nieve y de nubes, medio ocul-

tas entre el follaje oscuro de sus verdes alamedas y heridas por la última luz del sol poniente, vi las vetustas murallas y las puntiagudas torres del monasterio en donde ya instalado en una celda, y haciendo una vida por mitad literaria y campesina, espera vuestro compañero y amigo recobrar la salud, si Dios es servido de ello, y ayudaros a soportar la pesada carga del periódico en cuanto la enfermedad y su natural propensión a la vagancia se lo permitan.»

Naturaleza y arquitectura conviven integradas en el monasterio de Veruela conformando un paisaje propicio a las ensoñaciones *melancólicas* -el término ya comparece en la carta primera- al estilo de Chateaubriand y la estética de las ruinas como se comprueba en la **carta segunda**. La placidez del lugar y su contemplación la reforzarán la conciencia de la



El poeta ante la puerta principal de ingreso a la abadía. Lápiz. 1864.

propia decadencia y enfermedad, dando lugar a excelentes páginas crepusculares donde el experimentado escritor arqueologista que Gustavo Adolfo era da rienda suelta a este estilo meditativo: «lo que se siente y se piensa aquí en armonía con la profunda calma y el melancólico recogimiento de estos lugares, ¿podrá encontrar un eco en los que viven en ese torbellino de encontrados intereses, de pasiones sobreexcitadas, de luchas continuas, que se llama la corte?»

Los ecos de la corte llegan cada tarde con el periódico, pero débilmente, como un rumor apenas perceptible para quien está ocupado en un tenso proceso introspectivo en un momento crucial de su vida. En la carta se proyecta este estado de ánimo pesimista a la vez que toda una tradición de ver y describir los monumentos. El monasterio será visto por ello por todos sus ángulos y Gustavo Adolfo lo describirá proyectando sus vivencias. Los recuerdos del mundo de la Corte aflorarán cada vez más diluidos y como consecuencia de que está escribiendo para sus amigos y lectores de *El Contemporáneo*.

Al viaje mediante la memoria a Madrid le sucederá el largo recorrido por el interior del monasterio que le permitirá elaborar una de sus características ensoñaciones románticas suscitadas por la contemplación de monumentos del pasado. Gustavo Adolfo destacando la grandeza del cenobio cisterciense escribió con feliz expresión que «La importancia histórica del monasterio, realizada por la imponente grandeza

de su fábrica y el mérito y la variedad de sus detalles, le han granjeado entre los inteligentes el sobrenombre de *El Escorial de Aragón*, sobrenombre que justifica en todos conceptos la magnífica obra debida a la munificencia y la piedad de don Pedro Atarés. («Monasterio de Santa María de Veruela», *El Museo Universal* (18 de marzo de 1866))

Existiera ya o no la comparación del monasterio de Veruela con El Escorial resulta apropiada para calificar su grandeza, que venía impresionando a los viajeros románticos o a estudiosos del arte gótico. El monasterio de Veruela será visto y vivido por él mezclando también esta triple perspectiva de pensador, artista y poeta con lo que sus escritos ofrecen datos históricos, análisis de sus restos y ensoñaciones poéticas. Predominan las dos últimas actitudes, mientras que las indagaciones históricas no salen de la información general, ofreciendo a grandes rasgos la historia del monasterio. Gustavo Adolfo y Valeriano vivieron entre sus muros durante meses, pudieron observarlo a placer, escudriñaron sus espacios más recónditos que se describen en textos o fijaron en dibujos y acuarelas; y Gustavo Adolfo, además, nos transmitió las ensoñaciones poéticas que le fue suscitando. Con una de estas ensoñaciones -muy en la línea crepuscular de su descripción de «San Juan de los Reyes» de Toledo- describe la entrada del monasterio, aliados naturaleza y arte en la conformación de un rincón único con la inconfundible *Cruz negra*, el torreón de la entrada, las murallas, las arboledas, los regatos. La en-

Alameda de acceso a la puerta principal del Monasterio. Lápiz. 1864.



soñación poética tiende fácilmente en Bécquer a desplazar no sólo al *pensador* sino incluso al *artista*, que reaparecerá no obstante después mientras, ya anochecido, camina hacia su celda. Durante el recorrido por distintos parajes del monasterio, se aviva su imaginación excitada por el silencio y «sus alucinaciones extrañas» convierten su paseo en una experiencia casi terrorífica en que todo se anima fantástica y caprichosamente.

El alojamiento en las celdas habilitadas como hospedería era austero. La poca salud del poeta le retenía en su recinto y el mal tiempo debió frenar también en ocasiones las ansias excursionistas de Valeriano a la espera de que el tiempo mejorara y se pudieran emprender estas salidas exploratorias

del contorno. Las cartas están continuamente punteadas de apreciaciones de Gustavo Adolfo sobre las variaciones del tiempo. Su precaria salud le hacía estar atento a los cambios, pero de otra parte, era un escritor muy dotado para captar estos cambios como se aprecia en todos sus escritos. Los largos atardeceres llenaban de ensoñaciones a Gustavo Adolfo propenso a viajar hacia su interior.

Gustavo Adolfo iba encontrando la paz apetecida -«el perfume de un paraíso distante»-, pero la grave recaída en su enfermedad de los siguientes días lo sumió en una honda depresión. La **carta tercera** es la narración de su momento más grave. Recuperado el cuerpo faltaba recuperar el alma. Las excursiones alrededor del monasterio fortalecían sus músculos, pero también su espíritu necesitaba fortalecerse. Su deambular tenía como finalidad recuperar el tono corporal y el espiritual. Y fue en una de estas excursiones cuando la radical experiencia tuvo lugar, visitando el pequeño cementerio de Trasmoz. Su melancólica contemplación suscitará algunas de las reflexiones más hondas de toda su vida y sobre todo, le llevará adoptar nuevas actitudes. Como en las cartas anteriores, contrapondrá la vida de la corte y la vida de la aldea, o mejor, la muerte en la ciudad y en el campo. Si en las cartas anteriores lo comparado eran aspectos cotidianos de la existencia ahora lo es el momento clave de su culminación: la muerte. El hastío le hace apetecer el reposo definitivo de la muerte, el mismo con que concluía su rima LXXVI:

¡Oh, qué amor tan callado, el de la muerte!

¡Qué sueño el del sepulcro, tan tranquilo!

Su mala salud y su inestable estado de ánimo, le llevaron a Gustavo Adolfo durante aquellos meses a momentos de esperanza, pero también a otros de absoluta desesperanza. Ahora iba a producirse el más patético de todos ellos, moviéndole a desear su completa desaparición. Comprendida y asumida su nada, retornó renacido al monasterio.

En su presentación exterior, la carta tercera es la crónica de una de sus excursiones «andando a la casualidad» por el contorno del monasterio. Trasmoz y su humilde cementerio son presentados como un descubrimiento sorprendente, pero en realidad, Gustavo Adolfo había estado allí en diciembre de 1863 según testifican algunos de los dibujos de la *Expedición de Veruela*; experiencia personal y elaboración artística se diluyen formando un texto de profundo calado humano y poético, pues si de un lado es crónica de una experiencia determinante por otro se advierten superpuestos modelos literarios como *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand, cuyo capítulo VII, del libro segundo narra una experiencia similar.

Juan María Díez Taboada ha comentado esta carta, analizando los distintos tipos de tumba que son evocados y la opción definitiva de Gustavo Adolfo por la más modesta posible, aquella en que pudiera tener un sueño más tranquilo: «En estos escondidos rincones, último albergue de los ignorados

campesinos, hay una profunda calma. Nadie turba su santo recogimiento, y después de envolverse en su ligera capa de tierra, sin siquiera tener encima el peso de una losa, deben dormir mejor y más sosegados.»

Es el mismo sosiego que apetece él. La carta tercera es una nueva reflexión melancólica sobre la fragilidad humana, pero ahora no tiene lugar entre las ruinas grandiosas del monasterio sino en un pequeño cementerio que por casualidad había encontrado en su camino:

«Es imposible ni aun concebir un sitio más agreste, más solitario y más triste, con una agradable tristeza, que aquel. Nada habla allí de la muerte con ese lenguaje enfático y pomposo de los epitafios, nada la recuerda de modo que horrorice con el repugnante espectáculo de sus atavíos y despojos. Cuatro lienzos de tapia humilde y compuestos de arena amasada con piedrecillas de colores, ladrillos rojos y algunos sillares cubiertos de musgo en los ángulos, cercan un pedazo de tierra, en el cual la poderosa vegetación de este país, abandonada a sí misma, despliega sus silvestres galas con un lujo y una hermosura imponderables.»

Su descripción del lugar es un desfile de seres a cual más modesto: menuda hierba y humildes flores -campanillas rosas, amapolas, margaritas, dragoncillos...- mariposas, una lagartija, pardillos, insectos. Componen, sin embargo, un cuadro inefable, llenándole de «emoción sin ideas» y revelándole la fatuidad de sus aspiraciones juveniles, que acuden agolpán-

Retrato del poeta en los alrededores de la peña de Falcón; al fondo, a la derecha, se advierte la silueta del monasterio. Lápiz y carboncillo. 1864.



dose a su mente -la Sevilla de su infancia y sus ensoñaciones de gloria como poeta y aun como guerrero- y que finalmente rechazará porque ha perdido la ilusión por el amor, la gloria y la poesía prefiriendo ser apenas «un comparsa en la inmensa comedia de la Humanidad y, concluido mi papel de hacer bul- to, meterme entre bastidores sin que me silben ni me aplau- dan, sin que nadie se aperciba siquiera de mi salida.»

De Trasmoz volvió Gustavo presto a renacer, sin sueños de gloria, con una medida de las cosas nueva, lejana de sus as- piraciones de antaño. Gustavo Adolfo ya no se juzgaba poeta y no sentía su imaginación llena de risueñas fábulas. Un vivir más modesto se abrió ante él, convencido «que de lo que vale, de lo que es algo, no ha de quedar ni un átomo aquí.»

La **carta cuarta** confirma el cambio operado en el poeta. No desaparecen la contemplación melancólica del pasado y de su pasado, pero se va imponiendo otra perspectiva hasta el punto de que la carta constituye un programa de cómo abordar el estudio de la tradición, que veía destinada a desaparecer como forma de vida, pero que quisiera no quedara borrada en lo que tenía de poético y de formas de entender la vida que estaba arrasando el progreso. Concluido su ensimismamiento nadie más dispuesto que Gustavo Adolfo a contribuir a preservar el pasado recogiendo tradiciones, usos y costumbres para que no se perdieran. Las siguientes cartas serán muestras de esta labor: la quinta, un cuadro costumbrista con la descripción del mercado de Tarazona y las muchachas de Añón; la sexta la recopilación de un relato sobre supersticiones brujeriles; la séptima, la narración de la leyenda de la fundación mágica del castillo de Trasmoz, a la que sigue en la octava, la historia de Dorotea y las brujas de esta misma población; la novena, en fin, recogerá el milagro de la Virgen de Veruela, ordenando la construcción del monasterio. Es un broche perfecto de la colección y aunque fuera escrita en Madrid semanas más tarde que el resto se encuentra conectada con el conjunto pues ya a su comienzo, el escritor menciona su vinculación a las cartas *Desde mi celda* al referirse a que «desde una de cuyas celdas he escrito mis cartas anteriores.»

Para Bécquer urgía la preservación de los restos del pasado y de aquí su llamada al gobierno para que fomentara «la

organización periódica de algunas expediciones artísticas a nuestras provincias (...) compuestas de grupos de un pintor, un arquitecto y un literato» que recogieran materiales que darían lugar a obras de gran entidad sobre estos asuntos. Rubén Benítez expuso con gran claridad el tradicionalismo becqueriano y cómo «el nudo del pensamiento de Bécquer es su preocupación constante por armonizar los avances de la humanidad con las tradiciones españolas.» Recogiendo tradiciones y otros restos del pasado, los preservaba de su destrucción, pero a la vez, facilitaba que se proyectaran sobre el pensamiento de las gentes de su tiempo y del futuro. Si a las formas de vida ancestrales les otorgaba -en contraste con las modernas costumbres urbanas- una dignidad y armonía que en estas echaba en falta nada más natural, que reco-



Alrededores del Monasterio; al fondo, retrato del poeta leyendo el periódico entre las rocas. Lápiz y carboncillo.

gerlas y dar cuenta de ellas. No porque creyera que podrían subsistir sino como referencia para la reflexión y por su halo poético, que para Gustavo Adolfo ejercía gran fascinación.

Como tantos románticos encontraba en las tradiciones la memoria esencial del pasado, más pura cuanto más recónditos eran los lugares en que se buscara y en consecuencia sostenía que «Es preciso salir de los caminos trillados, vagar al acaso de un lugar a otro, dormir medianamente y no comer mejor; es preciso fe y verdadero entusiasmo por la idea que se persigue para ir a buscar los tipos originales, las costumbres primitivas y los puntos verdaderamente artísticos a los rincones donde su oscuridad les sirve de salvaguardia, y de donde poco a poco los va desalojando la invasora corriente de la novedad y los adelantos de la civilización.»

El cuadro de costumbres y el tipo de las añoneras que llenan la **quinta carta** muestran hasta que punto el costumbrismo romántico seguía vigente, pero también cómo la búsqueda de tipos originales alejados de los tópicos de antaño podían dar lugar a hermosas páginas literarias. La carta se publicó el 26 de junio. Para entonces, Gustavo Adolfo se había familiarizado con la zona y había visitado Añón. Las carteras de dibujos de Valeriano prestan ayuda para concretar su conocimiento. Apenas un par de días antes habían visitado el pequeño pueblo. La *Expedición de Veruela* recoge cuatro dibujos significativos: una vista panorámica del pueblo y otra que focaliza su peculiar arquitectura, apreciándose semioculto un arco árabe; además,

una escena interior en que Gustavo descansa junto a un hogar bajo y el boceto de una añonera. Imágenes que cabe completar con la de un asno incorporada a *Spanish Sketches* muy similar a los que utilizan las añoneras para transportar la leña y el carbón. Visitaron la aldea mientras Gustavo escribía su carta.

En el aislamiento del lugar encontraba Bécquer el origen de su singularidad; la falta de tierras de cultivo había llevado a las añoneras a buscar modos de subsistencia tan duros como la venta de leña, robada furtivamente en los montes cercanos y transportada después en pequeños borriquillos hasta el mercado de Tarazona. Bécquer traza el tipo señalando su «airoso» atavío y su desenvuelto modo de expresarse arreando a los asnillos o entonando alegres canciones. Y sobre todo, Bécquer ensaya una interpretación antropológica de estos modos de vida, encontrando una explicación en la historia del pequeño pueblo y en su ubicación en parajes montañosos tan pintorescos como pobres. La observación pintoresca adquiere así nuevas dimensiones.

El mercado de Tarazona presta su animado fondo para este verdadero cuadro de costumbres que inmortalizó a aquellas anónimas aldeanas capaces de sobrellevar su dura condición con alegría. La admiración hará que Gustavo descubra más allá de sus rasgos ligeramente varoniles, una singular belleza en «este tipo particular de mujeres». Variaciones sobre este tipo iban a dar lugar a los grabados de Valeriano «El hogar» (*El Museo Universal*, 11 de junio de 1865) y «La pastora» de la

que dirá Gustavo en su comentario, repitiendo su afirmación de la carta cuarta sobre la necesidad de salirse de los caminos trillados para descubrir lo genuino y singular («La pastora. Tipo aragonés», *El Museo Universal* (29 de octubre de 1865).

La historia de la «Tía Casca» recogida en la **carta sexta** tiene todos los visos de ser una invención a partir de la tradición local sobre la existencia de brujas en la zona. El castillo de Trasmoz contaba con larga tradición como lugar de celebración de aquelarres de brujas y la mantiene Bécquer en boca del narrador de la historia de la «Tía Casca»: «es fama que las brujas de los contornos tienen [allí] sus nocturnos conciliábulos.»

Quizás más atractiva que la historia de la «Tía Casca» desde el punto de vista antropológico resultan los diálogos con el lugareño y sobre todo con la sirvienta, que dan lugar a la incorporación de referencias a supersticiones relacionadas con la brujería a la vez que facilita la entrada de la historia de las brujas de Trasmoz, narrada en la **carta octava** y puesta no en boca de la sirvienta sino «poco más o menos, tal como me la refirió mi criada, aunque sin sus giros extraños y sus locuciones pintorescas y características del país, que ni yo puedo recordar ni, caso que las recordase, ustedes podrían entender.»

En la «historia», Dorotea, una joven y bella sobrina del cura del lugar es engañada por una bruja estableciendo un pacto diabólico, que la permite lucirse en las fiestas del pueblo, tras iniciarla en una ceremonia a la que acude a la señal convenida



Panorámica del Monasterio de Veruela. 1864. Dibujo a lápiz perteneciente al álbum facticio: *Spanish Sketches*, de Valeriano Bécquer (Biblioteca Nacional de España)

-las tenazas entre las cenizas- la bruja que la había convencido «en forma de gato gris y haciendo un ruido extraño y particular de estos animalitos cuando, con la cola levantada y el cuerpo hecho un arco, van y vienen de un lado a otro acariciándose contra nuestras piernas. Tras el gato gris cayó otro rubio, y después otro negro, más otro de los que llaman moriscos, y hasta catorce o quince de diferentes dimensiones y color, revueltos con una multitud de sapillos verdes y tripudos con un cascabel al cuello y una a manera de casaquilla roja.»

El final queda abierto, pues Dorotea no es castigada y gracias a ella las brujas pueden posesionarse de nuevo del castillo de Trasmoz para sus aquelarres, concluyendo la narración con la ambigüedad característica de los relatos becquerianos, esta vez sobre si existen o no las brujas, pues si de un lado las niega, de otro no puede reprimir un estremecimiento involuntario «al ver a la actual bruja».

Intercalada entre las dos historias anteriores queda la fantástica historia de la construcción del castillo de Trasmoz contada en la **carta séptima**, que reitera aspectos fantásticos bruñeriles de las otras dos cartas en su comienzo.

Bécquer volvió a su celda verolense transformado tras su honda experiencia en el cementerio de Trasmoz de la carta tercera. Sin embargo, estas *leyendas* -que tales son los relatos de las cartas sexta a octava- contrapesan lo que de resignada actitud cristiana pudiera inferirse como final de aquélla.

En estas cartas son «espíritus elementales» quienes ocupan su centro, con su capacidad para metamorfosearse introduciendo en el sencillo mundo aldeano dimensiones sobrenaturales. Lo mismo sucedía en las leyendas ubicadas en el Moncayo: «Los ojos verdes», «El gnomo», «La corza blanca». El pequeño cementerio aldeano de Trasmoz y las ruinas del castillo se encuentran juntos sobre una pelada altiplanicie desde la que se observa un grandioso paisaje se mire en la dirección que se mire. En la carta tercera, en mitad de aquella llanura desolada, le dio a Gustavo por mirar sobre todo hacia adentro. En estas otras hacia afuera, hacia el mundo natural interpretado por mentes sencillas de pastores y aldeanos.

La **carta novena**, publicada el 6 de octubre de 1864, introduce de nuevo lo sobrenatural, pero esta vez en la mejor tradición hagiográfica mariana, narrando tras una breve introducción, la fundación del monasterio por don Pedro de Atarés a petición de la Virgen, que se le aparece para salvarle de una mala situación. La carta concluye con algunas reflexiones a la vista del estado de abandono en que se encuentra el lugar.

Donde Bécquer imprimirá su sello personal a este aparente relato hagiográfico mariano será en la alusión a la insuficiencia del lenguaje y en la apelación al concurso de otras artes -la pintura, la música- que palién estas carencias. Pero en esta ocasión ni el concurso de estas artes bastará para describir a la celestial Señora. El relato hagiográfico adquiere una dimensión metaliteraria y las sucesivas tentativas de de-

finir la escena dan lugar a un brillante despliegue de imágenes y comparaciones que dotan a la narración de un lirismo nada frecuente en el género. Bécquer alcanza el nivel de los mejores momentos descriptivos de sus leyendas cuando lo sobrenatural o lo extraño se hacen patentes.

Las cartas *Desde mi celda*, en definitiva, son una obra excepcional, que abrió un nuevo camino a la literatura de viajes española, a la par que se muestra en ellas el complejo mundo interior del poeta que vivió en las soledades de Veruela algunos de los momentos mas críticos de su trayectoria.



Monumento a Bécquer junto al castillo de Trasmoz, en la comarca del Moncayo, obra del escultor Luigi Maráz.

PARA SABER MAS DE LAS CARTAS DESDE MI CELDA

EDICIONES

Desde Mi Celda

- sin firma, «Desde mi celda», *El Contemporáneo*: nº 1020, «Variedades. Desde mi celda» [I], 3-V-1864, pp. 3 y 4; nº 1025, «Variedades. Desde mi celda. II», 12-V-1864, p. 3; nº 1047, «Variedades. Desde mi celda. III», 5-VI-1864, p. 4; nº 1053, «Variedades. Desde mi celda. IV», 12-VI-1864, p. 3; nº 1065, «Variedades. Desde mi celda. V», 26-VI-1864, pp. 3 y 4; nº 1071, «Variedades. Desde mi celda. VI», 13-VII-1864, pp. 3 y 4; nº 1077, «Variedades. Desde mi celda. VII», 10-VII-1864, pp. 3 y 4; nº 1083,

«Variedades. Desde mi celda. VIII, 17-VII-1864, pp. 3-4; nº 1150, «Variedades. La Virgen de Veruela» [IX], 6-X-1864, pp. 3 y 4.

- *Desde mi celda*, Madrid, Castalia, 1985. Edición de Darío Villanueva

- *Desde mi celda*, Madrid, Cátedra, 2002. Edición de Jesús Rubio Jiménez.

ESTUDIOS GENERALES

Y SOBRE LA PROSA BECQUERIANA

Alonso, Dámaso, «Originalidad de Bécquer», en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1952, pp. 11-49.

Alonso, Martín, *Segundo estilo de Bécquer. (Ensayo biocrítico del poeta y su época)*, Madrid, Guadarrama, 1972.

Azorín, «Bécquer», en *Al margen de los clásicos*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915, pp. 221-223.

Berenguer Carisomo, Arturo, *La prosa de Bécquer*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1974, 2a edición corregida y aumentada.

Brown, Rica, *Bécquer*, Barcelona, Editorial Aedos, 1963. Con prólogo de Vicente Aleixandre, «Gustavo Adolfo Bécquer, en dos tiempos».

Cernuda, Luis, «Bécquer y el romanticismo español», *Cruz y Raya*, 26, mayo 1935, pp. 45-73.



Vista exterior de la nave norte de la iglesia del monasterio. Lápiz. 1864.

-, «Bécquer y el poema en prosa español», *Papeles de son Armadans*, XVI, 48, 1960, pp. 233-245.

Díaz, José Pedro, *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía*, Madrid, Gredos, 1964, 2a (1971, 3a).

Fernández, Luis Miguel, «De la 'poética de los muertos' al paisaje trascendente. Una aproximación a las relaciones entre Chateaubriand y Bécquer», *Anales de Literatura Española* (Alicante), 10, 1994, pp. 81-100.

Montesinos, Rafael, *Bécquer. Biografía e imagen*, Barcelona, RM, 1977.

Pageard, Robert, *Bécquer. Leyenda y realidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

Varela, José Luis, «Mundo onírico y transfiguración literaria en la prosa de Bécquer», en *La transfiguración literaria*, Madrid, Prensa Española, 1970, pp. 147-194.

ESTUDIOS SOBRE DESDE MI CELDA

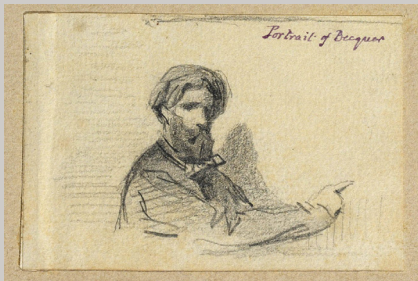
Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo», celebrado en Tarazona y Veruela, septiembre 1990. Jesús Rubio Jiménez ed., Ejea de los Caballeros (Zaragoza)-Tarazona, Institución Fernando el Católico-Centro de Estudios Turiasonenses, 1992.

Amores, Montserrat, «¿Son poéticas las brujas? En torno a tres cartas *Desde mi celda* de Gustavo Adolfo Bécquer», en *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, Jaume Pont ed., Lérida, 2000, pp. 191-203.

«Gustavo Adolfo Bécquer y las brujas de Trasmoz», *El gnom, boletín de estudios becquerianos*, 9, 2000, pp. 11-24.

Azorín [José Martínez Ruiz], «Aragón», en *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid, Espasa Calpe, 1981, pp. 103-107.

Brown, Rica, «Un álbum de dibujos originales de Valeriano Bécquer», *Goya*, 21, 1957, pp. 152-157.



Portrait of Bécquer. 1864. Dibujo a lápiz perteneciente al álbum facticio : *Spanish Sketches*, de Valeriano Bécquer (Biblioteca Nacional de España).

Cinti, Bruna, «Veruela e la natura in *Cartas desde mi celda*», *Quaderni Ibero-Americani*, 41, 1972, pp. 37-42.

Contreras Martín, Antonio, «La recepción del paisaje «cristiano feudal» en un romántico conservador», en *Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo*», ed. cit., pp. 331-340.

Costa Ferrándis, Jesús, «La carta novena: relato hagiográfico y ensoñación romántica», en *Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo*», ed. cit., pp. 357-376.

Deutsch-Johnson, Linda Leslie, «Significado simbólico del castillo de Trasmoz: Magia, alquimia y morada interior», *El gnom, boletín de estudios becquerianos*, 5, 1996, pp. 37-64.

Díez Taboada, Juan María, «La significación de la carta III *Desde mi celda* en la poética becqueriana» en *Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo*», ed. cit., pp. 135-168.

Díez Taboada, María Paz, «Con Jovellanos y Larra en la diligencia de Bécquer», en *Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo*», ed. cit., pp. 319-330.

Junquera, Julián, «*Desde mi celda*: paisaje y preludio de miedo», en *Actas del Congreso «Los Bécquer y el Moncayo*», ed. cit., pp. 341-350.

Palomo, María del Pilar, «El mito del Moncayo en la prosa becqueriana», *Turia*, 1, 1985, pp. 13-19.

Río, Ángel del, «*Expedición de Veruela: Álbum de dibujos de Valeriano Bécquer*», *Revista Hispánica Moderna*, III, octubre 1936, pp. 81-87.

Rubio Jiménez, Jesús, *Los Béquer en Veruela: un viaje artístico-literario*, Zaragoza, Ibercaja, 1990.

Rubio Jiménez, Jesús y Centellas, Ricardo, *Viajeros románticos en el monasterio de Veruela. Spanish Sketches, un álbum inédito de Valeriano Bécquer*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 1999. Incluye: J. Rubio Jiménez, «Viajeros románticos en el Monasterio de Veruela», pp. 11-120; R. Centellas Salamero, «Una estampa romántica de la aparición de la Virgen de Veruela. A propósito de la carta IX *Desde mi celda*, de Bécquer», pp. 121-123. J. Rubio Jiménez y R. Centellas Salamero edición y catálogo de «El álbum *Spanish Sketches* de Valeriano Bécquer», pp. 125-197.

Galeria de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2014



“ Ya todo pasó. Madrid, la política, las luchas ardientes, las miserias humanas, las pasiones, las contrariedades, los deseos; todo se ha ahogado en aquella música divina. Mi alma está ya tan serena como el agua inmóvil y profunda. La fe en algo más grande, en un destino futuro y desconocido, más allá de esto, la fe de la eternidad, en fin, aspiración absorbente, única e inmensa, mata esa fe al pormenor que pudiéramos llamar personal, la fe en el mañana, especie de aguijón que espolea los espíritus irresolutos y que tanto se necesita para luchar y vivir y alcanzar cualquier cosa en la tierra. ”

